



AVISO LEGAL

Título: *El nacionalismo en América Latina*

Autores: Sosa, Ignacio; Kaplan, Marcos; Navarro de Toledo, Caio; Dos Santos, Theotonio; Días Ruiz, Ignacio

Colaborador: Bostelmann, Enrique (fotografía de portada)

ISBN: 968-837-093-2

Forma sugerida de citar: Sosa, I., Kaplan, M. et al. (1984). *El nacionalismo en América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos.
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1984 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

- © Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

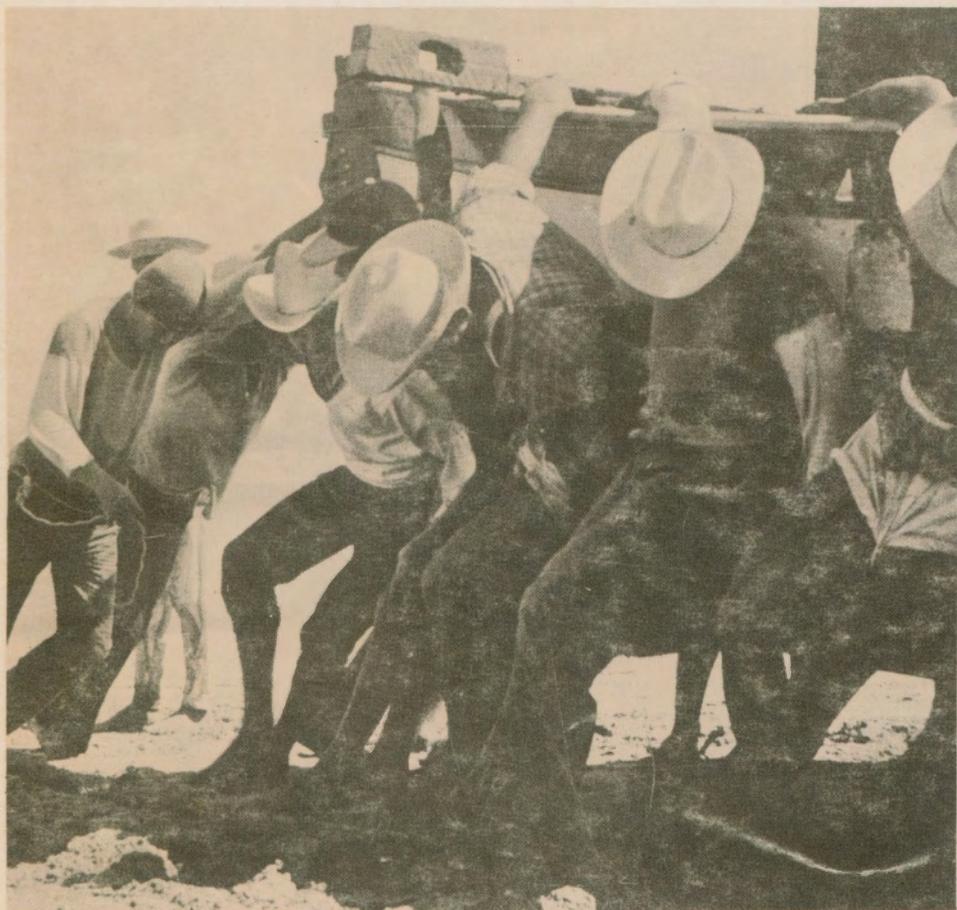
Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA



9

NUESTRA AMERICA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

EL NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

**CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

EL NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA

IGNACIO SOSA, MARCOS KAPLAN, CAIO NAVARRO DE TOLEDO,
THEOTONIO DOS SANTOS E IGNACIO DÍAZ RUIZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 1984

Primera edición: 1984

**DR © 1984, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-837-093-2

INTRODUCCIÓN

Pocos temas tan debatidos por estudiosos de todas las disciplinas como el del nacionalismo. Concepto éste que lo mismo sirve para legitimar la opresión de un pueblo como arma eficaz para lograr su liberación.

Catalogado por unos como encubridor de la lucha de clases —utilizado por la burguesía bajo el discurso de la “unidad nacional” para retrasar la toma de conciencia de los trabajadores sobre sus intereses revolucionarios—, señalado por otros como esencia misma de una nación, de un conglomerado social que comparte un mismo territorio, cultura e historia; reivindicado por los de más allá como instrumento insustituible en la defensa y búsqueda de la dignidad en un mundo erizado de iniquidades y peligros sin cuento; estudiado como la reacción del ser humano a lo “ajeno”, a lo extranjero, a lo que no es como nosotros; acusado de retrasar la verdadera hermandad de los hombres por sus pretendidos estrechos límites; achacándosele ser el encubierto móvil de los verdaderos intereses de los poderosos, la sujeción y explotación económicas, lo cierto es que su comprensión requiere todavía de muchas investigaciones e interpretaciones para poder dar una respuesta racional y crítica a este problema.

Concretamente en América Latina se adolece de enormes lagunas en lo que respecta al estudio de este problema, aunque algo se haya hecho al respecto; queda todavía por investigar con mayor precisión, por ejemplo, las ideologías nacionalistas conservadoras de las oligarquías decimonónicas, y su contradicción con un modelo de desarrollo que privilegiaba a un solo sector económico en detrimento de los demás, sector estrechamente ligado a la expansión del comercio mundial y que por lo mismo recibía su principal impulso del exterior.

Tenemos así el caso de un nacionalismo que es esgrimido, en muchas ocasiones, en contra de un determinado imperio para favorecer a otros más pujantes o emprendedores. Nacionalismo de derecha que tiene su patrón en Europa y cuya máxima aspiración

pertenece al reino del surrealismo: hacer de nuestros países réplicas exactas de los modelos de Francia, Inglaterra o los Estados Unidos.

En contraposición a estos sentimientos y actitudes extranjerizantes se encontraba un nacionalismo elemental, primitivo, que puede calificarse más propiamente como instinto de sobrevivencia. Las clases populares seguían aferradas a sus tradiciones, costumbres, cultura, apego a la tierra natal, a pesar de los embates de los poderosos que caracterizaban esta resistencia como "barbarie". La autenticidad del sentimiento popular es reivindicada por la Revolución Mexicana, que hace posible la emergencia de un nacionalismo que se pretendía sustentado en los genuinos intereses y valores del pueblo, aunque servía además para legitimar la dominación de nuevos sectores sociales que habían desplazado a la antigua oligarquía.

Remontándonos hasta el siglo XVIII, podemos encontrar manifestaciones importantes del sentimiento americanista, precursor del nacionalismo, en los jesuitas expulsados de América, los cuales, en las ciudades europeas donde se habían refugiado, rememoraban la naturaleza de sus lugares de origen, escribiendo enjundiosos panegíricos sobre la historia de los pueblos indígenas, abonando con sus escritos los gérmenes independentistas de los criollos. Ya en el siglo XX surge el importante nacionalismo de entreguerras, cuando se formula la posibilidad de un desarrollo nacional autónomo dentro de los rigurosos cánones del capitalismo orientado a generar los satisfactores que *toda* la sociedad requería, limpiándolo de los pecados de exclusividad y de malinchismo al servicio de un poder extranjero.

El Estado latinoamericano es el encargado de echar las bases para este desarrollo autónomo por medio de la construcción de infraestructura e industrias básicas como pivotes que posibilitan el trabajo de todos, cubriendo la burguesía nacional *su* proyecto con el manto legitimador del nacionalismo; nacionalismo que hermana y elimina las diferencias que las clases sociales tienen entre sí, diferencias que en América Latina no sólo expresan conflictos económicos, sino que están entrelazadas con complejos problemas étnicos y culturales.

El tema del nacionalismo, como vemos, admite varias lecturas y esto es lo que precisamente presentamos a nuestros lectores, una importante contribución de cinco estudiosos de esta *Nuestra América*

que con su ensayos esclarecen la comprensión de este problema, tan crucial para la efectiva liberación de nuestros pueblos.

En el primer ensayo, Ignacio Sosa desarrolla histórica y críticamente las diferentes teorías del nacionalismo surgido en Europa durante el siglo XIX, comparándolas a su vez con lo sucedido en Hispanoamérica a partir de la emancipación política de las colonias españolas y el surgimiento del sentimiento patrio entre los que se creían descendientes de los conquistadores, los criollos.

Marcos Kaplan plantea, en su estudio *El nacionalismo en América Latina. Vicisitudes y perspectivas. (1810-1980)*, el desarrollo histórico de nuestros países desde la Independencia, pasando por los regímenes oligárquicos exportadores, su colapso final con la crisis de 1929, el surgimiento de nuevos sectores y clases sociales que buscan un proyecto alternativo de desarrollo autónomo, que es copado en la postguerra por el predominio norteamericano y una nueva división internacional del trabajo que enrola a nuestros países en una dependencia todavía más alienante que la ejercida por los caducos imperios de España e Inglaterra. Insertado todo en un análisis dialéctico donde se conjugan los factores externos e internos en íntima conexión.

Caio Navarro de Toledo analiza el caso concreto de Brasil precisamente durante la optimista década de los cincuenta, cuando en América Latina se implementaron planes de desarrollo al impulso de la CEPAL que llevarían a nuestros países, ahora sí, a su plena independencia económica. El Instituto Superior de Estudios Brasileños fue el encargado de formular una ideología "nacional-desarrollista", que se veía como condición indispensable para lograr la tan anhelada superación del atraso.

Teothonio dos Santos contribuye, a su vez, con el tema de su especialidad: "Notas sobre la teoría del desarrollo, la dependencia y la revolución: algunas reflexiones metodológicas e históricas."

Por último, y como digno colofón a las meditaciones de los anteriores colaboradores, tenemos el ensayo suscrito por Ignacio Díaz Ruiz acerca del nacionalismo en la literatura latinoamericana. El autor rastrea ésta en la segunda década del siglo y cuyos máximos exponentes son: Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Martín Luis Guzmán, Eustasio Rivera. Regionalismo que con sus descripciones de la naturaleza americana y sus inquisiciones sobre

las eternas preguntas ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?, desembocó en un abierto nacionalismo, defensa de la idiosincrasia y valores del hombre latinoamericano.

Felicitas López Portillo T.

DE LA PATRIA DEL CRIOLLO A LA IDEA DE NACIÓN HISPANOAMERICANA

IGNACIO SOSA

El proceso de formación de los Estados-nación de todo el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX se consolida con la paz wilsoniana y con el triunfo de la Revolución Rusa. En este periodo existen tres tipos principales de nacionalismo sin contactos mutuos. El primero surge en el seno de los distintos pueblos que comprendían los grandes imperios multinacionales: austriaco, ruso, otomano e inglés. Otro nacionalismo es el que se crea en los distintos pueblos hispanoamericanos al liberarse de la metrópoli española, luchar contra el destino manifiesto de Estados Unidos, expresado en la guerra con México y en la doctrina panamericana que muestra su verdadera cara en la expansión sobre el Caribe y Centroamérica. El tercer modelo de nacionalismo es el que sirvió a Italia, Alemania y Estados Unidos para perseguir una conformación idéntica a la de las grandes potencias de ese tiempo, o como se decía en lenguaje de la época, los Estados nacionales de Inglaterra, Francia, Austria y Rusia. El imperio otomano por ser potencia asiática y España por haber perdido parte de su imperio americano eran vistas como potencias en decadencia, condenadas a ceder su lugar a viejos y nuevos grandes imperios.

La resistencia al expansionismo de estos imperios y la búsqueda de autonomía e independencia de las nacionalidades subyugadas dará lugar, en el siglo XIX, a la formación de los Estados-nación surgidos pese a la cerrada oposición de los intereses colonialistas e imperialistas de los Estados-nacionales, es decir, las viejas y nuevas grandes potencias.

La doctrina que alienta la formación de los Estados-nación en Europa, América hispana y Asia, entra en competencia con la influencia de las ideologías del liberalismo y del socialismo. Junto a ellas el nacionalismo forma el triángulo de la contemporaneidad. Las estrechas relaciones entre estas ideologías, sus diferencias y convergencias han dado lugar, en el siglo XX, a mezclas doctri-

narias en las que aparecen estrechamente unidos nacionalismo y socialismo, así como un liberalismo estatizante. El nacionalismo que durante el siglo XIX fue combatido como producto artificial, falso, ideológico, producto de los intereses de una clase protegida y en ascenso que lo empleaba para desorientar la lucha del proletariado, en el siglo XX, se fortalece y se convierte en escuela de pensamiento para los independentistas. En este siglo los Estados nacionales o grandes potencias lo estudian minuciosamente con nueva óptica de asimilación.

Cierto marxismo que en el siglo XIX señalaba al nacionalismo como negación de la lucha de clases y orientaba sus esfuerzos para demostrar que era una teoría mistificadora, ahora, en cambio, privilegia la lucha nacional como paso necesario del desarrollo de las sociedades. Los liberales a partir de la depresión de 1929 abandonan sus tesis clásicas y adoptan un abierto proteccionismo, producto nacionalista, que faculta al Estado a participar en renglones claves de la economía y la educación.

Ambas doctrinas han comprendido que la vía de desarrollo de la sociedad moderna sigue, necesariamente, la ruta del nacionalismo. La sociedad indiferenciada o humanidad y la sociedad atomizada en individuos son concepciones que el siglo XIX destruyó casi por completo; el nacionalismo se ha convertido en el fenómeno ideológico por excelencia y la nación en la categoría fundamental de la ciencia política. Para referirnos exclusivamente a la cultura alemana diremos que tanto Herder como Marx se equivocaron en sus pronósticos y que List es el visionario cuyas apreciaciones sobre la sociedad del futuro se ven hoy confirmadas.

Una aproximación al nacionalismo obliga a las siguientes reflexiones previas. La formación de los Estados-nación en el siglo XIX presentó a los estudiosos, que se ocuparon de ello, una serie de problemas de carácter ideológico, político y económico que, por sus consecuencias, a la fecha continúan discutiéndose. Estos investigadores vislumbraban la creación de un nuevo tipo de sociedad y seguían con detenimiento los distintos acontecimientos. De la sistematización y ordenación de los comentarios acerca de los hechos ocurridos en ese periodo se ha pretendido hacer una teorización, con valor de modelo, para aquellos pueblos que buscando su liberación luchan contra los distintos tipos de neocolonialismo. La importancia de la discusión es indiscutible; sin embargo, una parte de los comentaristas contemporáneos soslayan que varios

de los investigadores del siglo XIX partían de una postura que negaba importancia al problema nacional y hacían esfuerzos para orientar el proceso político en sentido inverso al nacionalismo. Actores, antes que observadores del fenómeno analizado, hacían énfasis en aquellos aspectos que negaban la importancia ideológica y económica del nacionalismo.

Por otra parte, cuando se estudia este fenómeno es necesario distinguir que en el proceso de su comprensión y conceptualización se siguen con mayor interés los procesos lógicos que los históricos. Esta manera de estudiar el nacionalismo parte del supuesto, erróneo, de que son los acontecimientos europeos los únicos determinantes en el desarrollo histórico del siglo XIX y, en consecuencia, se refieren a todos los hechos ocurridos fuera de ese contexto como eco, pálida imagen o corolario de la política y la economía europeas. Sin pretender negar, en ningún momento, la importancia determinante de la influencia del capitalismo y la cultura europea sobre la sociedad americana, puede señalarse que varias de las manifestaciones del nacionalismo ocurrieron en forma simultánea y que si bien unas son de mayor trascendencia que otras, no por eso deben de considerarse a las segundas como efecto o mero eco de las primeras; en todo caso deben ser estudiadas como procesos simultáneos.

En la perspectiva europea el problema nacional se refiere a la lucha de aquellos pueblos continentales que formando parte de los imperios otomano, ruso y austriaco luchaban por su autonomía, Asimismo, reitero, la lucha que los irlandeses sostenían para librarse de Inglaterra formaba parte de la cuestión nacional. Puede decirse que la respuesta que las distintas nacionalidades dieron al colonialismo interno de los imperios europeos es lo que específicamente merece el nombre de cuestión nacional. La respuesta de todos los otros pueblos, vale decir no europeos que se opusieron a la expansión de estos imperios, se inscribe en el anticolonialismo y en el antimperialismo.

La utilidad del conocimiento de la historia en el proceso de dominación y en su contrapartida de independencia es fundamental. Los imperios parten del *statu quo* como base de su política. Las nacionalidades, en cambio, inician una búsqueda afanosa de derechos históricos para, con esta ayuda, concientizar a la población de lo mudable de las situaciones. Demostrar la perennidad de los momentos, y defender los derechos perdidos es prueba

evidente de que el sometimiento es temporal. Las políticas imperiales, por su parte, niegan sistemáticamente esta historia. Afirman la irreversibilidad del proceso y pretenden borrar todo el pasado de los pueblos dominados por ellos. De esta manera surge, por ejemplo, la tesis de los “pueblos sin historia” de Hegel y Engels. Ella niega la posibilidad de que determinadas naciones se conviertan en sujetos de la historia y les asigna la función de víctimas eternas de los agentes del progreso, es decir, de los pueblos dominantes. Es por eso que en cuestiones de nacionalismo el orden conceptual, lógico, alejado del sustrato histórico que lo fundamenta, es inadmisibles.

La lucha por definir y articular una doctrina que legitime las aspiraciones por alcanzar la autonomía política y la autodeterminación económica es la característica del nacionalismo. Cabe señalar que la cuestión nacional para los pueblos europeos hace énfasis en la autonomía política y que los hispanoamericanos ven en la independencia económica un elemento básico para solucionar el problema nacional.

La idea tradicional de la continuidad en la que descansa el concepto de las *translationes imperii* según la cual el imperio asirio se traslada a los persas, de éstos a los griegos, después a los romanos, para de ahí llegar a francos y alemanes, trasladándose a España para arribar finalmente a rusos e ingleses, es la misma que emplea la historiografía europea del siglo XIX. Siguiendo esta vieja tradición, se hablaba de la vocación que distintos imperios o estados tendrían. La tradición se conservó, aunque se modificó la fórmula política; ya no eran los grandes imperios, ahora eran los nuevos Estados nacionales, grandes potencias, los que difundían el moderno evangelio europeo, cristiano, salvificador, burgués, industrializador y civilizador.

A la idea de grandeza y vocación imperial de los grandes pueblos históricos, le sucede una idea continuadora de las *translationes imperii*, a ambas se le contraponen la idea de la nacionalidad.

Los Estados nacionales de la época: Francia, Inglaterra, Rusia, España y Austria, para hablar sólo de la parte europea del mundo, debían cumplir una misión evangelizadora, civilizadora. Estos grandes pueblos históricos deberían, con su ejemplo y gobierno, llevar a los pueblos atrasados a posiciones superiores de desarrollo; vale decir, en contracorriente del proceso histórico que tiende a la diferenciación. La doctrina del nacionalismo afirma que no es

cierto que un pueblo o una raza lleven el espíritu de la libertad, o conozcan la senda del progreso o sean depositarios de las virtudes cívicas. La humanidad es un gigantesco campo de experimentación en el que distintos procesos nacionales tienen la misma importancia. El cosmopolitismo, el germanismo, el eslavismo y el destino manifiesto son expresión de la vocación ejemplar con la que distintos pueblos seguían su destino al tratar de imponer en la práctica la doctrina de gobierno universal con un solo gobierno y, en lo posible, un solo pueblo. La homogeneidad del medioevo, “la república cristiana”, deja su lugar a un gigantesco mosaico de nacionalidades que acelerada y continuamente siguen un proceso de desmembración, de secesión, que va cristalizándose en las distintas naciones. Este proceso opone los derechos del hombre y del ciudadano —ente universal y abstracto— a los derechos del nacionalismo: sólo los habitantes de un país tienen derecho a disfrutar las riquezas de su suelo y los productos de su trabajo, sin importar diferencias culturales, históricas y económicas.

En la época moderna se plantean dos modelos de formación política diferentes. El que señala como línea directriz la formación de un Estado nacional, imperial, expansivo; este modelo se da durante el siglo XIX y continúa la tendencia de los siglos anteriores. El otro, es el del Estado-nación creado por las nacionalidades a través de un gran esfuerzo de resistencia. Esta forma política hace surgir al Estado-nación de los Estados nacionales no centrales y convierte a las colonias en países independientes. De posibilidad los convierte en realidad.

El Estado-nación, en lo ideológico, expresa la doble lucha de aquellos sectores que se oponen al ideal de la sociedad jerárquica que mantiene a los individuos y a los pueblos en posiciones de subordinación. El ideal igualitario de la Revolución Francesa rompe con la aspiración de las sociedades atrasadas que pretendían la conservación del dualismo como forma de vida. Las relaciones en este tipo de sociedad se basaban en diferencias que, habiendo partido de contingencias históricas, se convertían en diferencias ontológicas. Desde la misma cuna se volvían a repetir todos los hechos ocurridos a las generaciones anteriores que servían para mantener los privilegios. Nacimiento o cuna, religión, raza, geografía, lengua, eran empleados para justificar la permanencia de la inequidad, la injusticia, la desigualdad.

La política de integración, en consecuencia, era nula en la socie-

dad de los Estados nacionales. Para el imperio otomano, como para el imperio español, era más importante conservar las diferencias que superarlas. La política de homogeneización no se concebía. La religión será mostrada como justificante para las tareas de control y dominio. Las tareas de integración y homogeneización, en consecuencia, son los principales objetivos de la liberación nacional. Hasta aquí el liberalismo es considerado como la doctrina universal por excelencia. Las trabas del feudalismo se rompían en beneficio de la sociedad entera. Sin embargo, la tarea de liberación debe ser completada en su aspecto nacional, es decir, deben ser eliminados en forma simultánea los impedimentos sociales al igual que las trabas coloniales. ¿Cuáles son las tareas nacionales? ¿Cuál es su objetivo? La respuesta a la primera pregunta es la de liberar todas las fuerzas de la sociedad. La liberación política, ideológica, social y económica requiere de una serie de tareas entre las que se distingue la educativa. Sólo mediante la educación el siervo se convierte en ciudadano, sólo mediante la educación es posible integrar un cuerpo desanimado, desorganizado. Sólo mediante la integración territorial, económica y política, es posible eliminar la marginación. Bajo el rubro de integración espiritual, política, económica y social pueden agruparse las tareas nacionales; estas grandes tareas persiguen liberar el vigor, la energía encadenada sometida al poder extranjero. La integración nacional se logra mediante la liberación de todas y cada una de las fuerzas sometidas. Las trabas que se oponen a esta libertad están representadas en las diferentes manifestaciones de la feudalidad, servidumbre, ignorancia, monopolio, estamentos y división racial que tienen como consecuencia la marginación. Ésta es la antítesis de las tareas nacionales. Eliminar cada una de estas trabas corresponde a la misión histórica de los sectores dirigentes. Los intelectuales, antes que la burguesía, son los nuevos cruzados de esta reconquista o revaloración del concepto pueblo.

La redefinición de la sociedad, en términos que no hagan referencia a las desigualdades de cuna o de oportunidad, es sistemáticamente acometida por aquellos sectores que pretenden desmontar una estructura arcaica, rígida, pero todavía poderosa.

Los forjadores del nuevo estado nacional

Los agentes de transformación pueden definirse en términos de vocación histórica, la raza o la clase social a realizar esta tarea son

consideradas como agentes de este proceso, sin embargo, es el pueblo dentro de la doctrina del nacionalismo el llamado a realizar esta tarea. Cada pueblo, reformando la tradición medieval, está llamado a realizar este objetivo histórico. La nación germana en abierto desafío al cosmopolitismo señala la ruptura del concepto de imperio universal: “La característica del *alemanismo* consiste, precisamente, en impedir nuestra fusión con cualquier pueblo extraño y nuestra confusión con él, y en crearnos una nacionalidad independiente de todo poder ajeno.”¹

El caso alemán es de particular interés porque habiendo surgido un intenso movimiento nacionalista, éste persigue, más que la independencia política y económica, hacerse un lugar entre las naciones históricas o grandes potencias. Fichte y List representan a los maestros de la nacionalidad. Engels y Marx representarían, en el extremo opuesto, la aspiración alemana de convertirse en un país ejemplo de Europa.

Es notorio cómo el espíritu cosmopolita, fundamento del derecho de los pueblos para alcanzar su independencia, representado por Herder y Goethe, del cual no escapa el mismo Fichte, se transforma por la invasión napoleónica en un sentimiento que crea la doctrina que justifica la vocación del destino alemán como copartícipe de una nueva hegemonía. Goethe después de la batalla de Valmy, en septiembre 20 de 1792, expresaba cabalmente al cosmopolitismo: “A partir de aquí y de hoy se inicia una nueva época de la historia universal y vosotros podréis decir que habéis contribuido a ella.”²

El cosmopolitismo de Herder es, paradójicamente, el argumento que justifica la diferenciación en las nacionalidades. Herder escribía:

La diferencia entre pueblos beneficiados y no beneficiados por las luces, entre los pueblos de cultura y los que no lo son, es, por consiguiente, no específica sino sólo gradual. El cuadro de las naciones ofrece en este aspecto infinitos matices que cambian con las circunstancias de tiempo y lugar, por lo cual también aquí, como en la contemplación de cualquier pintura, todo depende del punto de vista desde donde se miran las figuras.³

¹ J. G. Fichte, *Discursos a la nación alemana*, Ed. Plamar, Bs., As., 1964, p. 35.

² Citado por: K. T. Heigel y Fritz Endres, *Tendencias políticas en Europa durante el siglo XIX*, Ed. Labor, Barcelona, s. t., p. 20.

³ J. G., Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, p. 262.

El historiador de la filosofía Roberto Flint señala: “Los alemanes habían llegado a imaginarse que el principio de la verdadera cultura es el entusiasmo por la humanidad, un amor vago y apasionado del hombre en cuanto hombre, en el cual se absorben y se pierden el patriotismo y los demás afectos particulares.”⁴ El mismo Fichte, poco antes de la batalla de Jena, declaraba: “Sólo un hombre grosero y nacido de la tierra podía afligirse por la caída de su patria, pero que un hombre de verdadera cultura miraría siempre a la nación cuya cultura es más elevada como su patria verdadera, la morada de su espíritu.”⁵ Si Fichte es, en lo ideológico, el principal forjador del nacionalismo, List lo es en el campo de la economía: “Yo quería enseñarles también cómo había que impulsar el bienestar, la cultura y el poderío de Alemania con los medios de orden económico.”⁶

Para List, el principal enemigo de la nación era el liberalismo expresado en la libertad de comercio y de libre competencia: “Esta doctrina no era cierta sino cuando todas las naciones practicasen entre ellas la libertad de comercio... Así llegué a la noción de nacionalidad; encontré que la teoría no había tenido en cuenta más que la Humanidad y los individuos, pero nunca las naciones.”⁷

List comprendía que cuando Inglaterra se autoproclamaba taller del mundo y el resto de los países lo aceptaban, se estaban dando las condiciones para una desigualdad insuperable. Por eso postulaba: “Una nación que concede algún aprecio a su independencia y a su conservación debe, pues, esforzarse en subir de un grado inferior de civilización a un grado superior, y en reunir, tan pronto como le sea posible, en su territorio la agricultura, las manufacturas, la navegación y el comercio.”⁸

La autonomía política para poder ser defendida requería de la autarquía económica. Por eso List ataca con vigor inusitado las tesis del liberalismo, pues esta teoría: “Desconociendo las necesidades del presente y la idea de nacionalidad, ignora la existencia de la nación y, por consecuencia, el principio de la *educación de la nación* para su independencia. En su cosmopolitismo exclusivo ve siempre

⁴ Roberto Flint, *Filosofía de la historia*, La España Moderna, Madrid, s.f., p. 16.

⁵ Citado por Flint, *op. cit.*, p. 17.

⁶ Friedrich List, *Sistema nacional de economía política*. Ed. Aguilar, Madrid, 1944, p. 3.

⁷ List, *op. cit.*, p. 3.

⁸ *Ibid.*, p. 31.

el género humano el bienestar de la especie entera, jamás la nación y la prosperidad nacional.”⁹

Los criterios que justifican y legitiman los derechos para la creación de un Estado nacional pueden dividirse en históricos y económicos. Renan y Mill serían expositores de la primera tesis. Marx ilustraría la segunda. Renan en su conferencia *¿Qué es una nación?*, pronunciada en el año de 1883, señalaba con precisión que la raza, la lengua, los intereses, la afinidad religiosa, la geografía y las necesidades militares, no eran suficientes para explicar la formación de las naciones. Cuando se pregunta ¿cuál es la característica, en efecto, de los diferentes Estados?, y se contesta que es la fusión de las poblaciones que la componen, está dando la respuesta que los Estados multinacionales han seguido. Para Renan el régimen de las nacionalidades en el mundo es producto de las invasiones que van desde las germánicas en el siglo v, hasta las últimas conquistas normandas en el siglo x. La fusión resultante fue producto de dos causas esenciales: el vencedor adoptó la religión y la lengua del vencido. Este resultado contrasta con la política turca de separar las nacionalidades según su religión. Así, Renan señala que en Turquía no se encontrará nada análogo con Francia, Inglaterra, Italia y España. En aquel país: “los turcos, los eslavos, los griegos, los armenios, los árabes, los sirios, los curdos, son tan distintos hoy como el día de su conquista”.¹⁰

El elemento fundamental o esencia de una nación, dice Renan, es que todos sus individuos teniendo muchas cosas en común, han olvidado asimismo otras tantas:

El olvido y yo diría el mismo error histórico son un factor esencial en la creación de una nación, en consecuencia, el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad. La investigación histórica, en efecto, ilumina los hechos violentos ocurridos en el origen de todas las formaciones políticas, aun en aquellas que han tenido resultados felices. La unidad siempre se ha hecho brutalmente.¹¹

Esta tesis es la base de las políticas de integración de los Estados multinacionales al querer imponer por ejemplo el germanismo, el eslavismo. La tesis central de Renan es evitar la confusión entre

⁹ *Ibid.*, p. 27.

¹⁰ Ernest Renan, *Discours et Conférences*, Paris, Calman Lévy-1877, p. 282.

¹¹ *Ibid.*, p. 285.

raza y nación: “se confunde la raza con la nación y se le atribuye a los grupos etnográficos, más aún lingüísticos, una soberanía análoga a la de los pueblos realmente existentes”, y se pregunta ¿en qué difiere el principio de la nacionalidad del principio de las razas? El estudio de las últimas, siendo importante, dice Renan, para el sabio que se ocupa de la historia de la humanidad, no tiene aplicación en política: “En la conciencia instintiva que ha presidido la confección del mapa de Europa no ha contado para nada la raza. Las primeras naciones de Europa son aquellas de sangre esencialmente mezclada.” De la lengua dice que si bien invita a la unión, no la fuerza: “Los Estados Unidos e Inglaterra, la América española y España hablan la misma lengua y no forman una misma nación.”

¿Los intereses son razón suficiente para hacer una nación?, se pregunta Renan y responde: “No lo creo. La comunidad de intereses hace tratados de comercio. En la nacionalidad hay un elemento de sentimiento, es alma y cuerpo a la vez; un *Zollverein* no es una patria.”¹²

Renan señala que hay en el hombre algo superior a la lengua: la voluntad. “La voluntad de Suiza de estar unida a pesar de la variedad de sus idiomas es un hecho más importante que la similitud en el lenguaje lograda, a menudo, a través de vejaciones.”¹³

Bastante similares son los planteamientos de John Stuart Mill en sus *Consideraciones sobre el gobierno representativo*. En el capítulo xvi, cuando señala la formación del sentimiento nacional junto a la identidad de raza y origen, la comunidad de idioma y religión y los límites geográficos, afirma, “la identidad de antecedentes políticos: La posesión de una historia nacional, y la comunidad consecuente de recuerdos; el orgullo, la humillación, el placer, y el arrepentimiento colectivo que se relacionan con los mismos incidentes del pasado”.¹⁴

Esta identidad de idioma, literatura, religión y recuerdos y la influencia que tuvieron para las distintas partes que conformaban el concepto de alemán y de italiano es comentada por Mill. De los segundos decía:

¹² *Ibid.*, p. 303.

¹³ *Ibid.*, p. 299.

¹⁴ John Stuart Mill, *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, Herrero Hermanos, México, 1964, p. 265.

Entre los italianos, una identidad de idioma y literatura, que está muy lejos de ser completa, en combinación con una posición geográfica que los separa de otros países por medio de una línea bien marcada, y tal vez más que cualquier otra cosa, la posesión de un nombre común que les hace compartir la gloria de todas las cosas grandiosas que realizaron en el pasado en las artes, las armas, la política, la supremacía religiosa, la ciencia y la literatura, es lo que hace nacer entre la población un grado de sentimiento nacional, que aunque todavía es imperfecto, ya es suficiente para producir los acontecimientos que suceden ante nosotros.¹⁵

El énfasis que en el sentimiento nacional tiene el desarrollo histórico muestra claramente la importancia que, para el problema de las nacionalidades, tiene la historia.

La insistencia que Renan, Mill y los demás hacen en el sentimiento, en la voluntad de vivir juntos y en los aspectos históricos como determinantes de la nacionalidad, es negado por Marx y Engels, quienes sostienen que los aspectos económicos son los determinantes. Sintetizando a Marx, Salomon Bloom apunta: "Los límites geográficos de la nación deben determinarse por las necesidades que gobiernan las operaciones de una economía avanzada, y no por factores históricos, tradicionales o legales; tampoco por consideraciones de defensa militar, temor o agresión, o conquista."¹⁶

El desarrollo económico explica la destrucción de viejas fronteras basadas en la historia y en la cultura:

Ni la sangre, ni el número, ni la geografía, ni la conciencia de tradiciones comunes, ni la cultura común podían por sí mismos crear o convalidar el derecho a la existencia de un Estado separado. Para tener significación práctica, ese derecho debía ser completado por una economía avanzada.¹⁷

La distinción marxista entre naciones pequeñas y grandes tiene por objeto determinar, por el tamaño, el derecho que tienen para existir. Únicamente aquellas que, por sus dimensiones, fuesen capaces de permitir el desarrollo de una economía moderna podían ser consideradas viables. Para Marx, por otra parte, las naciones grandes y avanzadas mostrarían a las pequeñas la ruta del desarrollo;

¹⁵ *Ibid.*, p. 265.

¹⁶ Salomon Bloom, *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*, Siglo XXI, Bs. As, 1975, p. 29.

¹⁷ *Ibid.*, p. 44.

el camino del progreso sería abierto por Inglaterra. Es por eso que Marx favorecía, en algunos casos, la conquista y la dominación de los países desarrollados sobre los países de Asia, África o América Latina.

El saber si cualquier particular aventura imperial era deseable, o no lo era, debía ser determinado por el efecto que ella tuviera sobre la víctima, el conquistador y el mundo en general, criterio éste altamente variable.¹⁸

En síntesis, los anteriores argumentos son utilizados por Marx para preferir la expansión británica a la rusa, así como el avance de Estados Unidos sobre territorio mexicano. Por este tipo de antecedentes, la aceptación de la nación moderna como un fenómeno histórico concreto planteó problemas fundamentales en la teoría del socialismo, basada sobre la lucha de clases. ¿Era posible conciliar los conceptos de división horizontal en clases y de división vertical en naciones?

Para los europeos, en términos generales, la cuestión nacional es un planteamiento en el que la fuerza, el poder, la capacidad de imponer una voluntad a otra es primordial. En cambio, para la mayoría de los países hispanoamericanos el planteamiento es inverso. Sometidos a la doble presión de las colonias que no se desmembraron (Hispanoamérica se desmembró en oposición constante con Angloamérica y Lusoamérica que conservaron toda la fuerza del expansionismo de las metrópolis europeas que las fundaron), los grupos dirigentes de la sociedad hispanoamericana prefirieron liberar las fuerzas disgregadoras antes que luchar por la recomposición colonial. Faltos de espíritu expansionista, eligieron la vía de la diferenciación política conforme a la división heredada del sistema político español.

Los creadores del Estado-nación

Con la aparición de Napoleón en la primera década del siglo XIX, el escenario político, económico y social de Europa se transforma radicalmente. La exaltación del sentimiento nacional de los alemanes, surgido ante el peligro de la invasión francesa, es modelo que se repite pocos años más tarde cuando la conciencia nacional

¹⁸ *Ibid.*, p. 57.

surge con extraordinaria fuerza en España, Austria y Rusia. A partir de ese momento surge un proceso que se cristaliza en la formación de nuevos y numerosos Estados nación.

En Hispanoamérica los movimientos emancipadores aprovechan la circunstancia por la que atravesaba España para iniciar el proceso independentista. Los hispanoamericanos herederos de un Estado segmentario, como lo define Southhall, tenían que crear un Estado unitario, no fragmentado. La creación de un Estado fundado, no en la lealtad al rey sino en la lealtad al concepto de soberanía popular, necesitaba crear los mecanismos que le permitieran formar un nuevo tipo de conciencia obediente a un código diferente del señorial. Este tránsito era difícil porque el sistema político-social y económico de la colonia tenía hondas y fuertes raíces.

La ambición de los gobiernos ilustrados españoles de crear un Estado unitario debió ser realizada por los gobiernos independientes. Éstos heredaron de la colonia la unidad de lengua y de religión, no así la unidad de intereses ni la voluntad común de dar término a los privilegios gremiales y estamentales. La conciencia diferenciadora de los criollos necesitaba de la aspiración de igualdad para llegar al resto del complejo mundo colonial.

En Hispanoamérica la cuestión nacional tiene como antecedente directo el sentimiento patrio de los criollos. Las aspiraciones de emancipación sostenidas por ellos descansaban en el prejuicio de la superioridad de los conquistadores hispanos sobre los simples administradores metropolitanos enviados posteriormente por la corona. Severo Martínez Peláez apunta:

La idea de patria que estaba naciendo en Guatemala en el siglo xvii, y que se halla presente en el fondo de los arrebatos y alegatos de la *Recordación Florida*, es la patria del criollo. Es un producto ideológico de la lucha que sostenían los criollos con la madre patria . . . Los criollos estaban defendiendo su patrimonio de herederos de la conquista, y ese patrimonio fue la base material de la que surgió entre ellos la idea de patria.¹⁹

Contrasta el optimismo y la opinión que de sí mismo tenían los criollos con las ideas comunes que se manejaban en Europa y en España misma, sobre los hombres y la naturaleza americana. La inferioridad de ésta era la base que justificaba el mandato blanco.

¹⁹ Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación colonial guatemalteca*. Ed. Universitaria, Guatemala, 1973, p. 43.

Landívar y Clavijero, como otros jesuitas exiliados por la política borbónica, tenían un profundo sentimiento americano; Landívar en su *Rusticatio Mexicana*, escrita para dar consuelo al exiliado, señalaba:

Confieso que debería velar mis entrañas de enlutado peplo y derramar amargas lágrimas; pues mientras florezcan los prados y alumbren las estrellas, mi espíritu y mi pecho siempre serán presa de profundo dolor.²⁰

Todo el canto de Landívar es para despertar en la juventud mexicana y guatemalteca el amor que a él llenaba de placer por la tierra natal.

Aprende a estimar en mucho tus fértiles tierras, a explorar animosamente y a investigar con paciente mirada las riquezas del campo y los excelentes dones del cielo. Sea otro el que vaya por las campiñas, doradas por el sol, con despercebidos ojos, como los animales, y dilapide todo el tiempo en juegos... ejercita en la búsqueda todas las energías de tu ingenio, y con gustoso trabajo descubre tus riquezas.²¹

Si los criollos comerciantes y mineros reclamaban la independencia, otro tanto hacía el clero criollo. Éste, asimismo, seguía una ruta de autonomía. A muchos estudiosos les ha llamado la atención el hecho del extraordinario culto rendido a la Virgen de Guadalupe. David Brading, por ejemplo, señala:

La cristiandad americana se originaba no a partir de los esfuerzos de los misioneros españoles, por admirables que éstos fueran, sino gracias a la intervención directa y el patrocinio de la Madre de Dios. El que hubiera elegido a un indio como testigo de su aparición magnificó su calidad nativa y americana. Tanto criollos como indígenas se unieron en la veneración de la Guadalupeana. Había surgido un gran mito nacional mucho más poderoso, porque tras él se hallaba la devoción natural de las masas indígenas y la exaltación teológica del clero criollo.²²

En la anterior cita están señaladas las causas explicativas del por qué en México, los clérigos son dirigentes de la independencia.

²⁰ Rafael Landívar, *Rusticatio Mexicana por los campos de México*, Ed. Jus, México, 1965, p. 50.

²¹ *Ibid.*, *op. cit.*, p. 276.

²² David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, ERA, México, 1973, p. 27.

Bolívar cuando contestaba a Cullen decía que no era la figura de Quetzalcóatl sino la Virgen de Guadalupe la que movería las masas mexicanas

Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. ²³

¿Cómo el patriotismo deviene en nacionalismo? El concepto de soberanía popular y el de nación se conforman simultáneamente. La tesis ilustrada, sostenida por Moreno en la Argentina, afirma:

Los vínculos que unen el pueblo al rey, son distintos de los que unen a los hombres entre sí mismos; un pueblo es pueblo, antes de darse a un rey; y de aquí es que aunque las relaciones sociales entre los pueblos y el rey quedasen disueltas o suspensas por el cautiverio de nuestro monarca, los vínculos que unen a un hombre con otro en sociedad quedaron subsistentes, porque no dependen de los primeros. ²⁴

Aceptado el principio de soberanía como el nuevo resorte que movería toda la máquina ¿Cómo hacer partícipes a unos y excluir a otros? Por más restringido que fuese el concepto de pueblo —y la membresía se definiese censitariamente— la igualdad original era el supuesto fundamental y, en consecuencia, la vía nacional se define como la aceptación de principios que igualen paulatina o aceleradamente, según sea el caso, a todos los miembros de una sociedad dada.

Eliminar las diferencias de una sociedad estamental y las diferencias de una sociedad colonial es tarea que requirió gran esfuerzo. No fue difícil para los criollos captar la abstracción jurídico-filosófica-política de la ilustración, lo arduo fue comprender ese complejo universo que no responde a principio lógico alguno. Para hacer un discurso sobre la igualdad de los hombres se requería suspender el juicio sobre la realidad colonial circundante, olvidarla, excluirla y lanzarse con el sí condicional como arma todopoderosa. En cambio, penetrar en la realidad hispanoamericana, distinguir los elementos que la componen, luchar por armonizar o agudizar sus

²³ Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, prólogo Augusto Mijares. Biblioteca, Ayacucho, Venezuela, 1976, p. 73.

²⁴ Mariano Moreno, *Escritos políticos y económicos*. La cultura argentina. Bs. As., 1915, p. 24.

contradicciones fue quehacer ingrato, era necesario reconocer por parte de los criollos que las fuerzas sociales no responden a la intensidad del deseo. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano podía hacerse mediante un decreto; el establecer la igualdad, en cambio, fue labor que consumió el esfuerzo de miles de hombres. ¿Podía haber igualdad sin unificación? ¿Podían el indio y el negro aceptar como verdad la palabra impresa y olvidar la experiencia centenaria que mostraba lo contrario? ¿Cómo realizar el salto cualitativo de raza-servidumbre a ciudadanía-liberación? ¿Cómo concebirse un día miembro de una etnia o de una corporación y al siguiente, miembro de un cuerpo indiferenciado, sin rey, religión ni gremio? ¿Cómo hacer comprender a los negros, a los indígenas, a los mestizos, que ahora pertenecían a un grupo distinto, en el que las diferencias étnicas ya no existían? ¿Cómo hacerles comprender que las señales físicas exteriores eran un accidente sin importancia en la nueva sociedad? ¿Cómo convencerles de que en el nuevo régimen —republicano y nacional— existían solamente individuos y más importaba el sentimiento de igualdad y de fraternidad que todas las diferencias jurídicas y sociales del viejo régimen colonial?

El doctor José María Luis Mora, abanderado de las causas revolucionarias, planteaba la lucha entre el viejo y el nuevo régimen en términos de hábitos.

Entre éstos figuraba y ha figurado como uno de los principales el espíritu de cuerpo difundido por todas las clases de la sociedad, y que debilita notablemente o destruye el espíritu nacional.²⁵

Estos cuerpos ya fuera de los conocidos del clero y la milicia con sus múltiples divisiones, así como los privilegios que tenían la Inquisición, la Casa de Moneda, la Universidad, los Mayorazgos, las Cofradías y hasta los Gremios, atentaban contra la prosperidad nacional. Su existencia separada resultaba, en palabras de Mora, fatal para el espíritu nacional.

Si la Independencia se hubiera efectuado hace cuarenta años, un hombre nacido o radicado en el territorio en nada habría estimado el título de mexicano y se habría considerado solo y aislado en el mundo, si no contaba sino con él. Para un tal hombre el título de *oidor*, de *canónigo* y hasta el de *cofrade* habría sido

²⁵ José María Luis Mora, *Dialéctica Liberal*, Ediciones del Gobierno del Estado de Guanajuato, México, 1977, p. 123.

más apreciable y es necesario convenir en que habría tenido razón puesto que significaba una cosa más positiva; entrar en materia con él sobre los *intereses nacionales* habría sido hablarle en hebreo; él no conocía ni podía conocer otros que los del *cuerpo o cuerpos* a que pertenecía y habría sacrificado por sostenerlos los del resto de la sociedad, aunque más numerosos e importantes.²⁶

Mora veía en estos cuerpos la negación del espíritu nacional porque los hombres que pertenecían a ellos se identificaban con los intereses y con los dogmas de la corporación respectiva y, en consecuencia, Mora expresaba su convicción: “en semejante caso no es dudoso el partido que debe adoptarse, el de sacrificar los cuerpos a la nación”. La lucha contra las corporaciones —marcha del progreso— ocupó, en opinión de Mora, las primeras décadas del siglo XIX con las sucesivas revoluciones que se habían dado.

Pero ¡qué diferencia del año de 1799 al de 1833! Hoy no existen clases envilecidas de hecho ni de derecho como entonces . . . Hoy finalmente ha desaparecido esta diferencia de castas que se han perdido en la masa general por la fuerza eficaz, activa y disolvente de las revoluciones; diferencia que traía consigo la dominación de la raza privilegiada sobre las envilecidas y el odio de éstas contra aquéllas, por consecuencia forzosa.²⁷

El proceso diferenciado de la metrópoli española se generó tempranamente porque el sistema político español, que hacía énfasis en las cuestiones de cuna, añadió una diferencia más, la diferencia geográfica de cuna. El español americano, para el sistema colonial, era menos valioso que el español metropolitano. A los antagonismos propios de una sociedad estamental se le agregaba, por otra parte, el conflicto de las razas, el color de la piel y la pureza de la sangre formaban una mezcla que marcaba definitivamente a los hombres de América: españoles, criollos, lobos, negros, indios, etcétera.

Todos ellos veían al mundo según el color de su piel (¿La vida color de rosa será por las mejillas de las mujeres blancas?) Al negro le esperaba una suerte negra, al blanco una suerte argentina. A la posición racial le correspondía geografía distinta y ubicación diferente; pueblos de indios, ciudades de blancos, el negro al ingenio, el indio a la mina:

²⁶ *Ibid.*, p. 123.

²⁷ *Ibid.*, p. 144.

Esta realidad colonial se caracterizaba por la dicotomía de conquistadores y conquistados, amos y siervos o esclavos, y en segundo término, por el cruzamiento entre estos grupos opuestos. Por tanto, resultaba inevitable que la estratificación social y el *status* social se relacionaran estrechamente con la división en grupos étnicos.²⁸

La profunda separación explica la preocupación mostrada por los guías de la independencia americana. Morelos, por ejemplo, el 17 de noviembre de 1810 hace saber:

Por el presente y a nombre de S. E. hago público y notorio, a todos los moradores de esta América y establecimientos, del nuevo gobierno, por el cual, a excepción de los europeos, todos los demás habitantes no se nombrarán en calidad de indios, mulatos ni otras castas, sino todos generalmente *americanos*. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan serán castigados.²⁹

La supresión de las castas y la abolición de la esclavitud fueron medidas dictadas rápidamente en México, una vez iniciada la lucha por la Independencia. Sin embargo, un sistema con raíces tan profundas no podía ser eliminado con un decreto. En el año de 1813 el mismo Morelos reitera su posición:

Que quede abolida la hermosísima jeringonza de calidades *indio, mulato o mestizo, tente en el aire*, etcétera, y sólo se distinga la regional, nombrándolos todos generalmente *americanos*, con cuyo epíteto nos distinguimos del *inglés, francés* o más bien del *europeo* que nos perjudica, del *africano* y del *asiático* que ocupan las otras partes del mundo.³⁰

Como respuesta metropolitana al sentimiento de americanidad, surgió la tesis de que los habitantes tanto de América y de Europa podían considerarse españoles de ambos hemisferios. Esta tesis, es bien sabido, no prosperó.

A principios del siglo XIX existía el temor generalizado de que una vez liberados indios y negros, el paso que darían éstos sería el de eliminar a los criollos. El curso seguido por la Revolución de

²⁸ Magnus Mörner, *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Paidós Bs. As., 1969, p. 61.

²⁹ Ernesto Lemoine Villicaña, *Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época*, UNAM, México, 1965, p. 162.

³⁰ *Ibid.*, p. 264.

Haití era un fantasma que recorría América. El antagonismo racial de la colonia no se mantuvo tan vivo en la época independiente. Para Morelos, el mecanismo de una democracia constitucional era la mejor salida al conflicto étnico:

Acabad, pues, de sacudir el profundo sueño que habéis dormido bajo la pesantez del león español, entrad en posesión del más precioso de vuestros derechos. A la timidez de esclavos sucede la confianza de hijos, y a la superchería de indígenas, la generosidad de ciudadanos. Como no atacéis el dogma, la suma moral ni la tranquilidad pública, podéis representar a este Supremo-Gobierno cuanto os parezca conducente a la felicidad de nuestra nación.³¹

Bolívar da una solución distinta al problema. Para él, el conflicto racial había sido instigado por los españoles; Bolívar observaba que “el indio es de un carácter tan apacible que sólo desea el reposo y la soledad” y que “el esclavo en la América vegeta abandonado en las haciendas, gozando, por decirlo así, de su inacción”. El planteamiento de la cuestión racial para Bolívar se sintetiza en las siguientes palabras:

De aquí me es permitido colegir que, habiendo una especie de independencia individual en estos inmensos países, no es probable que las facciones de razas diversas lleguen a constituirse de tal modo que una de ellas logre anonadar a las otras. La misma extensión, la misma abundancia, la misma variedad de colores da cierta neutralidad a las pretensiones, que vienen a hacerse, casi nulas.³²

Puede decirse que el problema de la población en la cuestión nacional de América Latina, con excepción de Haití y los países del Cono Sur, se resuelve a través de un intenso cruce de razas. Los prejuicios raciales, en términos generales, se manejan por minorías que ven, en negros y aborígenes el principal obstáculo para el desarrollo. Haití por eliminar a la población blanca; Uruguay y Argentina por su política inmigratoria para solucionar su problema de despoblamiento y Chile que con considerable retraso logra superar la frontera araucana escapan, reitero, al planteamiento general.

³¹ *Ibid.*, p. 531.

³² Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, prólogo de Augusto Mijares, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1976, p. 76.

Pese a ello cualquier viajero podrá observar, en los últimos dos países, mestizaje generalizado en sus estratos populares.

El paternalismo de las clases dirigentes hispanoamericanas no se oculta de ningún modo, en las ideologías decimonónicas es evidente. Los criollos utilizaron a los indígenas como ariete en su lucha por la emancipación. Las revueltas indígenas de todo el siglo XIX son evidencias de la injusticia y la marginación a que fueron sometidos. Sin embargo, los levantamientos tienen más un carácter económico que un signo racial que atente contra la integración nacional.

¿Es la independencia sinónimo de disgregación? Para Hispanoamérica sí; para Angloamérica y Lusoamérica no. En las dos últimas el proceso de independencia prolonga el esfuerzo colonial metropolitano. La idea de federación hispanoamericana tiene ambas experiencias como ejemplo; Estados Unidos más que el Brasil despierta admiración y temor en los hispanoamericanos que se interrogan por las causas que expliquen la desintegración. En el proceso se hace mención a las diferencias de la colonización española y sajona; sin embargo, no explican porqué siendo semejante la colonización ibera los resultados son distintos. La respuesta más socorrida es la de la sabia decisión de la corte lusitana de trasladarse al Brasil cuando Portugal es invadido por las tropas napoleónicas. ¿Qué hubiera pasado si Carlos IV se hubiese desplazado a Lima, Caracas, Buenos Aires o México? ¿Hispanoamérica estaría unida?

La división política surgida del desmembramiento del imperio colonial le recordaba a Bolívar el fenómeno de la secesión del imperio romano, con la diferencia que en las repúblicas hispanoamericanas se observaba un principio de derecho público:

Esta base es que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinos, capitanías generales, o presidencias como la de Chile. El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires: dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fe, Chile, aunque era dependencia del Perú, ya estaba separado del Perú algunos años antes de la revolución, como Guatemala de Nueva España.³³

La aceptación o rechazo de los antiguos límites coloniales ocupa la primera parte de la cuestión nacional hispanoamericana, en cuanto a territorio se refiere. Los proyectos confederativos y los conflictos fronterizos ocupan los estadios posteriores. Es necesario señalar que

³³ *Ibid.*, p. 189.

en los diferendos fronterizos siempre se sostiene que la posesión colonial tenía aquellos límites.

Las naciones que no aceptaron el dictado de la colonia son Paraguay, Uruguay y Bolivia que se separaron del cuerpo original del virreinato del Río de la Plata. Asimismo la disgregación centroamericana se genera en el marco de la capitania de Guatemala. No se menciona aquí el caso de Panamá porque se realiza en circunstancias que escapan a los límites de este artículo.

Como contraparte los proyectos de unión han sido los de Bolívar con su Magna Colombia y su Federación Andina. Los distintos intentos de unificar Centroamérica, así como una serie de utopías de confederación hispanoamericana (Congreso anfictionico o confederación regional) (Provincias Unidas del Río de la Plata). No se incluye aquí la Confederación peruano-boliviana porque tenía un carácter estrictamente ofensivo contra Chile, ni tampoco al imperio mexicano porque la adhesión de Centroamérica fue en exclusiva al régimen monárquico.

¿Qué obligó a Bolívar para mudar su opinión de que en Hispanoamérica un Estado grande sería imposible? El ejemplo de Estados Unidos y del Brasil deben haber sido determinantes. Nadie como Bolívar entendía las dificultades a vencer para integrar un conjunto tan disperso. Pese a ello intentó vencer el pasado colonial mediante el magno proyecto anfictionico. Por otra parte, la unidad política y militar surgida como necesidad en la guerra contra España le permitió unificar a las actuales Venezuela, Colombia y Ecuador, pero una vez terminado el conflicto bélico era muy difícil mantener la unidad de estos países; al menos es la idea que maneja uno de los responsables del fin de ese proyecto. José Antonio Páez afirma:

Colombia era una hermosa creación de Bolívar que debía siempre existir armada con su lanza y su troquel. Terminada la guerra, era una especie de monstruo político, siquiera se compare su tamaño con el número de sus pobladores; no podía vivir, porque en la naturaleza no caben las cosas ni las naciones desmesuradas y sin cohesión.³⁴

Para Páez la separación de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, era una necesidad física, cabalmente comprendida por los pueblos:

³⁴ José Antonio Páez, *Autobiografía*, 2 tomos, Bolsilibros, Bedout, Medellín, 1973. p. 12, tomo 2.

A mí me tocó encontrarme con mando en Venezuela cuando aconteció; y que hacerme responsable de ella, sobre injusto por la mala voluntad que se me atribuye, no lo es menos por el honor que inmerecidamente se me confiere, considerándome autor exclusivo de una idea que emanó de todos los grandes talentos de la época.³⁵

En esta exposición de Páez están ausentes consideraciones sobre el contexto en el que se producía el desmembramiento. La presencia del Brasil y de Estados Unidos era sistemáticamente ignorada.

El juicio que a Sarmiento le merecen este tipo de experiencias es, como en la mayoría de sus comentarios, demoledor.

Las repúblicas sudamericanas han pasado todas más o menos por la propensión a descomponerse en pequeñas fracciones, solicitadas por una anárquica e irreflexiva aspiración a una independencia ruinosa, oscura, sin representación en la escala de las naciones. Centro América ha hecho un Estado soberano de cada aldea: la antigua Colombia dióselas para tres repúblicas; las Provincias Unidas del Río de la Plata se descompusieron en Bolivia Paraguay, Uruguay y Confederación Argentina, y aun, esta última llevó el afán de descomposición hasta constituirse en un caos sin constitución y sin regla conocida.³⁶

En síntesis, la herencia colonial es determinante en la vida de los países independientes. La estructura territorial creada por el imperio español prácticamente se mantuvo inalterable. La religión fue asimismo en los inicios de la vida independiente un elemento aglutinador.

Los conflictos de identidad con América, la Gran Colombia, las Provincias Unidas del Río de la Plata, es decir, organizaciones magnas, se crean cuando se intenta integrar regiones que de una manera u otra habían estado de espaldas desde el punto de vista económico. Por otra parte, el regionalismo que sienta las bases de la diferenciación era asimismo un producto colonial. El criollo no veía más lejos de sus límites territoriales y se mostró reacio a emprender o apoyar cualquier empresa en la que se comprendieran intereses que no lo afectaran de inmediato. ¿Falta de experiencia? ¿Ignorancia? ¿Fatalismo? La explicación de este proceso es necesario sobre todo cuando se considera que, desde el punto

³⁵ *Ibid.*, p. 12.

³⁶ Domingo Faustino Sarmiento, *Argirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*, Eudeba, Bs. As., 1968, p. 80.

de vista económico, había un proceso de integración como es el caso de Potosí y las regiones circundantes.

La débil organización política, la falta de cohesión del pueblo, la aguda discriminación de las masas indígenas en unos casos, la falta de población en otros, la debilidad en la que quedaron los grupos sociales después de la intensa y costosa guerra civil de la independencia; el corporativismo militarista que consideró a la cosa pública como botín, son elementos que explican la débil integración nacional en las primeras décadas del siglo XIX. El cumplimiento de las tareas nacionales es obra de sucesivas generaciones que rompen con el limitado planteamiento criollo. Don Andrés Molina Enríquez, positivista mexicano, define así, a principios del siglo XX, las condiciones que permitirán alcanzar el ideal patrio:

La noción del patriotismo quedará bien determinada y reducida a los sencillos términos siguientes: *Todos como los hermanos de una familia, libres para el ejercicio de sus facultades de acción, pero unidos por la fraternidad del ideal común, y obligados a virtud de esa misma fraternidad, por una parte, a distribuirse equitativamente el goce de la común heredad que los alimenta, y por otra, a tolerarse mutuamente las diferencias a que ese goce dé lugar.*³⁷

Queda claro que don Andrés Molina exigía como condición para el triunfo del ideal patriótico la desaparición de "todas las diferencias de clase y de condición que ahora contraponen a los elementos de la población nacional". Es evidente que el ideal de don Andrés Molina se realizará en una etapa futura y que en el pasado histórico mexicano, así como en el hispanoamericano, sólo se ha dado la existencia de agregados patrios divididos, siendo el más importante, en el siglo XIX, el del grupo criollo.

³⁷Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, INJM, México, 1964, p. 326.

EL NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA: VICISITUDES Y PERSPECTIVAS (1810-1980)

MARCOS KAPLAN

El nacionalismo en América Latina —sus formas y contenidos, sus logros y sus fracasos— se presenta y se despliega, se realiza y se replantea, decae y resurge, a partir y a través del proceso histórico de los países de la región, desde su emancipación a principios del siglo XIX hasta la crisis actual. El fenómeno puede ser analizado a través de varias fases históricas. Una primera, la del desarrollo primario-exportador-dependiente, y del estado oligárquico, va desde el siglo XIX hasta comienzos del XX. Una segunda, de transición, se esboza desde las vísperas de la guerra de 1914-1918 hasta el estallido de la crisis mundial de 1929. La fase de la crisis estructural contemporánea, desde la gran crisis a la fecha, puede ser subdividida en varios periodos significativos, y en ella —como se verá— la problemática del nacionalismo se ve al mismo tiempo amenazada y reforzada, desbordada y replanteada, por una doble dinámica. Una dinámica interna, que proviene de las tensiones, conflictos y crisis de las sociedades y Estados nacionales, se entrelaza con una dinámica externa que para unas y otros deriva de la nueva división mundial del trabajo, de la constelación constituida por los fenómenos y procesos de la transnacionalización, y de la concentración del poder mundial.

1. Del proyecto de gran nación a la realidad del micro-nacionalismo

Con la emancipación, América Latina pierde la unidad político-administrativa que, aunque de modo formal y precario, gozara en la era colonial, y termina por fragmentarse en dos decenas de repúblicas independientes y divorciadas entre sí. Las élites que dirigen y apoyan la independencia han tomado de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, el nacionalismo y el proyecto de construir una gran nación y un gran Estado. El proyecto emancipador expresa un impulso y pretende una proyección continentales. El atraso here-

dato, el múltiple legado de la organización radical y centrífuga de las economías y sociedades coloniales con centro en las metrópolis que impusiera el sistema colonial hispano-portugués, la falta de interdependencia de intereses y de integración geográfica y socio-económica, la perduración de estructuras arcaicas, el desarrollo capitalista incumplido o insuficiente, la consiguiente generación de tendencias centrífugas de todo tipo, la dependencia externa, la acción deliberada de las grandes potencias, confluyen en la creación y consolidación de la división desde la independencia hasta la época actual.

La idea nacional y el proyecto de gran Estado conservan un carácter de abstracción e inoperancia; se difunden y concretan de modo lento e incompleto; no encuentran el sustento sociopolítico los cuadros territoriales y demográficos que necesitan para materializarse. La independencia es realizada y usufructuada por personalidades, pequeños grupos y comunidades de tipo urbano. El movimiento tiene, como punto de partida y como herencia, una organización social compuesta de innumerables grupos aislados y dispersos, replegados sobre sí mismos y relativamente autosuficientes, regidos por jefes (notables, terratenientes, comerciantes, caudillos militares) con gran autonomía de hecho. El sentimiento y la idea de unidad latinoamericana surge de la identidad cultural, del resentimiento común contra el viejo amo y enemigo, del deseo compartido de usufructuar las posibilidades creadas o prometidas por la independencia. A la integración superficial corresponde una débil emergencia del sentido nacional, no sólo a nivel latinoamericano sino incluso en el plano más localizado de los nuevos Estados emergentes. Las nuevas naciones se van sustentando en poblaciones no demasiado numerosas, dispersas, de escasa cultura, gran heterogeneidad, sin comunidad entre las élites dirigentes y las mayorías más o menos marginadas. La desaparición de la autoridad metropolitana ha creado un vacío difícil de llenar para los aspirantes a sucederla, cuyo número se multiplica a través de la propia lucha emancipadora. Las fuerzas centrífugas, ínsitas en la vieja sociedad colonial y estimuladas por la convulsión revolucionaria, crean y mantienen la fragmentación del territorio latinoamericano en pequeñas soberanías. La desaparición del enemigo externo se une a la falta de interdependencia y de presiones socio-económicas genuinas y a la quiebra de lazos y canales tradicionales

por las guerras independentistas y civiles, para impedir el paso del aislamiento a la integración.

La falta de cuadros territoriales, con capacidad para lograr o imponer reconocimiento y acatamiento, contribuye a impedir la reconcentración de lo fragmentado en uno o varios Estados soberanos. Las divisiones administrativas heredadas corresponden a divisiones geográficas naturales o a periferias de algunas ciudades, pero no expresan necesidades imperiosas ni sentimientos nacionales vigorosos de los respectivos pueblos y no logran su adhesión o acatamiento. Las tendencias centrífugas se imponen, pese a las tentativas centralizadoras de algunas personalidades y grupos de notables, y al fracasar exacerban el nacionalismo restringido. Nuevos grupos dominantes se preocupan por delimitar y congelar las fronteras, y se produce y mantiene la división nacional, en función de límites naturales y de ciertos cuadros administrativos de tipo tradicional. La fragmentación se concreta en Estados de dudosa unidad interna que muchas veces recubren, con la semificción del federalismo, una unidad laxa de regiones, ciudades y señoríos personales, familiares y de grupo. El peso de la inercia colonial, que vuelve por sus fueros tras la tempestad revolucionaria, es reconocido con amargura por algunos dirigentes, desde Mariano Moreno a Simón Bolívar. El Congreso de Panamá de 1826 fracasa por una convergencia de las fuerzas centrífugas operantes en el continente (anarquía interna, desconfianzas mutuas de los nuevos Estados) y por la diplomacia de Gran Bretaña y Estados Unidos que resisten la creación de un bloque regional.

Desde entonces, la desintegración continental prosigue y se acelera. Los países latinoamericanos dedicarán a las guerras civiles e internacionales una parte considerable de los recursos y esfuerzos que hubieran podido destinar a su desarrollo integrado y autónomo. En virtud de la relación de dependencia a que se incorporan desde la emancipación, cada uno de los países latinoamericanos se estructura con un sentido centrífugo y divergente. Su economía y su comercio, su política y su diplomacia, su vida cultural, son orientadas por separado hacia los centros mundiales de poder, e integradas en la órbita de una o varias potencias. Este proceso acentúa y consolida la fragmentación inicial, frustra permanentemente los diversos planes de integración que se intentan después del fracaso de Panamá.

Durante el siglo XIX y comienzos del XX se diseña y aplica en los

principales países de América Latina un modelo de crecimiento económico de tipo primario-exportador y dependiente, en superficie, sin transformaciones estructurales globales, y se organiza una sociedad jerarquizada, polarizada y rígida, con fuerte concentración de la riqueza y el poder en una minoría centrada en el sector agrominero-exportador en alianza con las metrópolis y sus empresas de acción internacional. En relación con esta operación histórica, la fracción hegemónica (terratenientes, mineros, comerciantes y financistas, altos dirigentes políticos y funcionarios públicos, jefes militares y dignatarios eclesiásticos) impone sus formas de poder y de autoridad, su sistema político-institucional y su propia legitimidad, y logra el apoyo de otras fracciones de la clase dominante (oligarquías regionales), y el consenso o la sumisión pasiva de las mayorías nacionales compuestas por clases y capas intermedias y populares.

La alienación cultural-ideológica hacia todo lo que sea extranjero y la europeización y el cosmopolismo se producen como reflejo y como componente del modelo de crecimiento para fines instrumentales tendientes a la integración internacional, a la creación de las nuevas estructuras socioeconómicas requeridas, y a la cristalización de la dominación interna y la construcción del nuevo Estado nacional.

El crecimiento urbano que coexiste y se entrelaza con el sistema latifundista y el predominio de la sociedad rural, la emergencia de por lo menos una gran ciudad principal en cada país en posición dominante, son a la vez causa y efecto de la europeización. La gran ciudad actúa como intermediaria entre el mundo desarrollado y el interior de cada país, como eje y correa de transmisión en la dependencia respecto al comercio, las inversiones, el transporte y las comunicaciones, los medios de información y publicidad. Los grupos altos y medios de las concentraciones urbanas más importantes se abren a la influencia de los centros metropolitanos de Europa y Estados Unidos. Reciben e incorporan formas productivas, técnicas, inventos, pautas de consumo, modas, costumbres, ideas, métodos educativos, tablas de valores, instituciones, elementos y atavíos de la civilización euro-norteamericana. La europeización se produce por la imitación y la improvisación, sin originalidad creadora, como aculturación por impulso externo, pero su papel como esfuerzo de la dependencia y de la conformación estructural en emergencia no es desdeñable.

Junto con aspectos positivos indudables, la constelación urbanización-europeización presenta otros negativos. Opera como factor de cosmopolitismo que atenúa o destruye la idiosincrasia y la conciencia nacionales. Se elabora y asimila instituciones y pautas socio-políticas y culturales, para funcionar en y para la capital y las ciudades importantes, sin buscar demasiado ni lograr una operatividad de las mismas fuera de los límites de aquéllas. Surge y se afirma un menosprecio casi absoluto hacia las poblaciones del interior, hacia los sectores campesinos y populares, y hacia sus formas de vida y cultura. El colonialismo intelectual se va convirtiendo en rasgo central, traducido en el desinterés por el estudio serio y el conocimiento efectivo de los grandes problemas nacionales, salvo en lo que exigen la integración internacional y la modificación concomitante de la estructura interna.

Emergen así en esta etapa una cultura dominante y una ideología oficial que se caracterizan por la hibridez, la falta de coherencia y la fragilidad, la carencia de sentido nacional, que no fortalece la propia base nacional y por el contrario la coarta y debilita. Esta cultura y esta ideología son elaboradas y manejadas por y para grupos minoritarios, al margen de las masas populares, mediante el monopolio y el uso de los reducidos grupos intelectuales, de la Iglesia, del sistema educativo y de la prensa, y de las relaciones directas con el sistema cultural-ideológico de las metrópolis desarrolladas. Las tareas de esta cultura y de esta ideología, y de los equipos intelectuales, son: dar a la oligarquía homogeneidad, conciencia de sí misma y de sus funciones y necesidades; proporcionarle una concepción del mundo, un cierto grado de elasticidad para la absorción de los cambios, cuadros para la dirección y la organización de la sociedad y del Estado; contribuir al refuerzo de su prestigio, de su poder, y del consenso de las mayorías respecto a su dominación. El sistema impide el surgimiento y la irradiación de nuevos grupos o élites sociales y políticas con posibilidades y aptitudes para formular alternativas frente al modelo vigente, para organizarse, hacerse conocer y lograr adhesiones significativas. Falta un amplio público predispuesto a recibir y asimilar mensajes cultural-ideológicos y políticos divergentes.

El Estado nacional que se constituye a partir de la independencia refleja la nueva situación de dependencia hacia Europa y Estados Unidos, la estructura socioeconómica y el clima cultural-ideológico en emergencia, pero también es agente activo en la configuración

de esta constelación y de la sociedad global. Los prerequisites, las tareas y los resultados del proceso de formación y del funcionamiento del Estado nacional están referidos a: la constitución de la clase dominante y, sobre todo, de su fracción hegemónica; el logro de alianzas efectivas; la construcción del orden político-institucional y de sus modalidades de operación; las funciones estatales de institucionalización y legalidad, coacción social, educación y propaganda, organización colectiva y política económica, y relaciones internacionales. Por su naturaleza y sus funciones, el Estado constituye y modela una concepción y una práctica de un nacionalismo específico y *sui generis*, contradictorio en su esencia y en su despliegue concreto.

Así, en sus funciones de *institucionalización-legitimidad* y *consenso-legalidad*, el Estado se construye y se impone, se regula a sí mismo y regula a la sociedad, genera y usa el poder, para asegurar la hegemonía de la oligarquía y del sector primario-exportador, reorganiza la sociedad en función del modelo elegido de economía y desarrollo y la integración en el sistema internacional. Ello implica la definición y concreción institucionalizada de una cierta concepción del nacionalismo, ante todo en cuanto a un modelo de Estado soberano y centralizado. En sus funciones de *coacción social*, el Estado promueve la integración del país, y el logro de la unidad interna y de un sistema de lealtades nacionales por encima de particularismos sociales y regionales, para fines internos y para el mejor manejo monopólico de las relaciones internacionales. Ello requiere e incluye la creación y refuerzo de un *aparato administrativo* y la redefinición del papel y la reestructuración orgánica de las *fuerzas armadas*, así como la necesidad de imbuir al uno y a la otra de una concepción nacionalista, contradictoria y limitada pero real. Las fuerzas armadas cumplen tareas de pacificación interna, integración nacional, defensa exterior, apuntalamiento del sistema contra presiones sociales disruptivas, refuerzo de la emergencia del nacionalismo con proyecciones internas y externas.

En sus funciones de *educación* y *propaganda*, el Estado oligárquico refleja el choque de tendencias en parte convergentes y en parte contradictorias. Por una parte, la incorporación al sistema internacional en situación de dependencia conlleva la tendencia a la europeización y al cosmopolitismo. Por otra parte, la oligarquía necesita conservar una base de maniobra para la explotación del sistema productivo, el mantenimiento de la cohesión interna y de

la propia hegemonía, el refuerzo de su posición negociadora con los grupos extranjeros y las grandes potencias. Debe regir además una realidad nacional que tiene su propia dinámica y sus tendencias y exigencias específicas. Las necesidades de asimilación de la masa inmigratoria en algunos países de la región combinan con las de afirmación frente y contra países vecinos. En ciertas coyunturas, el nacionalismo es esgrimido como medio de limitar o atacar la penetración de grupos extranjeros y de una potencia foránea, en beneficio de otros grupos y de otra potencia. La dialéctica cosmopolitismo-nacionalismo no desaparece del todo, aunque durante un periodo considerable el primero prevalezca sobre el segundo. El nacionalismo sigue siendo estimulado por la confluencia de varios factores: persistencia del localismo y del regionalismo; toma de conciencia de las posibilidades nacionales; mito del progreso indefinido, y de la cita del respectivo país con el destino; enmascaramiento de conflictos internos; reacción contra los inmigrantes, vistos como competidores, disociadores, corruptores de las antiguas virtudes autóctonas. La exageración y la idealización de los recursos y cualidades nacionales no interfieren con la satelización, e impiden por el contrario una evaluación crítica de las realidades y necesidades del país.

El manejo de las *relaciones internacionales*, la elaboración y aplicación de una política exterior, van surgiendo por la confluencia e interacción de dos tendencias contrarias. Por una parte, las tareas y costos de la organización interna absorben energías para tales fines durante un largo periodo, y reducen la preocupación por el mundo exterior y la situación internacional, y la conciencia que de uno y otra se tiene. La tendencia al relativo aislamiento en la política interna va acompañada por la formulación de algunas directivas generales de política exterior, pero sin principios activos ni estrategia precisa. Por otra parte, la presión y la intervención foráneas, y la dinámica de incorporación al sistema internacional, reducen y en definitiva quiebran la tendencia aislacionista.

La política exterior resultante es formulada y ejecutada por el equipo gobernante de la oligarquía, dueña natural de la política exterior, que a través del control del Estado regula de manera definida las relaciones con las grandes potencias y con otros países latinoamericanos.

La política exterior de la oligarquía se preocupa fundamentalmente por la intensificación y el estrechamiento de las relaciones

con las metrópolis, sin interferencias y con máximos beneficios. Se afirma la armonía prestablecida y eterna de intereses entre ambos términos de la relación, y se prefiere el instrumento del tratado bilateral.

Algunos factores complican sin embargo estas relaciones. Las oligarquías sufren alarmas periódicas ante el excesivo dominio de Gran Bretaña y Estados Unidos, sobre todo ante las intervenciones diplomáticas y militares de las potencias, en favor de las propiedades y actividades de sus ciudadanos en los países latinoamericanos. En las luchas entre clanes oligárquicos, algunos de ellos juegan entre distintas empresas extranjeras y potencias rivales, como parte de la puja por posiciones internas. Se producen roces y conflictos entre empresas nacionales y extranjeras, que surgen o se agravan cuando las crisis económicas replantean las condiciones del reparto del excedente. Algunas actitudes antimperialistas responden en el fondo a la necesidad de limitar la penetración de una potencia en beneficio de otra ya instalada o cuyo ascenso modifica el esquema de dependencia externa. La reducción del ritmo de desarrollo tiene proyecciones políticas; estimula la lenta y parcial aparición de una conciencia más precisa sobre los inconvenientes de una dependencia excesiva, y sobre las ventajas de un mayor sentido nacionalista como medio de negociar mejor con los grupos y países imperialistas. La emergencia y el creciente peso sociopolítico de nuevas capas medias y de sectores trabajadores irán agregando otro refuerzo a los gérmenes de un nacionalismo difuso, pero influyente.

El desarrollo dependiente, de sentido centrífugo y divergente, determina un refuerzo de la balcanización de América Latina y el desinterés por todo lo que sea regionalismo. Cada país latinoamericano busca abstenerse de alianzas peligrosas, defiende los propios intereses y trata de cooperar con otros de intereses similares. La paz es buscada y valorizada como prerequisite para la expansión del comercio exterior y de las inversiones foráneas, y como medio de reducir los gastos fiscales. Por otra parte, sin embargo ya operan importantes factores de conflicto intrarregional. Los principales países latinoamericanos, sumergidos en el clima social y cultural analizado, abrigan grandes ilusiones sobre su desarrollo futuro. La preocupación por los intereses nacionales y de los grupos dominantes lleva a defender y expandir las fronteras. Prevalece en los países más importantes un sentido de excepcionalidad, de superioridad y de destino hegemónico, que llega incluso a condensarse en sueños impe-

riales. El aumento de tensiones sociales y políticas internas trata de ser canalizado por los grupos dominantes hacia el conflicto externo. Las grandes potencias promueven o aprovechan las amenazas bélicas o las guerras abiertas entre distintos países latinoamericanos, como medio de realizar sus propias finalidades económicas, políticas y diplomáticas, y de proporcionar a los segundos asistencia técnica y armamentos con destino a sus ejércitos cada vez más profesionalizados. Cinco guerras importantes oponen y desangran a países latinoamericanos: Argentina y Brasil (1825-1828); Argentina y Uruguay con apoyo del Brasil (1843-1852); Chile con la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839); Paraguay y la Triple Alianza (Argentina, Brasil, Uruguay) (1865-1870); Chile y Perú y Bolivia (1879-1883). Otros conflictos amenazan con llegar al campo de batalla y son contenidos a último momento.

2. *La transición hacia la crisis*

Entre el periodo clásico que se ha caracterizado y el de la crisis estructural contemporánea, se inserta una transición configurada por la convergencia de modificaciones en el sistema internacional y de cambios internos en los principales países de América Latina.

En el primer orden de factores debe incluirse: la segunda revolución industrial; la primacía del capital monopolista y del imperialismo; el replanteo del equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias y entre Europa Occidental y el resto del mundo; la Primera Guerra Mundial; la Revolución Rusa.

Las modificaciones internacionales inciden de muy diversas maneras sobre América Latina y entrelazan sus efectos con cambios producidos en el funcionamiento del modelo de desarrollo dependiente. El centro internacional se desplaza desde Gran Bretaña y Europa Occidental hacia Estados Unidos, en términos de comercio, inversiones, influencia cultural, diplomática y política. La estructura social se diversifica. Las economías primario-exportadoras han experimentado cierto crecimiento bajo el influjo del comercio exterior y las inversiones extranjeras. Ha progresado la división social y regional del trabajo, la urbanización y las formas primarias de industrialización. Las clases medias se desarrollan, dando lugar a una coexistencia de sectores tradicionales y emergentes, relativamente diferenciadas. Las masas populares urbanas aumentan en número y peso específico, aunque con alto grado de heterogeneidad interna. Un movimiento obrero organizado en sindicalismo de

élites militantes combina reivindicaciones economicistas con planes vagos de transformación social y política. La presión coincidente de capas medias y populares en favor de una participación ampliada se refleja en cambios del clima cultural-ideológico.

El modelo de crecimiento dependiente y en superficie comienza a exhibir inconvenientes y límites. Surge una sanción de incertidumbre sobre las posibilidades de logro efectivo del gran futuro nacional. El ascenso de las capas medias y trabajadoras opera como un factor de cuestionamiento y contestación. Ello se expresa y articula a través de la acción de intelectuales jóvenes, conscientes y cultivados, menos ligados a la oligarquía y a sus gobiernos por el origen o por las prebendas, que reaniman y reorganizan la vida cultural, y van desplazando el énfasis de sus intereses y actividades de la literatura a la crítica social. Ésta se ejerce contra el cosmopolitismo, el servilismo hacia lo foráneo, la opulencia irracional, y para unos pocos, el materialismo positivista y escéptico, la educación dogmática y sin inspiración, la asfixia cultural, las formas opresivas y corruptas de la vida política. A partir de todo ello se desemboca naturalmente en una crítica contra los responsables de estos fenómenos, los grupos dirigentes cerrados y hostiles a toda renovación. La guerra de 1914 y la Revolución Rusa estimulan estas tendencias críticas, al ser visualizadas a la vez como quiebra del orden europeo tradicional y del sistema y la ideología del liberalismo, y como revelación de la necesidad y de la posibilidad de cambios en la organización social y política, en la cultura, en el estilo de vida. Las ideologías que van emergiendo, aunque imprecisas e incoherentes, no carecen de impacto real ni de eficacia operativa.

Entre los componentes ideológicos fundamentales de esta etapa, traducidos en términos de reivindicaciones y objetivos, cabe señalar: el nacionalismo; la limitación del poder irrestricto de la oligarquía y del capital extranjero; la fijación de metas de cambio, en términos de un crecimiento económico más diversificado y autónomo; industrialización, más justicia social; bases más amplias de consenso y de integración nacional; ampliación de la participación política; la renovación institucional en diversos aspectos y niveles; el mayor intervencionismo del Estado, como representante e instrumento de una sociedad nacional cuyos intereses se postula superiores a los de cualquier grupo particular; la imagen de un destino histórico y de un papel excepcionales para el propio país y, en algunos casos,

para América Latina en su conjunto. La eficacia de esta constelación ideológica se evidencia en el movimiento de Reforma Universitaria y, más generalmente, en la emergencia de gobiernos de clases medias, o en los cuales éstas tienen una injerencia más o menos considerable.

El equilibrio de poder y el sistema político en efecto van modificándose considerablemente. Las clases medias demandan una participación ampliada, primordialmente para sí mismas y, de modo en parte efectivo y en parte simbólico-manipulatorio, también para las clases populares. El estilo tradicional de dominación se debilita. La ampliación de la democracia formal va acompañada por cierto énfasis nacionalista, algún progreso en la modernización, un reformismo gradualista compatible con el orden tradicional. Las tendencias generales del periodo se manifiestan y especifican nacionalmente con la llegada del *Battlismo* uruguayo y del radicalismo argentino al poder, en la Revolución Mexicana, en los fenómenos brasileños del *tenentismo* y del ascenso varguista, en la fundación y avance del APRA peruano.

El Estado se modifica en cuanto al reclutamiento de dirigentes políticos y de personal administrativo, en un sentido a la vez más popular y nacional; a la estructura y modo de operación; a la atribución de mayores responsabilidades y funciones. Se modifican y crean instituciones, la legislación aumenta en número y diversidad. Surgen moderadas restricciones al pleno juego de las estructuras e instituciones del capitalismo liberal y del régimen oligárquico tradicional.

En la *coacción social*, el Estado se presenta de modo más intenso y explícito como representante de la nación y árbitro de clases y grupos. Como tal, limita el poder oligárquico y refuerza el de las clases medias; canaliza, manipula y controla las clases trabajadoras y populares, mediante una combinación de concesiones limitadas y de represión. Las *fuerzas armadas* se profesionalizan y corporativizan cada vez más, y van desarrollando una propensión al desempeño de un papel político propio y de una función tutelar de la sociedad y el poder civil, con orientaciones a veces conservadoras, a veces reformistas, pero en ambos casos sustentadas y legitimadas por una acentuación de diferentes variedades de nacionalismo.

El Estado amplía la oferta de *educación*; reafirma su carácter nacional, en tanto universal y laica, gratuita y obligatoria, asegurada y proporcionada por aquél y costeadas por toda la comu-

nidad a través de los impuestos. La educación debe tener, en principio y hasta cierto punto, un sentido integrador y nivelador. Limita el monopolio cultural y técnico de la oligarquía y de la Iglesia, y ejerce así un papel de secularización, democratización y nacionalización en las relaciones sociales y las formas políticas. Abre los niveles medios y superiores de la enseñanza a las capas medias, y satisface las demandas de instrucción de toda la población. La educación reduce relativamente su carácter elitista y cosmopolita, difunde los valores de las clases medias, atenúa las distancias sociales, amplía el consenso social, refuerza el equilibrio político y la integración nacional.

En sus funciones de *organización colectiva* y *política económica*, el Estado se inspira en motivaciones y concepciones nacionalistas, populistas y desarrollistas, con un sentido vagamente social que cristaliza sobre todo en elementos redistribucionistas. El Estado defiende el patrimonio nacional contra la excesiva penetración extranjera; esboza el control de monopolios y de empresas foráneas; promueve los recursos potenciales de cada país (naturales, financieros, humanos); amplía y protege el mercado interno. A través de mejoras relativas en la ocupación, el ingreso y las condiciones de vida para la clase media y algunos sectores populares urbanos, el Estado abre oportunidades económicas; provee servicios sociales para un público ampliado (en las ciudades); desarrolla la ocupación burocrática pública y un nuevo sistema de patronazgo y clientela; otorga concesiones, contratos públicos, privilegios en favor de diferentes grupos; despliega un interés restringido y fluctuante por las actividades manufactureras. En estas funciones, el Estado coloca más el énfasis en la redistribución de la riqueza existente que en la creación de nueva riqueza.

Finalmente, el Estado modifica también en parte las relaciones internacionales del respectivo país. Redefine sus orientaciones y alianzas externas en función de los cambios en la economía y la política mundiales (decadencia de Europa, debilitamiento de la hegemonía británica, ascenso de los Estados Unidos), y pretende una mayor autonomía relativa en el manejo de las relaciones internacionales.

3. *La inserción internacional: Nueva división mundial del trabajo, transnacionalización, concentración polarizada del poder (1930-1980)*

El problema del nacionalismo se replantea y modifica sobre la base y dentro de los marcos del proceso de transformaciones que se van dando en América Latina, desde 1930 hasta la fecha, resultantes del entrelazamiento y las interacciones de factores y procesos externos e internos.

A partir de 1930, y sobre todo desde 1945, América Latina se reinserta en un nuevo sistema internacional en emergencia, caracterizado cada vez más por un perfil de *interdependencia asimétrica*, con crecientes diferencias de estructura y de ubicación en la jerarquía y en el sistema de dominación-explotación, entre países centrales y desarrollados, por una parte, y países subdesarrollados dependientes, por la otra. Se caracteriza además por el mantenimiento y el refuerzo de la hegemonía ejercida por las dos superpotencias polares, Estados Unidos y la Unión Soviética, y el esbozo en ambas de tendencias al acuerdo para el logro y el ejercicio de un condominio imperial sobre el mundo.

Esta operación incorporante es a la vez efecto, rasgo, concausa y refuerzo de un proceso de instauración de una *nueva división mundial del trabajo*, a su vez parte fundamental de una gigantesca *mutación* del capitalismo en marcha desde hace décadas. Se trata de una mutación global, múltiple y compleja; a la vez económica, tecnológica, social, cultural, ideológica, política, diplomática y militar. Es una mutación de vastos alcances y de dimensión y proyección imprevisibles; insuficientemente percibida y analizada; con repercusiones en los centros capitalistas desarrollados, en los regímenes postrevolucionarios de economía centralmente planificada, y en el llamado "Tercer Mundo".

La nueva división mundial del trabajo, la mutación en marcha, presuponen y abarcan, entre otros factores y elementos componentes, los que esquemáticamente se indican a continuación:

a) *Aceleración y profundización de la transformación estructural en los centros capitalistas desarrollados, ante y sobre todo Estados Unidos, pero también Alemania Federal, Japón, Francia; y particularmente:*

Concentración y centralización del capital bajo forma de *conglomerados*.

Incesante desarrollo de las fuerzas productivas, por el uso creciente de los procesos y resultados de la *Tercera Revolución Científica y Tecnológica* (informática, automatización, nuclear, genética), en el proceso económico, en la cultura y la ideología, en la organización social y en la lucha política.

Elevación de la productividad del trabajo, y racionalización de la producción, incremento y sofisticación en la dominación y explotación de los trabajadores.

Dificultades en las condiciones de acumulación, sobre todo por las tendencias al descenso de la tasa de ganancia, las resistencias a la explotación por las fuerzas organizadas del trabajo, los conflictos obstaculizantes de la reproducción y mutación del sistema.

Combinación de las necesidades de consolidación y avance en los centros nacionales del capitalismo desarrollado, y de expansión en el mercado mundial.

b) *Nuevo avance de la internacionalización del capital*, que se da como tendencia creciente a la *transnacionalización*, encarnada y cumplida en las *empresas transnacionales* (ETN), que se convierten en fenómenos centrales de la organización y funcionamiento del capitalismo.

Es ahora a nivel mundial que tienden a constituirse y realizarse: los procesos de reproducción del capital social en su conjunto; las bases de acumulación; las principales formas de inversión; la concentración y la centralización; la distribución y escala de los sectores, ramas y unidades de producción; la competencia entre los grandes monopolios.

La transnacionalización combina cada vez más los objetivos de la realización y de la producción de plusvalía: maximización de la ganancia a largo plazo; capacidad competitiva a nivel mundial (ventajas de la producción en gran serie, de las economías de escala, del acceso y el control de los mercados, del aprovechamiento de un comercio mundial en crecimiento); acceso a recursos primarios y a reservas de mano de obra barata; en suma: producciones baratas, ventas a precios altos.

En función de estos objetivos, y de la nueva división del trabajo que ellos generan e imponen, las inversiones, los flujos de recursos (financieros, tecnológicos, humanos), las unidades de producción se expanden y se desplazan, se dispersan y se reintegran de diferentes maneras.

En las *economías capitalistas centrales* se mantienen y desarrollan

las industrias capital-intensivas, y se siguen realizando innovaciones en tecnologías sofisticadas de producción y en nuevos productos, en los sectores dinámicos y de avanzada (electrónica, informática, química, átomo, genética). Desde los mismos centros capitalistas se exportan a los *países subdesarrollados y dependientes*, con bajos costos de producción, las industrias trabajo-intensivas de tipo tradicional y algunas industrias básicas (textiles, automóvil, química, electrónica, astilleros, siderurgia, ciertos bienes de capital). La producción se expande horizontalmente, y se integra verticalmente (división de sus fases entre regiones y países).

c) La nueva división internacional del trabajo y la mutación histórica en marcha se identifican con un *proyecto* de los centros del capitalismo mundial, más y mejor dotado que los predecesores de conciencia y deliberación, de voluntad implacable y de medios múltiples para su realización. Así, por una parte el proyecto se propone una reestructuración del capitalismo avanzado y de su periferia mundial, *a cualquier precio*. La transnacionalización, a partir y a través de las ETN y de los Estados de los principales países desarrollados, que se vuelve clave y principio regulador, motor y eje organizativo de la nueva división mundial del trabajo, presupone y exige:

Un liderazgo compartido por los altos representantes del poder corporativo y político, para la unidad del mando del sistema y el logro y uso de los nuevos mecanismos de administración conjunta (*v. gr.*, la constitución y el proyecto estratégico de la Comisión Trilateral).

El refuerzo de la dirección centralizada y de la concentración de los resortes de poder y de los mecanismos de decisión, en particular: ciencia y tecnología, teleinformática, financiamiento y servicios (transporte, distribución), ideología, coacción, etcétera.

La redefinición del modelo global de organización y funcionamiento del sistema internacional y de las sociedades nacionales.

La integración, más o menos rápida y completa, de la economía y de la política mundiales, en un sentido de interdependencia y cooperación crecientes, como precondition y rasgo de la variante elegida de desarrollo y calificada como tal. Ello requiere una redefinición de los objetivos nacionales de cada país para su armonía funcional respecto a los objetivos globales del modelo mundial que se intenta imponer. Deben incrementarse las vinculaciones entre países, y entre sus políticas internas y externas, para la

constitución de un tipo especial de *Nuevo Orden Internacional* de propósitos compartidos.

Otorgamiento de un papel primordial a las ETN en la estructura y dinámica internacionales y en los desarrollos nacionales, identificándoselas con una imagen de estadistas mundiales al servicio de la humanidad.

Tendencia cada vez más intensa y perceptible a la revisión del principio de soberanía, en un sentido restrictivo de todo lo que se considere obstáculo o enemigo del proyecto de integración transnacional: las fronteras políticas, el nacionalismo económico, los Estados-Nación en sí mismos y en sus competencias y conflictos (entre sí y con las ETN).

Por otra parte, el modelo implica además, en los propios centros, y sobre todo en la periferia de países capitalistas menores y de países subdesarrollados-dependientes, una constelación de factores, mecanismos y resultados, de tipo *concentrador* y *marginalizante*. El modelo tiende a privilegiar cada vez más a una minoría de actividades, sectores y ramas económicas; de clases y grupos sociales; de regiones y países; todo ello en desmedro de las mayorías nacionales y mundiales. Se multiplica y refuerza así los fenómenos de *apartheid* de hecho o de derecho; se condena a grupos, regiones y países de diferentes tipos a la decadencia o a la extinción más o menos abierta y rápida. El modelo es generador de tensiones y conflictos de una dimensión e intensidad sin precedentes; por lo mismo, promueve o refuerza tendencias y procesos, movimientos y regímenes políticos, de tipo autoritario o neofascista.

En estos marcos y con estas perspectivas América Latina se va incorporando cada vez más a la esfera de dominación integral de Estados Unidos y sus corporaciones internacionales, que la penetran en sus principales niveles y aspectos. La nueva constelación *dominación-dependencia-desarrollo desigual* y *combinado* (entrelazamiento de elementos de modernización y de atraso) se expresa y revela a través de una serie de factores, mecanismos e indicadores de la *brecha de situación*, y del mantenimiento de los países latinoamericanos en un estado de baja capacidad para la automatización en la elección y en la realización de un modelo de desarrollo y sociedad, y para el manejo de las relaciones internacionales. Los factores, mecanismos e indicadores a tener en cuenta son: económicos (comercio exterior, inversiones y financiamiento, ayuda, moneda),

militares, científico-tecnológicos, cultural-ideológicos, sociales, políticos y diplomáticos.

Desde el punto de vista *económico*, América Latina es ubicada en un sistema de *relaciones neomercantilistas*, que opera en favor del gobierno y las transnacionales de Estados Unidos y de las potencias capitalistas menores. Ello implica: la especialización deformante para la exportación, la dependencia de importaciones básicas y del financiamiento del exterior, el deterioro de los términos del intercambio y el endeudamiento, la tendencia al estrangulamiento externo y a la inestabilidad que se induce desde afuera.

La emergencia y primacía de las *empresas transnacionales* contribuyen a la amplificación y profundización de los efectos clásicos de la inversión extranjera: especialización deformante, expoliación y descapitalización, subordinación colonial. Las políticas englobadas bajo la ambigua expresión de *ayuda* (operaciones comerciales, de inversión, préstamo y otras formas de crédito, donaciones, asistencia técnica), y el liderazgo monetario del dólar contribuyen a crear o a reforzar los procesos de dominación y explotación de Estados Unidos, su gobierno y sus ETN, sobre América Latina.

Estados Unidos es *superpotencia* (como la URSS en su ámbito), entre otras circunstancias, por su capacidad para crear una *cultura* y una ideología autónomas, complejas y diversificadas, que han sido elaboradas en función de sus condiciones y necesidades específicas, y que han estado dotadas al mismo tiempo de una alta capacidad de difusión y de influencia sobre gran parte del mundo, y en este caso y ante todo sobre América Latina. Esta cultura y esta ideología dominantes han tendido a convertirse en la cultura y la ideología de los países latinoamericanos. Ello a la vez contribuye a constituir la concentración del poder político de Estados Unidos, y su utilización sobre América Latina, la expresa y la mantiene, la refuerza y legitima.

La cultura y la ideología oficiales de Estados Unidos han proporcionado a las clases superiores, medias y populares de América Latina, sobre todo las de las grandes ciudades, en grados y con matices variables, los elementos constitutivos y determinantes, los marcos y los contenidos, de su conciencia, de su información, de sus valores, de sus actividades y comportamientos. Los principales segmentos de estas clases reciben e incorporan formas de producción y distribución, técnicas, conocimientos, imágenes, símbolos, pautas de consumo, modas, costumbres, ideas, métodos educativos, valores,

normas, instituciones, modelos de soluciones y estrategias políticas, que provienen de la sociedad capitalista más avanzada de hoy. Los mecanismos y agentes de este proceso son los identificados con el sistema de relaciones y estructura incorporados a la trama de la dominación de Estados Unidos sobre la región, y particularmente: medios de información y comunicación de masas; asistencia externa; transferencias de tecnología; sistema educacional; sectas religiosas.

Estados Unidos y, en menor medida, parte de los países capitalistas avanzados, concentran una parte cada vez más considerable del potencial y del progreso de la *ciencia* y de la *tecnología*, en detrimento de los países subdesarrollados y dependientes del mismo bloque, para el caso América Latina. La creciente *brecha* en la dimensión de la ciencia y de la tecnología se constituye en uno de los factores fundamentales de diferenciación entre Estados Unidos y otros países capitalistas avanzados y América Latina, y de la dominación de ésta por aquéllos. Con la complicidad —consciente o no de investigadores, inventores e ingenieros, Estados Unidos aprovecha el rápido progreso en conocimientos y procedimientos, y los usa a expensas y en detrimento de América Latina. La ciencia y la técnica de Estados Unidos se realizan en sus propios centros nacionales, en función de sus propias condiciones y necesidades, que no coinciden necesariamente con los intereses y exigencias de los países latinoamericanos, son inconvenientes y perjudiciales para ellos, y son utilizados para imponerles situaciones de dominación y explotación. Ninguna ayuda sustantiva —pública o privada, multi o bilateral— de Estados Unidos permite a los países latinoamericanos montar un dispositivo autónomo de investigación centrado en sus problemas y necesidades. Este tipo de dependencia se manifiesta a través del atraso o del crecimiento insuficiente y desequilibrado de la técnica y la ciencia locales; la expoliación por el pago de patentes y regalías; la fuga de cerebros; el refuerzo de una situación general de inferioridad que contribuye a la aceptación de condiciones negativas en otros ámbitos de las relaciones internacionales y del desarrollo interno.

El gobierno y las transnacionales de Estados Unidos también penetran e influyen en los países latinoamericanos a través de los vínculos y *alianzas* de diferentes órdenes con *clases* y *grupos nacionales*. Crean y refuerzan así mecanismos y agentes *internos* de la constelación *subdesarrollo-dependencia-desarrollo desigual* y *com-*

binado. Estados Unidos ha operado así en relación a las nuevas élites oligárquicas; a sectores considerables de las clases medias (de tipo tradicional y las que emergen del desarrollo desigual y combinado de las últimas décadas, en particular las nuevas profesiones técnicas y científicas y la burocracia pública y privada); y también la subaristocracia obrera de trabajadores calificados que se emplean en los centros y enclaves de las transnacionales.

El *poder militar* de Estados Unidos es un aspecto central de las estructuras predominantes de dominación y explotación, y se entrelaza ya con las formas de poder político impuesto por el gobierno y las ETN de aquéllos en la región, como culminación de la *pirámide o continuo de poder interno-externo*. Dicho poder es a la vez concausa, componente y resultado de la hegemonía del uno y de las otras, en ese nivel específico y en los otros; permite sobre todo la intervención directa de Estados Unidos en los asuntos internos de los países cuya evolución política y diplomática se visualiza como peligrosa para sus intereses —generales o particulares— de gran potencia.

A través de los recursos y mecanismos indicados, el gobierno y las ETN de Estados Unidos cuentan con un arsenal de estímulos y disuasivos, de amenazas y presiones, de sanciones y recompensas, más o menos específicos, articulados y creíbles, cuyo despliegue les permite determinar y condicionar las políticas internas y externas de los países latinoamericanos formalmente independientes, y legitimar sus exigencias e intervenciones ante sí mismas, ante sus habitantes, ante el resto del mundo, incluso sus víctimas. Para los países latinoamericanos, aunque en diferentes grados, la combinación de las diversas dimensiones de poder da una baja capacidad promedio para la autonomía nacional, en términos de adopción de modelos de desarrollo y de sociedad y de políticas internas, así como de independencia de comportamiento en el sistema internacional. La relación de subordinación hacia el gobierno y las ETN de Estados Unidos constituye para los países de la región un sistema de referencia fundamental. Ello contribuye a determinar sus estructuras internas y sus conductas domésticas y externas: les impone una situación y una dinámica de sometimiento, de explotación, de conformación a las pautas homogeneizantes y totalizantes que provienen de los centros de poder de Estados Unidos y, en menor medida, de otros polos del capitalismo desarrollado.

No puede olvidarse sin embargo que el atraso y la dependencia

de los países latinoamericanos provienen de una alianza de fuerzas internas y externas, y de las relaciones externas-internas de dominación y explotación que de ello derivan. Fuerzas, estructuras, dinanismos operantes desde el interior se insertan en las de tipo interno; se entrelazan con ellas; las mantienen y refuerzan, y las modifican y destruyen; se convierten en factores de opresión, expoliación y alienación a escala de las naciones. Es pertinente completar el análisis del nacionalismo contemporáneo con la introducción de todo lo referente a la dinámica interna.

4. *Crecimiento neocapitalista, cambio social, conflicto político*

Las tendencias de transformación en los países de América Latina, desde 1930 hasta el presente, surgen del entrelazamiento de factores y elementos externos, como los analizados, y de otros de tipo interno: crisis y modernización del agro, hiperurbanización, industrialización substitutiva-dependiente, implantación y avance de un modelo de crecimiento neocapitalista-tardío-dependiente, proliferación y conflictividad de ideologías, multiplicación e intensificación de los conflictos políticos, ascenso del intervencionismo estatal.

El modelo de crecimiento, de economía y de sociedad, de tipo *neocapitalista-tardío dependiente*, y el proyecto de su realización, se basan en la asociación entre grandes empresas nacionales y transnacionales. Se privilegia las producciones especializadas para la exportación y para un mercado afluyente de grupos sociales urbanos de nivel alto y medio. Se incorpora desde el exterior tecnología sofisticada y ahorradora de trabajo, y se recurre a la disponibilidad de mano de obra barata y sumisa, y a un fuerte intervencionismo del Estado. Se disocia en la práctica el crecimiento económico y el desarrollo integral, aunque ambos sean identificados como la misma cosa en la ideología y la teoría afines al proyecto. Se redistribuye regresivamente el ingreso; se restringe y deprime los niveles de remuneración, consumo y bienestar para las mayorías. Se prefiere e impone, siempre que se puede, un orden social y político que presupone y promueve la falta de participación, la apatía y la sumisión de las mayorías.

Por sus características intrínsecas, y por las del proceso de su implantación y avance, el neocapitalismo tardío y dependiente genera dos grandes líneas que confluyen para la apertura de un proceso de cambios sociales conflictivos y de crisis política a la

vez orgánica y endémica, así como de vicisitudes y transformaciones en la concepción nacionalista y sus diferentes manifestaciones y vicisitudes.

Por una parte, dicho crecimiento desplaza y disuelve formas anteriores de dominación y producción, instauro sus propias condiciones de existencia y reproducción. Masas de población son liberadas de jerarquías tradicionales estrictas, reestructuradas y movilizadas, incitadas a multiplicar sus expectativas y necesidades, sus demandas y sus presiones de participación.

Por otra parte, todo ello es bloqueado por las características y consecuencias del modelo, de la estructura social y del sistema de poder. El modelo se implanta y realiza a través de una operación de conservadurismo modernizante, que se identifica con la ideología y la política del desarrollismo neocapitalista. El neocapitalismo se forma y se impone como constelación totalizante y reguladora, bajo la forma de un proyecto paradigmático de tipo productivista-eficientista-consumista-disipatorio. El modelo y su proyecto de realización están impregnados y orientados por la idea del crecimiento y sus consecuencias que se agrupan y definen en tres órdenes: reduccionismo, fatalismo conformista, selectividad destructiva, aspectos a los que luego se vuelve.

De naturaleza y dinámica intrínsecamente marginalizantes, el modelo privilegia ciertas empresas y ramas, clases y regiones, en desmedro de las restantes y mayoritarias; genera tensiones, conflictos y antagonismos. La estructura social y el sistema de poder reservan a la nueva élite oligárquica, como forma actual de clase dominante, los centros de decisión y de acción política. La inversión, la acumulación, la rentabilidad de las grandes empresas nativas y transnacionales, exigen una alta concentración del poder y un orden autoritario extremo.

A través de esta contradicción entre las dos grandes líneas indicadas, la élite oligárquica y sus aliados encuentran crecientes dificultades para la reproducción del sistema y para el avance del modelo. La clase económica y socialmente dominante se divide en fracciones que compiten y hallan obstáculos para resolver el problema de la hegemonía. El congelamiento de la participación no impide totalmente la movilización de masas, la refuerza y acelera; genera tensiones y conflictos de absorción y control difíciles, incrementa tendencias y movimientos de crítica e impugnación.

El sistema tiende a una *entropía*, manifestada en situaciones

de conflicto social, inestabilidad política, agrietamiento de la legitimidad, apertura de la brecha de consenso, debilitamiento de los recursos coercitivos, vacío de poder, crisis de hegemonía. Las perturbaciones permanentes y recurrentes en el sistema de dominación se manifiestan y movilizan a través de una extrema proliferación de ideologías y de movimientos, de partidos y regímenes, que aparecen a la vez como reflejo, como continuidad y como intento de superación de la crisis social y política: liberal-conservadores, liberal-democráticos, de centro-izquierda, desarrollistas de pretensión pluralista o de esencia y dinámica autoritarias, nacional-populistas, bonapartistas, socialistas reformistas o socialistas revolucionarios, neofascistas.

Estos intentos —con la excepción del caso cubano— no destruyen el sistema de dominación; lo afectan, pero también lo preservan y refuerzan. La élite oligárquica y la derecha política aceptan, promueven o aprovechan estos experimentos, como imposición inevitable, mal menor u opción provisional. Al mismo tiempo, los juzgan poco confiables o peligrosos, incompatibles u opuestos al modelo neocapitalista y al proyecto político de conservación o regresión, instrumentos o cómplices de una intención subversiva.

Esta gama de movimientos, partidos y regímenes dificulta tanto el mantenimiento de la vieja hegemonía oligárquica o su renacimiento bajo formas y con instrumentos diferentes, como la vigencia de una democracia liberal de participación ampliada, y con mucho más razón la emergencia y éxito de un proyecto socialista. La élite oligárquica y la constelación de grupos que giran a su alrededor o se alían con ella, se inclinan por solucionar la contradicción entre el modelo y la crisis política mediante soluciones autoritarias que tienden a identificarse con un neofascismo *sui generis*.

La cuestión del nacionalismo es factor, componente y efecto de este proceso y del conjunto de fuerzas que se ubican y participan en él. Ello se manifiesta de diferentes maneras y con distintos resultados, tanto en las principales ideologías que se confrontan durante este periodo, como en las formas que asume el Estado, su organización y su funcionamiento. Desarrollismo, neofascismo, nacional-populismo, izquierdas, son las ideologías que en esta perspectiva se considera a continuación.

El *desarrollismo*, como ideología del conservadurismo modernizante, se identifica con una constelación ideológico-política del neocapitalismo tardío-dependiente, la expresa y la refuerza. El des-

arrollismo adopta una visión del subdesarrollo y del desarrollo nacionales, caracterizada por la parcialización, la trivialización, el mecanicismo y el reduccionismo. El crecimiento, encubierto con la imagen del desarrollo integral, debe lograrse por la imitación del paradigma de la evolución del capitalismo occidental, reinterpretado con las modificaciones impuestas por la modernización parcial de las estructuras tradicionales y por la dependencia respecto al gobierno y las empresas de Estados Unidos y potencias capitalistas menores.

El neocapitalismo se formula e impone como modelo *productivista-eficientista-consumista-disipatorio*. Éste se halla impregnado y orientado por la idea de *crecimiento*, que se postula indefinido, ilimitado, unidimensional y unilineal, material-económico y cuantificable. Se identifica con el aumento del beneficio, de la productividad, de la producción y el consumo, de la abundancia material equiparada con el bienestar. El crecimiento es y debe ser necesario e irresistible, incontrolado e incontrolable, positivo y deseable, indistinguible de una noción valorativa y legitimante de progreso. Aparece a la vez como medio y como fin en sí mismo, confunde ideología y estrategia. Las consecuencias de la idea de crecimiento pueden agruparse y definirse en tres órdenes: reduccionismo, fatalismo, conformista, selectividad destructiva.

La nación, la sociedad, la persona, son *reducidas* a las actividades y relaciones cuantitativas, para juzgarlas en función de un criterio único de eficacia instrumental: el *rendimiento*. Se privilegia ciertos niveles y aspectos en detrimento de otros, según promuevan o no la productividad material, el crecimiento económico, el progreso medible y cifrable, la generación de excedentes indiferenciados. Esta jerarquización valorativa rompe el equilibrio en favor de actividades utilitarias y actos instrumentales, de la competitividad y el parcelamiento. Reduce a las personas a sus capacidades como productores, consumidores y competidores. Confunde trabajo material y financiamiento productivo con actividad humana en sentido amplio, al producto con la obra. Otorga la preferencia a las necesidades empíricamente comprobables como expresión de la demanda solvente, y saciables por productos tangibles, adquiribles y acumulables.

El reduccionismo lleva al *fatalismo* y al *conformismo*. Se afirma una *visión única y paradigmática* del hombre, y se admite un solo *modelo técnico-económico de progreso*. La historia deja de

ser una espiral abierta. El futuro ya no es más inventable; se lo sufre en la adversidad y en la impotencia, sin principio regulador de bienestar, de control social ni de interés nacional. El crecimiento por el rendimiento es fin superior que legitima *a priori* y sin apelación las frustraciones, los sufrimientos, los precios históricos a pagar, incluso la pérdida de sustancia y vigencia de la propia nación.

El *conformismo* individual, social, nacional, es creado y mantenido por la carrera hacia la productividad, el ingreso, la acumulación, el consumo, la posesividad; y por la creencia en la comunión de clases y grupos en el consumismo frenético. Se promueve y fetichiza la coherencia, la estabilidad, la eliminación de contradicciones y conflictos, para la realización de los valores y objetivos que se asume como dominantes y el uso de los medios que aquélla requiere.

Reduccionismo, fatalismo, conformismo, confluyen en una *visión universalista* que a su vez lleva a la pérdida de la sensibilidad y del interés, a la postergación o a la negación de: la diversidad de modos de existencia; la especificidad de naciones, culturas, civilizaciones; el potencial cualitativo, especialmente necesidades y aspiraciones no cosificables; otras alternativas colectivas e individuales; los costos nacionales, sociales y humanos del crecimiento.

La *destrucción* se vuelve cada vez más inherente al neocapitalismo y a la ideología desarrollista: aniquilamiento del mundo natural y social del hombre mismo; reajuste y conversión a cualquier costo de todo aquello —naciones, clases, grupos, etnias, regiones, culturas— que no se adapte al modelo, o su condena a la marginalidad y a la extinción; intensificación y generalización de la violencia (física y sociocultural, pública y privada); obsolescencia organizada y fijación de la esperanza de vida de los productos.

Para el desarrollismo, el mero crecimiento lleva a la grandeza de la nación —que en la práctica se amenaza y destruye por la transnacionalización— y al bienestar colectivo. Una y otro sin embargo requieren la integración nacional, la colaboración social, la armonía negociada entre clases (versión liberal) o la unidad nacional monolítica-vertical (versión autoritaria o fascizante), el orden estable, el respeto a las formas prevaecientes de dominación y explotación, la reducción o la supresión de los conflictos sociales e ideológicos.

Si el desarrollismo exalta la idea de nación y el componente

ideológico nacionalista como encubrimiento legitimador de la tendencia a la transnacionalización, por otra parte se ha evidenciado, o bien hostil a la integración latinoamericana (caso del frondismo argentino), o bien identificada con un solo modelo de integración, compatible con el proyecto neocapitalista y favorable a él. En este segundo caso, la integración latinoamericana es presentada como panacea universal, que por sí misma y de modo automático promueve el crecimiento y la modernización de América Latina. Sería la condición necesaria y suficiente de uno y otra, o un elemento que los posibilita y refuerza. Debería operar a la vez como mecanismo de reajuste y regulación frente a las consecuencias indeseables o disruptivas de la dependencia hacia el nuevo sistema internacional y de la creciente crisis de éste, y de la implantación y avance del modelo neocapitalista, para reducir o solucionar parcialmente algunos de sus problemas más acuciantes y de sus efectos más explosivos.

En la *versión neofascista del desarrollismo*, nacionalismo y estatismo se entrelazan dentro de una constelación ideológica-política determinada. El Estado es definido como encarnación institucional suprema y actor fundamental de la nación, en un modelo político que privilegia el autoritarismo y la represión universal y permanente. Ello es legitimado por una operación ideologicopolítica de gran complejidad. El neofascismo contrapone el ideal de nación con la realidad y primacía de la división social del trabajo, de la fractura de la sociedad en clases, de la heterogeneidad y competencia de intereses, valores y objetivos. Afirma la meta de una nación a la vez homogénea y totalizada de individuos desiguales, pero solidarios en una finalidad universal. Los conflictos —económicos, ideológicos, políticos— son presentados como peligros para la estabilidad, la integridad, la continuidad de la nación, que pueden llevar a su destrucción en la anarquía, la guerra civil, la revolución, la conquista foránea. El autoritarismo y la represión sin límites se justifican por situaciones amenazantes —reales o ficticias— que provienen además de una doble conspiración, interna-externa. Los peligros de la diversidad, del conflicto y del desorden, deben ser enfrentados a través del logro de una férrea unidad política, que se expresa y se realiza en y mediante un vigoroso aparato político que el Estado culmina y encarna. El Estado se autoatribuye y monopoliza los poderes supremos y excluyentes de evaluación, diagnóstico y decisión. A él incumbe el logro de la

unidad sociopolítica y el ordenamiento permanente que permitirán salvar a la nación, hacerla acceder a la grandeza y al bienestar. Todo ello presupone y exige un rápido crecimiento económico, que se relaciona con la seguridad nacional en lo interno y en lo externo, a través de una interdependencia asimétrica de ambos componentes que privilegia al segundo. El crecimiento implica y requiere, como se dijo, la integración nacional, la colaboración social, el orden, y ello determina correlativamente las exclusiones y los enemigos.

Así, por una parte, el Estado neofascista conduce a la eliminación de todo lo que sea disrupción, conmoción, enfrentamiento, debate. Se pretende suprimir las demandas y presiones de los grupos mayoritarios, su participación y su movilización directas y autónomas. Se niega la legitimidad de la coexistencia de orientaciones y prácticas que se diferencien, se contrapongan, compitan por la supremacía. Se crea e impone una alienación extrema de la soberanía del pueblo, que de sujeto pasa a ser objeto de la Historia que hacen otros. Se debilita o suprime el pluralismo político, se pretende extirpar la instancia política como orden institucional legítimo. Ella tiende a ser reemplazada por un orden político caracterizado por el Estado autoritario-represivo, y por una posible representación corporativista en la agregación, articulación y expresión de los intereses de grupos sociales.

El neofascismo, como ideología y como régimen, amenaza a la nación en la medida que tiende a subordinar y reducir a la mínima expresión a la sociedad civil, y a la amputación de sus elementos más enérgicos y dinámicos y de la participación de sus mayorías. La amenaza también a través de los múltiples mecanismos, procesos y efectos de la transnacionalización. Por otra parte, el neofascismo tiene varias implicaciones negativas para el proceso de integración y las posibilidades de emergencia de una gran nación latinoamericana. En lo interno, el neofascismo debilita las posibilidades de crear o fortalecer los apoyos a tal perspectiva por parte de sectores mayoritarios a los que se margina y sume en la impotencia y la apatía. A la escala de la región, el neofascismo genera o refuerza los intentos de actualizar las fantasías de expansión imperial y de conversión en potencia (Brasil), o de canalizar hacia la agresión externa los conflictos interiores que un régimen de este tipo no elimina o agrava (Chile, Argentina).

El *nacional-populismo* privilegia la denuncia verbal y la hostili-

dad simbólica contra la dominación extranjera y la oligarquía tradicional. Asume y cumple la reivindicación organicista de una nación estructurada como bloque monolítico, la idealización de un pasado mitificado, la promesa declaratoria de un destino de gran potencia. Correlativamente, el nacional-populismo escamotea o repudia los grandes conflictos sociales e ideológico-políticos como amenaza a la unidad necesaria. Exalta de modo más o menos demagógico a las masas depuradas de contaminaciones clasistas como actor necesario y beneficiario legítimo de la justicia redistributiva. Enfatiza el autoritarismo vertical de un Estado, un partido, un líder carismático, de sus servidores o de sus herederos, y el encuadre riguroso de las bases populares. Éstas son proclamadas por la retórica y la ideología nacional-populistas como sujeto de la historia, y convertidas por la práctica de tales movimientos y regímenes en objeto pasivamente manipulable de los aparatos y personajes político-estatales.

En cuanto a la integración latinoamericana, los movimientos y regímenes nacional-populistas fluctúan entre la desconfianza y el rechazo (incompatibilidad de aquélla con las posibilidades de desarrollo separado que se atribuye al respectivo país), y la aceptación o promoción (necesidad de cooperación y solidaridad mayores para la defensa de los intereses nacionales y regionales en el nuevo cuadro de la política mundial; o visión expansionista de una integración a realizar por y para la propia hegemonía).

Dentro de la proliferación extrema de tendencias ideológicas que se da en la *vieja y nueva izquierda*, con subdivisiones y variaciones interminables, se dan oscilaciones entre la adhesión tradicional o la nueva reivindicación del *internacionalismo*, y la adopción auténtica o mimética de diversas variaciones del nacionalismo, sobre todo en sus expresiones populistas. Ello ha ido acompañado también por oscilaciones respecto a la idea y el proyecto de la integración latinoamericana. Los grupos y tendencias de la izquierda que se han opuesto pasiva o activamente a la integración latinoamericana, parecen haberlo hecho por una combinación de razones: adaptación al nacional-populismo, temor a la penetración imperialista, rechazo de todo lo que no adopte inmediatamente todos los rasgos de un revolucionarismo autoritario-socializante.

Los grupos y tendencias que aceptan la alternativa de la integración, lo hacen presuponiendo una crisis total y definitiva en América Latina del sistema capitalista-imperialista, fatalmente condenado

a muerte y en un plazo más o menos breve. Esta crisis se manifestaría por la concientización y la movilización crecientes de masas populares cada vez más mayoritarias, que a su vez se expresarían a través de la adhesión a organizaciones políticas autoproclamadas como vanguardias revolucionarias. Por métodos reformistas o revolucionarios, por elecciones o por acciones insurreccionales, las llamadas vanguardias y las masas que aquéllas dirigirían, irían acorralando a las élites gobernantes y a las clases dominantes, hasta desplazarlas y destruirlas, imponiendo regímenes cada vez más radicalmente nacional-populistas, socializantes o comunistas. Tal proceso sería el prerrequisito ineludible de la integración latinoamericana, como proceso identificado con la emergencia de un bloque cada vez más extenso de naciones que tomen tal camino.

Esta perspectiva —determinista-mecánica, fatalista, triunfalista—, ha sufrido algunos correctivos por la praxis histórica de los años recientes. Las clases dominadas y explotadas de la región no adhieren necesaria e ineluctablemente a los partidos y movimientos que se autoproclaman vanguardia revolucionaria. Aquéllos han exhibido además limitaciones y fallas considerables; han cometido errores garrafales; han perdido oportunidades de llegar al poder o han fracasado en su ejercicio. La vitalidad y la persistencia de ideologías y lealtades políticas de tipo nacional-populista y desarrollista, incluso en sectores considerables de las masas, es altamente revelador al respecto. Se ha carecido de un modelo propio y viable, de una alternativa política atractiva y movilizadora que ofrecer. La crítica de la dependencia hacia Estados Unidos y otros centros menores del capitalismo desarrollado, ha ido acompañada frecuentemente por la caída en la dependencia de otros signos, y la adopción como modelo de reemplazo de la experiencia y la organización de la Unión Soviética, China u otros regímenes postrevolucionarios, variantes nacional-populistas de América Latina y el Tercer Mundo. Ello se ha revelado particularmente negativo con el impacto de la crisis en el bloque soviético y de la percepción de sus contradicciones y limitaciones (conflictos de la URSS con Yugoslavia y China, invasión de Checoslovaquia, enfrentamiento Vietnam-Cambodia, dudas inquietantes sobre el COMECON como forma de integración internacional de los países socialistas, etcétera). Las élites gobernantes y las clases dominantes y sus aliados han conservado, en muchos países de la región, capacidad de dominación y crítica, de

invención e innovación, han contraatacado y triunfado en varias coyunturas decisivas.

El problema del nacionalismo se replantea además, y en medida y con intensidad considerables, en relación con la problemática del *Estado nacional*. En su naturaleza y en su comportamiento, el estado de la mayoría de los países latinoamericanos, despliega rasgos de *dualismo y ambigüedad* y una tendencia a la *autonomización relativa*, por interacción de dos grandes tendencias.

Por una parte, el Estado se ha constituido o reestructurado, y su actividad se despliega sobre la base y dentro de los marcos de sociedades en tránsito al neocapitalismo tardío y dependiente, o que se organizan y funcionan ya bajo el signo y el predominio de ese modo de producción. En última instancia el Estado expresa y sirve a ese sistema, al grupo hegemónico y a la clase dominante nacionales y a las ETN; su actuación corresponde finalmente a los caracteres, exigencias e intereses de unos y otras que, a través y dentro del Estado, plantean sus reivindicaciones, satisfacen sus necesidades, reducen sus riesgos, aprovechan sus posibilidades, incrementan su acumulación y su poder.

En la mayoría de los casos, los grupos socioeconómicos de interés, de presión y de poder que se identifica con fracciones importantes de la gran empresa nativa y de las ETN, o las representan, constituyen parte del Estado y de los gobiernos, o son más fuertes que uno y otros, y sobredeterminan sus orientaciones y actividades y los límites y resultados de su funcionamiento. Eligen, manipulan y corrompen a gobernantes y funcionarios. Afectan la forma, la estructura y la dinámica de la sociedad que el Estado pretendería regular y planificar. La capacidad de información, de toma de conciencia y de influencia sobre la definición y el manejo de las políticas nacionales y de las relaciones internacionales se concentra fuertemente en los dirigentes y representantes de las élites oligárquicas de América Latina y de las ETN que en ella operan, con la marginación y en detrimento correspondientes de las mayorías nacionales.

En esta situación, los factores exógenos adquieren una relevancia decisiva a partir de la estructura del poder mundial, especialmente para América Latina la hegemonía general del gobierno de Estados Unidos y la acción convergente de sus ETN. Uno y otras se constituyen en centros de poder externo a la región. Toman decisiones básicas para cada país latinoamericano y para la región, que los

respectivos Estados deben considerar y acatar en la formación y ejecución de sus políticas como límites a los recursos y posibilidades de decisión autónoma y de voluntad planificadora. Una constelación de circunstancias creadas y controladas desde fuera escapan en lo esencial a la esfera de acción del país y del Estado; modifican las circunstancias previstas en la formulación y ejecución de decisiones y planes nacionales, y condicionan negativamente su ejecución y sus resultados. Un número de posibilidades y oportunidades positivas y progresistas se subutilizan, se usan mal o se pierden. Los Estados latinoamericanos se ven privados de una parte considerable de sus poderes, especialmente los socioeconómicos. La soberanía, la conciencia, la identidad nacionales, la nación misma como realidad sustancial y operativa se van reduciendo en su funcionalidad y vigencia, y amenazan con caer en la obsolescencia y en la extinción lisa y llana.

Por sus omisiones y por sus acciones, en su constitución y en su funcionamiento, el Estado de la gran mayoría de los países latinoamericanos presupone y acepta en lo sustancial la constelación *dependencia-subdesarrollo*. Refleja y sirve la acción condicionante y determinante de las ETN y gobiernos de la potencia hegemónica y otras metrópolis avanzadas. Contribuye a crear o reforzar sus premisas y mecanismos y regula sus consecuencias, en función del equilibrio y de la continuidad del sistema, como se evidencia en muchas de sus diferentes políticas.

El Estado tiene una participación considerable en la constitución y modificación de la dependencia externa, y en la instauración y reproducción del neocapitalismo tardío como forma actual y nuevo contenido de aquélla. Por otra parte, rara vez o nunca puede existir una identificación absoluta e incondicional entre el Estado y la élite político-administrativa, y una fracción o la totalidad de la clase dominante, incluso las ETN, ni subordinación mecánica e instrumental del primer término de la relación hacia el segundo.

En el mismo proceso neocapitalista-tardío, el Estado incrementa sus intervenciones, poderes e instrumentos, tiende al monopolio político, adquiere un grado variable de autonomía relativa, se convierte en el actor central de la sociedad. A través de sus funciones, sobre todo las de organización colectiva y política económica, el Estado da y garantiza las condiciones generales de estructuración y reproducción del neocapitalismo, de acumulación del capital y de distribución más o menos regresiva del ingreso. Pero el Estado

interviene en las condiciones que lo genera y alimenta, las estimula y desarrolla, trabaja en su propio avance. Aumenta sus funciones y poderes; se vuelve productor y organizador; se hipertrofia, acumula y centraliza poderes. El aumento del estatismo y el refuerzo de las tendencias a la autonomía relativa del Estado, se entrelazan con: el refuerzo y la autonomización del personal político-administrativo; el ascenso de la burocracia como capa social específica y como tipo de organización; la emergencia y avance de la tecnoburocracia civil y militar, cada vez más politizada; el incremento del sector público y las empresas nacionalizadas.

Por estas y otras razones similares o convergentes, que no es posible considerar aquí, el Estado de los principales países latinoamericanos rara vez o nunca es mero instrumento pasivo de los intereses de las transnacionales ni de los gobiernos de Estados Unidos u otros países desarrollados. Es mediador y árbitro entre los grupos internos y externos, entre la sociedad y las metrópolis, entre la autonomía y la dependencia. Existe y se justifica en función de las realidades nacionales; debe tener en cuenta los particularismos de sus matrices y dinámicas sociohistóricas, los requerimientos de su racionalidad de conjunto, las necesidades de reproducción del sistema, las relaciones y conflictos entre clases y grupos nacionales y del exterior.

Las relaciones entre grupos hegemónicos y dominantes del país y de las metrópolis tienden a la coincidencia y a la unidad, no a la identidad. Los Estados y corporaciones de las metrópolis avanzadas plantean exigencias o requieren políticas que no garantizan la reproducción del sistema nacional, o amenazan al grupo hegemónico y a la clase económicamente dominante (lucha por el reparto del excedente producido, impactos negativos o destructivos de la penetración económica, ruptura del equilibrio sociopolítico interno). Las crisis —económicas, políticas, militares— de las metrópolis y del sistema internacional, y sus repercusiones en los países latinoamericanos, crean oportunidades y opciones que los grupos gobernantes o hegemónicos de aquéllos intentan aprovechar de diferentes maneras, para asumir un mayor grado de independencia, intentar modificar en grados variables la orientación y la configuración de sus políticas internas y externas, reducir los inconvenientes de la monoproducción, del atraso y de la dependencia. Esta tendencia se ha manifestado en la nacionalización de ramas y unidades productivas antes detentadas por corporaciones extranjeras, y en su conversión en empresas públicas.

El Estado es el único que puede asumir la solución de los problemas de armonía y conflicto del país o de algunos de sus sectores con la potencia hegemónica, sus ETN y las de otros países desarrollados, y la regulación de las relaciones entre todos estos actores. En sus políticas nacionalistas, el Estado y el grupo gobernante canalizan hacia el exterior fuerzas y tendencias aunque son o pueden volverse amenazantes para el sistema; refuerzan su capacidad de maniobra respecto a los Estados y corporaciones del mundo desarrollado; reducen o renegocian la dependencia; fortalecen la autonomía relativa del Estado y de la élite político-administrativa respecto a las clases altas nacionales.

En este proceso, los países latinoamericanos han ido participando en acuerdos de tipo regional o internacional: grupos tercermundistas; uso del poder de votación en la Asamblea General de las Naciones Unidas; fórmulas de integración regional (ALALC, Mecomún Centroamericano, Grupo Andino, CARIFTA); Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados; Sistema Económico Latinoamericano. En el mismo proceso surge la idea de la cooperación de los sectores públicos y empresas nacionalizadas como mecanismo de integración, y la emergencia de las primeras corporaciones públicas multinacionales.

La reafirmación en parte nacionalista y en parte integracionista de países y Estados de América Latina, pese a sus logros y virtualidades, ha encontrado obstáculos reveladores. Ante todo, Estados Unidos y otros países desarrollados constituyen un bloque de resistencia contra las reivindicaciones de la región, y sabotean las negociaciones en búsqueda de soluciones incluso parciales a los problemas de atraso y dependencia. Se usa para ello los mecanismos de intervención y control, de presión económica y manipulación cultural-ideológica, de injerencia política y supervisión policiaca, de destabilización institucional y agresión militar.

La situación de atraso y dependencia de América Latina, su heterogeneidad como bloque, dificultan o imposibilitan su articulación adecuada para defender sus necesidades y aspiraciones y para imponer soluciones favorables. En el mismo sentido operan la multiplicación y el choque de exigencias y estrategias diferentes y de formas y tendencias sociopolíticas, la diversidad y divergencia de procesos y regímenes.

Esta situación obliga a buscar soluciones de compromiso y de alto costo político para los avances en las estrategias nacionalistas,

de cooperación y de integración. Ellas son presentadas como procesos que por sí mismos y de modo automático emancipan y desarrollan a los países latinoamericanos, y sólo requieren cambios restringidos que no afectan en lo sustancial al sistema vigente de dominación ni a la ubicación tradicional de aquéllos en el orden internacional. La responsabilidad fundamental de la dependencia y el atraso es transferido maniqueamente a los factores externos, con escamoteo de la responsabilidad de fuerzas y estructuras internas.

La autolimitación en la estrategia interna-externa favorece una operación divisionista de la superpotencia hegemónica y los países avanzados, para disociar y desarmar un posible frente latinoamericano. Se otorgan ventajas especiales a ciertos países, dominados y explotados, pero relativamente menos desfavorecidos, y se los ilusiona con el otorgamiento de un *status* real-ilusorio de aliado en prioridad o interlocutor privilegiado (Brasil). Se favorece o tolera los antagonismos y enfrentamientos entre países; los intentos de actualizar las fantasías de expansión imperial y de conversión en potencia (Brasil), o de canalizar hacia afuera las crisis internas (Chile y Perú, Chile y Argentina).

Divididos entre sí, vinculados por lazos débiles e inestables de acción solidaria, autolimitados por concepciones inadecuadas o misticificadoras sobre la estrategia del desarrollo interno y de la autonomía internacional, los países de América Latina tienden en su mayoría a restringir su acción a los foros internacionales, y al planteo en ellos de reivindicaciones económicas más que políticas. Éstas buscan en muchos casos la renegociación de la dependencia y el logro de ventajas dentro del actual orden mundial, no la superación de éste ni su trasmutación en uno nuevo y superior que posibilite y sea posibilitado por el desarrollo autónomo, igualitario y cooperativo de los países componentes. Nacionalismo y desarrollo nacional autónomo, integración regional, nuevo orden mundial, son bloqueados, desgastados y frustrados a partir de las mismas premisas y a través de fuerzas, estructuras y procesos iguales.

5. *Balance y perspectivas del nacionalismo latinoamericano: muerte, resurrección, transfiguración?*

El examen crítico del proceso general del nacionalismo latinoamericano y de los avatares de su proyección hacia un modelo de integración regional, la constatación de sus logros limitados, de sus

restricciones y de sus fracasos, la búsqueda de una alternativa, presuponen y exigen necesariamente la consideración de una hipótesis atemorizadora: el ingreso de América Latina, ya desde años atrás, a una edad oscura de envergadura y duración imprevisible. Ello se inserta en el contexto de la concentración mundial del poder, de la nueva división internacional del trabajo, de la posible mutación global del capitalismo, y de la crisis que es a la vez causa, componente y efecto de estos procesos. Como trasfondo más amplio y perdurable podría pensarse quizás en una crisis de civilización. Concentración del poder y crisis internacional implican la alta probabilidad de la descarga de sus costos en los países menores y en las mayorías dominadas y explotadas de los mismos, y de un totalitarismo fascistizante en el manejo de los conflictos internos y de las relaciones y confrontaciones internacionales.

A la crisis del nacionalismo y de la integración regional debe responderse con la búsqueda de un modelo alternativo que integre la crisis como fenómeno presente y tendiente a permanecer largo tiempo, a la vez presupuesto, componente y resultado del proyecto diferente de desarrollo interno y de integración y cooperación internacionales que se busque diseñar y realizar.

Ello requiere la adopción de una postulación y de una práctica prospectivas, identificadas con un modelo utópico-realista de sociedad, política y sistema internacional. A partir del modelo se retrocede al presente, para detectar los problemas y conflictos fundamentales, los actores, las fuerzas, los insumos que aportan, las tendencias que producen y expresan, las variables-clave de los cambios deseados, los procesos por los cuales las variables afectan las unidades que actúan como actores en el sistema a modificar y los insumos que ellas producen. Es posible así elaborar y tratar de realizar una estrategia concebida como cuerpo más o menos coherente de decisiones sobre un conjunto de opciones, expresión e instrumento de un proyecto histórico para la realización de un modelo concreto. Éste se basa en una concepción global y unificada del desarrollo nacional de cada país latinoamericano como cambio estructural en los aspectos y niveles esenciales del sistema, proceso de marcha hacia una sociedad deseada, hacia nuevas y superiores formas de integración regional, y hacia un nuevo y mejor orden mundial. Se requiere una política integrada, que asegure un gran y rápido impulso de desarrollo e incorpore y produzca requisitos, rasgos y consecuencias como los siguientes:

1) Prioridad de los intereses generales de la sociedad nacional sobre los intereses de grupos privados minoritarios, de tendencias particulares, de corporaciones y gobiernos de potencias extranjeras.

2) Necesidad de un gran y rápido crecimiento económico: apertura o profundización de la reforma agraria, paso a la industrialización integrada y autónoma.

3) Expansión y redistribución progresiva del ingreso en favor, sobre todo, de los grupos mayoritarios y de las regiones subordinadas y postergadas, con tendencia a la conjugación de exigencias de justicia social y democratización integral, de estímulo de la inversión productiva, de extensión vertical y horizontal del mercado interno.

4) Prioridad de la acumulación nacional y definición de un papel subsidiario y controlado al aporte de los recursos externos.

5) Dotación de condiciones favorables a la autonomía y a la creatividad en la cultura, la ciencia y la técnica.

6) Cambios en la estructura social: logro de igualdad y justicia socioeconómicas; modificaciones progresivas en la correlación de fuerzas y poderes entre las clases y los grupos; sacudimiento de todo lo que sea, implique o genere apatía, indiferencia, falta de participación de los individuos y las mayorías; y la promoción de su apoyo y de su intervención activa y directa en la economía, la sociedad, la cultura, la política.

7) Articulación y actuación de una alianza operativa de clases y grupos dinámicos y transformadores, constitutivos en conjunto de las mayorías nacionales, especialmente:

Trabajadores urbanos, campesinos y asalariados rurales.

Intelectuales, profesionales, científicos, técnicos, artistas.

Diversas dimensiones de la empresa realmente nacional.

Grupos de las regiones postergadas y afectadas por el desarrollo desigual y combinado.

Militares que no se resignen a ser meros represores del cambio y gendarmes de ocupación de sus pueblos al servicio de intereses privilegiados y poderes foráneos.

Grupos confesionales diversos para los que religión y la ética se identifiquen con las exigencias de liberación humana, social y nacional.

Juventud, mujeres, minorías, víctimas de discriminaciones seculares o milenarias.

A la articulación misma de esta alianza debe agregarse la necesidad imprescindible de un alto grado de conciencia, de interés y de participación activa y directa de las más amplias capas de la población en la búsqueda, la realización y el control de los cambios, y en la reestructuración y el manejo del Estado. El derecho a la diferencia debe ser afirmado y legitimado, y combatido y descartado todo criterio discriminatorio (clase, nación, etnia, religión, convicciones ideológicas y políticas).

Una alianza de este tipo proporciona las bases sociales, las fuentes de poder político, los refuerzos de legitimidad y consenso, que un Estado y una élite político-administrativa de características auténticamente democráticas y transformadoras requieren para sobrevivir y desplegar realizaciones efectivas en situaciones nacionales e internacionales, que se presentan cada vez más grávidas de enemigos y peligros.

8) Aparición y consolidación y desarrollo de una élite de dirigentes y cuadros intelectuales, políticos y administrativos, como expresión de los componentes, impulsos y requerimientos de la alianza. Ésta constituye la base social en la que la élite debe apoyarse; en la cual la mayoría de sus miembros se recluta; de la que provienen su representatividad, su fuerza, su cohesión, su legitimidad, el consenso que disfrute. Los dirigentes y cuadros de esta élite deben prevenirse y ser prevenidos, autocontrolarse y ser controlados, respecto al peligro de convertirse en una élite en el peor sentido del término: privilegiada y alienada de sus propios pueblos y de sus representados; substituida a la voluntad, a la participación y a la vigilancia de aquéllos; promotora de alguna variante (fascista o estalinista) de capitalismo monopolista-burocrático de Estado que desvirtúe los objetivos proclamados y frustré su logro.

9) Control creciente del sistema político y de los instrumentos y mecanismos de poder y decisión por grupos dinámicos y transformadores, que no teman ni resistan el desarrollo nacional, la autonomía internacional, la alianza y la integración con los grupos y países víctimas y con las avanzadas auténticamente progresistas del mundo subdesarrollado y del mundo desarrollado.

10) Obtención de un grado cada vez mayor de articulación interna y de consenso nacional generalizado, a favor del desarrollo interno y de la autonomía internacional, como base indispensable

para la actuación en tal sentido por Estados representativos, consolidados y eficaces.

11) Reemplazo del crecimiento insuficiente e irregular bajo régimen regular en lo económico y de estilo más o menos autoritario en lo político, por un desarrollo total e integrado, promovido y ejecutado por el Estado y las empresas públicas, y por las organizaciones sociales de base y contenido populares, a través de un plan que fortalezca al uno y a las otras y extienda sus ámbitos de intervención y realización. Ello implica la extensión y el fortalecimiento del sector público y del sector social, respecto al sector privado, no la supresión o reducción drástica de éste que conserva un considerable campo de acción en condiciones racionales y reguladas para su cooperación con la estrategia de desarrollo.

El Estado, sin embargo, no debe convertirse en objeto de idolatría, ni ser visualizado como panacea universal capaz de cualquier milagro por su mera intervención. El Estado en sí mismo, la expansión y el fortalecimiento de sus poderes y ámbitos son requisitos necesarios y racionales para el desarrollo integral. Por otra parte, todo Estado es siempre en mayor o menor grado una forma de alienación, una parte de la sociedad que se separa de ella y se erige sobre ella, la expropia y domina, tiende a volverse limitativo y opresivo de las fuerzas humanas expansivas y de una vida social enriquecida y dinámica. Ello exige combinar la intervención y la planificación de un Estado fuerte (en poderes, en recursos, en campos de actuación), socialmente eficiente, respetuoso de los derechos y libertades (individuales y sociales); con el aumento de la participación activa y directa de grupos, instituciones e individuos en y sobre el Estado, y en todos los ámbitos de la existencia social y cotidiana, para recuperar la libertad humana a través de todos los aspectos y niveles y no sólo en lo meramente político, y de promover la expansión racional de todas las potencialidades y posibilidades de las personas.

Ello, y en general el modelo esbozado de desarrollo, exige una sociedad democrática de plena participación, autogestionada y autogobernada. La componen seres humanos libres, iguales y creativos, que dejan de ser objetos, juguetes, instrumentos pasivos de la historia y de otros seres humanos, para convertirse en sujetos que comparten la racionalidad, la libertad, la espontaneidad, la igualdad y la responsabilidad. La sociedad se constituye y se funda, se desestructura y se reconstruye permanentemente mediante un pro-

ceso global y complejo, de libre diálogo y de libre acuerdo, de abajo hacia arriba, entre todos los habitantes, en todos sus aspectos y papeles (productores, consumidores, ciudadanos) y en todos los niveles y aspectos de la existencia. La democracia representativa y la democracia directa se combinan. Una escala de estructuras autogestionadas, autogobernadas y federativas ascendentes, va integrando los individuos y los grupos, las regiones y las actividades, de lo local a lo nacional. La autogestión en la escuela, la empresa, las otras instituciones sociales y culturales, el autogobierno en lo político, desembocan en un sistema de planificación democrática para el sistema de decisiones de la sociedad global.

En esta perspectiva, el desarrollo nacional, la autonomía internacional, la integración regional y la participación en la emergencia de un nuevo orden mundial, son aspectos y procesos indisolubles de una misma realidad y de una misma exigencia. Un Estado a la vez fuerte y de gran representatividad democrática está en mejores condiciones para atenuar o suprimir la dependencia externa respecto a un sistema internacional altamente concentrado y fuertemente polarizado y respecto a cualquier potencia. La recuperación o el refuerzo permanente de la autonomía internacional es indispensable para el fortalecimiento y progreso del Estado y de la sociedad nacionales. Lo es también para el avance hacia formas superiores de integración latinoamericana, y para la aparición y afirmación de un orden mundial basado en la libertad, la igualdad, la justicia, la buena voluntad recíproca y el bienestar compartido de todos los países participantes.

La integración latinoamericana y el nuevo orden mundial deben también fundarse y operar a través de un proceso de libre diálogo y libre acuerdo, mediante una escala de estructuras autogestionadas, autogobernadas y federativas ascendentes, y con la marcha hacia instituciones políticas y de sistemas de planificación democrática a escala supranacional. Ello incorpora supuestos, riesgos, efectos.

En primer lugar, una integración latinoamericana digna de ese nombre se basa en la libertad, la igualdad, la justicia, la buena voluntad recíproca de los países participantes. Excluye así fuerzas y estructuras, tendencias y comportamientos, que generan o refuerzan la dominación y la explotación de una nación sobre otra y preparan o realizan algún tipo de hegemonía. La nación es sometida a una dinámica de *reafirmación-superación*.

Por una parte, se reconoce como reales y legítimas las condi-

ciones de no uniformidad, diversidad y particularidad que reinan en los países y los diferencian. La nación sigue teniendo realidad sustantiva y aspectos positivos a preservar. Ninguna nación puede ser suprimida violentamente. La integración de las naciones a escala latinoamericana es posible y deseable sólo a partir del reconocimiento de su derecho a la autodeterminación, al desarrollo independiente, a la separación.

Por otra parte, la nación es una categoría no eterna, sino histórica y contingente; se ha ido volviendo relativa y obsoleta. Se convierte en camisa de fuerza que asfixia la plena realización del potencial humano, la conciencia unificada de la especie y la autorrealización antropológica. El nacionalismo extremo es enemigo de los intereses legítimos de la propia nación, de la región y de la humanidad; obstaculiza el logro de los fines de integración de las sociedades nacionales en comunidades humanas cada vez más universalistas.

En la perspectiva mundial, cabe constatar los síntomas y rasgos de una grave crisis del Estado nacional territorializado. Los límites fronterizos dejan de ser impenetrables; la defensa física del territorio se torna dudosa o inviable; los recursos de disuasión bélica se contrarrestan mutuamente entre países, y su relación costo-efectividad se vuelve desfavorable. La autarquía económica y cultural se revela imposible (exposición de las personas a la propagación de informaciones, ideas y valores, imágenes y proyectos, de procedencia externa).

En la competencia y el conflicto internacionales tiene lugar un creciente reconocimiento de la brecha insuperable entre las aspiraciones y logros de cada Estado en relación con las de los otros. Tienden a no coincidir el nivel aspiracional y el nivel operacional, los intereses inmediatos y los de largo plazo. El deseo de menos conflicto y violencia internacionales, de más cooperación y armonía, es compartido por la mayoría de la humanidad, profesado y buscado por la mayoría de los gobiernos.

Se comprueba la inadecuación creciente de los Estados nacionales para lograr por sí solos los objetivos incluidos en el llamado "interés nacional". El Estado territorial aparece como mero segmento de la humanidad global. Para necesidades y objetivos esenciales, el mundo es en parte y debe ser cada vez más reconocido como área significativa de interés y de actividad. El nacionalismo estrecho y agresivo se vuelve prácticamente inconveniente e inviable, y

espiritualmente insatisfactorio. El vacío sólo podrá ir siendo llenado por una o varias ideologías universalistas. Un número creciente de individuos pueden ir abandonando su lealtad suprema e indivisa al Estado nacional en un mundo que tiende —por buenas y malas razones, bajo formas y con consecuencias más o menos adecuadas— a unificarse. Tienden a crecer y a imponerse constelaciones difusas de valores: racionalismo, confianza en la ciencia, expectativa y valorización del desarrollo integral, derechos humanos, socialismo. La tendencia al control popular democrático en los asuntos internos puede irse extendiendo a los asuntos internacionales. Es posible contribuir eficazmente a la atenuación o a la supresión de las imágenes distorsionantes del medio internacional y de los otros Estados, la ignorancia recíproca, los malentendidos, las amenazas, el miedo, la desconfianza, el cálculo irracional en el manejo de la política internacional (costos, riesgos, oportunidades), posibilitando el enfrentamiento y el manejo racionales de los conflictos sustantivos.

En segundo lugar, el respeto a la libertad e igualdad de las naciones debe por consiguiente ser armonizado con la promoción de fuerzas y la búsqueda de formas que favorezcan la gradual integración de aquéllas en niveles ascendentes de sociedad internacional.

Ello requiere la agregación y la articulación de *actores* (locales, nacionales, regionales, transnacionales o no territoriales, internacionales), capaces de generar, consolidar e imponer las condiciones de un nuevo orden latinoamericano y mundial. Requiere también la cristalización de una constelación compartida de intereses y valores internacionales, con aptitud para expresar y para encarnarse en fuerzas socioculturales y políticas a la vez poderosas y operativas, que ejerzan influencia decisiva sobre la opinión pública y los procesos de decisión (nacionales, regionales, mundiales) y que produzcan efectos desestructurantes y reestructurantes en sentido universalista.

Desde ya, es posible constatar hoy que la división vertical entre Estados territorializados es mitigada y trascendida por lazos horizontales que cortan transversalmente las fronteras. Ello se da a través de fenómenos y tendencias como las siguientes:

- 1) Nuevas formas de cooperación económica, basadas en la reciprocidad y la multinacionalidad.

2) Progresos tecnológicos y científicos, aplicados sobre todo a los transportes, las comunicaciones y la información. Como una de sus consecuencias, creciente facilidad en el desplazamiento internacional de personas, en la transferencia e interacción de actores, valores, creencias, instituciones y conductas comunes.

3) Densa red de organizaciones internacionales, no limitadas a gobiernos, que agrupan a millones de individuos; se preocupan por los problemas centrales de la política internacional; crean hábitos de cooperación, de examen objetivo de situaciones, de aplicación de puntos de vista más audaces y de perspectivas y soluciones de mediano y largo plazos (colegios invisibles de científicos, juristas, intelectuales, políticos ubicados desde el centro a la izquierda, movimientos religiosos, juveniles y femeninos).

4) Mejoramiento relativo de la capacidad analítica y de la información de políticos y gobernantes, algo más receptivos a los argumentos de expertos, ideólogos y representantes de grupos mayoritarios.

5) Las nuevas formas de cooperación rompen el círculo vicioso del conflicto, la violencia y la paranoia agresivo-defensiva. Sus efectos positivos se van difundiendo, desde las áreas políticas menos sensibles a las que lo son más, demuestran que las naciones pueden ser socios en operaciones y transacciones de interés común, y no sólo competidores amenazantes o antagonistas irreconciliables.

En particular, resulta indispensable estimular la aparición y la perdurabilidad de un sistema de lealtad internacional; de valores, normas positivas, instituciones, prácticas concretas, que generen, reconozcan y garanticen la primacía del interés latinoamericano e internacional sobre el puramente nacional; de mecanismos requeridos para la emergencia, el funcionamiento y la vigencia irreversibles de la integración latinoamericana primero, y el orden mundial simultáneo o subsiguientemente.

IDEOLOGÍA Y PENSAMIENTO POLÍTICO EN BRASIL. EL NACIONALISMO EN LOS AÑOS 50 *

CAIO NAVARRO DE TOLEDO

“(..). No habrá desarrollo sin una formulación previa de una ideología del desarrollo nacional.”

Roland Corbisier

“(..). El nacionalismo traduce una verdad —la verdad del cuadro histórico— y la verdad es concreta.”

Nelson Werner Sodré

Introducción

Los años 50 vieron florecer en diversos países latinoamericanos las llamadas “ideologías desarrollistas”. Aunque tuvieron una duración casi efímera no fueron ellas, con todo, “plantas exóticas” en las féculdas tierras del continente; la existencia, a principios de la década, de determinadas condiciones socioeconómicas y políticas llevaron a una significativa porción de técnicos, burócratas, políticos, economistas y científicos sociales a la convicción de que la aceleración y la consolidación del proceso de desarrollo económico y social de sus respectivos países imponían la elaboración de un ideario desarrollista. Para muchos de estos técnicos e intelectuales, la formulación de una ideología desarrollista se constituía en condición *sine qua non* del propio desarrollo. Para otros, conforme señala el estudio de F. H. Cardoso y E. Faletto, el momento exigía la producción de una política económica adecuada:

Las condiciones estructurales y de coyuntura favorables dieron margen desde entonces a la creencia, común entre los economis-

* Traducción del portugués de Felicitas López Portillo T.

tas, de que el desarrollo dependería principalmente de la capacidad de cada país para tomar las decisiones de política económica que la situación requiriese.¹

Es de resaltar que, en estos primeros años de la década del 50, comienzan a repercutir en los medios oficiales e intelectuales los análisis y proposiciones de la recién creada “Comisión Económica para América Latina” (CEPAL); a través de estos estudios se pasa a enfatizar la necesidad de la utilización, por parte de los gobiernos latinoamericanos, de técnicas de planeamiento para la implementación del desarrollo económico. Es exactamente a partir de este momento que la ideología de la planeación económica (y social) pasa a ganar fueros de ciudadanía en el interior del pensamiento social latinoamericano.

Como señalan varios estudiosos, ésta fue la década del optimismo pues se juzgaba que —dadas aquellas condiciones coyunturales y estructurales favorables al despegue desarrollista y creados los instrumentos y mecanismos adecuados (“ideología del desarrollo”, “política de desarrollo” o “técnica de planteamiento”) América Latina, finalmente, dejaría de ser un inmenso continente de miseria y subdesarrollo. No eran pocos también aquellos que, en el seno de las élites estatales y de la intelectualidad, acariciaban los sueños de ver a sus países, en un futuro próximo, ingresar en la fase del desarrollo capitalista autosustentado y eminentemente nacional.

Transcurridos menos de 20 años de aquella década de esperanzas para Brasil, así se expresó uno de los más representativos ideólogos del desarrollismo:

Década extraordinaria del despegue para el desarrollo, de la toma de conciencia de nuestra problemática económico-social, de la movilización de las masas, de la democracia populista. Década de la gran fase madura y fecunda de Getulio Vargas y de la incontenible creatividad de Juscelino Kubitschek. Y también década de la inocencia y de las ilusiones sobre las terribles dificultades sociopolíticas del desarrollo.²

El presente artículo tiene por objeto proceder a un análisis de la producción teórica e ideológica de una parte de la intelectualidad

¹ F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia e Desenvolvimento na América Latina*. Río de Janeiro, Zahar, p. 11.

² H. Jaguaribe, *Caderno Especial. Jornal do Brasil*. 25 de setembro de 1977, p. 6.

brasileña, reunida en torno del *Instituto Superior de Estudos Brasileños* (ISEB). Por la importancia política e ideológica que desempeñaron, repercutiendo todavía hoy sobre el pensamiento político brasileño, tomaremos como objeto de este ensayo algunos de aquellos trabajos que definieron y postularon la ideología nacional-desarrollista en el Brasil de los años 50.

La creación del ISEB. Un aparato ideológico del Estado

A mediados de 1955, el oscuro político y presidente de la República por “fuerza de las circunstancias”, Café Filho, firmaba el decreto que creaba, junto al Ministerio de Educación y Cultura (MEC), el ISEB.³ Casi nueve años después, en la secuencia del amplio desmantelamiento y destrucción de organizaciones populares, sindicales, estudiantiles, etcétera, el ISEB, incluido en el extenso rol de las entidades “subversivas” y “antinacionales”, era puesto

³ La idea matriz que permitió la creación del ISEB fue gestada desde los primeros años del segundo gobierno Getulio Vargas (1951-1954). Se puede afirmar que el ISEB sucedió al *Instituto Brasileiro de Economia, Sociologia e Política* (IBESP). Esta entidad, fundada en 1952, reunía economistas, científicos sociales, filósofos y técnicos de la administración pública, particularmente de Río y de São Paulo. Mensualmente se encontraban en el Parque Nacional de Itatiaia a fin de —en las palabras de uno de sus creadores— realizar estudios interdisciplinarios, “en el ámbito de las ciencias sociales, de los problemas fundamentales de nuestro tiempo y de Brasil”. El IBESP fue responsable por la publicación de la revista *Cadernos do Nosso Tempo*, donde fueron esbozadas las principales tesis que fueron propugnadas, en los años siguientes, por el ISEB. Eran participantes activos del IBESP: Helio Jaguaribe (secretario general), Guerreiro Ramos, Cândido Mendes de Almeida, Evaldo Correa Lima, Roland Corbisier, Rómulo de Almeida, Ignacio Rangel, etcétera. Todos ellos estuvieron directamente envueltos en la creación del ISEB. Además de ellos, deben ser citados como “isebianos históricos” (fundadores): Alvaro Vieira Pinto y Nelson Werneck Sodré. Muchos otros renombrados intelectuales brasileños estuvieron igualmente relacionados con las actividades y proyectos isebianos; entre ellos, pueden ser mencionados: Roberto de Oliveira Campos, Celso Furtado, Anísio Teixeira, Hermes Lima, Gilberto Freyre, Fernando Azevedo, José Honorio Rodrigues, Miguel Reale, etcétera.

En el cuadro de la producción intelectual brasileña, raros son los trabajos que tomaron al ISEB como objeto de investigación, a pesar del interés que el tema ha suscitado en la actualidad. Además de un reducido número de ensayos publicados en los años 60 y de recientes testimonios de ex isebianos (Nelson Werneck Sodré y Helio Jaguaribe), son apenas conocidos dos trabajos críticos: Toledo, Caio N. de, *ISEB: fábrica de ideologías*, São Paulo, Atica, 1977 (mimeo: 1974) y Abreu, Alzira Alves — *Nationalisme et Aciton Politique au Brésil: une étude sur l' ISEB*. Paris, Mimeo, 1975.

fuera de la ley por el no menos oscuro civil y “presidente tapón” Ranieri Mazilli, inmediatamente después del golpe militar de abril de 1964.

Estos personajes secundarios se convertían, así, en actores principales en la creación y extinción de la Institución, no haciendo más que traducir en actos (decretos) decisiones y exigencias reclamadas por los grupos sociales dominantes. En la creación, por la necesidad del Estado y de sectores empresariales de disponer agencias que deberían estimular y racionalizar el curso del desarrollo nacional; en la extinción, en virtud de la consolidación de fuerzas político-militares que negaban muchas de las tesis y posiciones políticas asumidas por el ISEB.

Proyectado en los moldes del *Collège de France* —o, en términos latinoamericanos, *El Colegio de México*—,⁴ el ISEB, conforme estipulaba su Reglamento General, se definía como

un centro permanente de altos estudios políticos y sociales de nivel postuniversitario que tiene por finalidad el estudio, la enseñanza y la divulgación de las ciencias sociales, señaladamente de la Sociología, Historia, Economía y Política, especialmente para el fin de aplicar las categorías y los datos de esas ciencias al análisis y a la comprensión crítica de la realidad brasileña con vistas a la elaboración de instrumentos teóricos que permitan el incentivo y la promoción del desarrollo nacional.

Si en esta declaración de principios, acorde con otras formulaciones oficiales, se busca acentuar la vocación teórica y científica de la Institución, en la práctica pretendían los isebianos, fundamentalmente, intervenir en el proceso social a través de la elaboración de una ideología del desarrollo. Así, si la expresión *ideología del desarrollo* va a ser siempre evitada en los textos de los estatutos y de los reglamentos generales, en compensación ella se constituirá prácticamente en la bandera y en la “palabra de orden” de la institución durante todo el gobierno de Juscelino Kubitschek.⁵

⁴ En el proceso de discusión que antecedió a la creación del ISEB, el Ministro de Educación, Cândido Motta Filho sugirió el nombre de *Escuela Superior de Paz*, pues la institución debería tener “en el plano civil las mismas funciones que aquéllas desempeñadas por la *Escuela Superior de Guerra* en el plano militar”, Abreu, A. A., *op. cit.*, p. 104.

⁵ De los cuatro presidentes de la República (Café Filho, Juscelino Kubitschek, Janio Quadros y João Goulart), bajo los cuales el ISEB estuvo subordinado, fue el segundo quien propició las mejores condiciones y mejores recursos financieros para el funcionamiento de la institución. En la perspectiva oficial

Sin aceptar integralmente las tesis althusserianas desarrolladas en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*,⁶ podemos decir que el ISEB se constituyó en un aparato ideológico de Estado.⁷ Con todo, aparato ideológico plenamente consciente de su función de elaborador y difusor de ideologías, a través de las innumerables actividades que patrocinó y desempeñó junto a los diferentes sectores civiles, militares y estatales.⁸ Al contrario de aquellas instituciones

—y para la mayoría de los intelectuales a él vinculados— el ISEB era concebido como un importante núcleo que debería asesorar y apoyar la política económica juscelinista, señalada en el *Plano de Metas*. Cf. Kubitscheck, Juscelino *et alli*, *Discursos*. Río de Janeiro, ISEB, 1957.

Se explica, en virtud de ello, la confusión verificada en varios estudios que acreditan la creación del ISEB al desarrollista Juscelino Kubitscheck.

⁶ No es aquí el lugar para discutir la teoría de la ideología formulada en los trabajos de Louis Althusser. Algunas consideraciones críticas sobre esa teoría —particularmente sobre la cuestión de las relaciones entre ideologías dominantes e ideologías dominadas en el seno de las formaciones sociales capitalistas— fueron desarrolladas en nuestro trabajo arriba citado. Críticas a la exagerada extensividad que L. Althusser confiere a los aparatos ideológicos del Estado pueden ser encontradas en: Perry Anderson, *Sur Gramsci*. París, Maspero, 1978; Ralph Miliband, *Marxism and Politics*. Oxford, OUP, 1977; Nicos Poulantzas, *Fascisme et Dictature*. París, Maspero, 1970.

⁷ Como ya fue mencionado, el ISEB estaba directamente subordinado al Ministerio de la Educación y Cultura (MEC). Creado, en la concepción oficial, para elaborar “instrumentos teóricos que permitan el incentivo y la promoción del desarrollo nacional”, en la práctica esto significaba más concretamente la difusión de ideologías que defendían y justificaban el desarrollo económico en términos estrictamente capitalistas. Sin embargo, como estipulaban sus estatutos, el ISEB tenía “autonomía y plena libertad de investigación, de opinión y de cátedra”, lo que permitió, en ciertos momentos, una intensa lucha ideológica en su interior. Durante la mayor parte de su existencia, marxistas, liberales y conservadores se disputaron la hegemonía en la dirección de la institución en tal forma que, aunque fuera aparato ideológico del Estado, no podía ser caracterizado como una simple extensión del Estado o mero portavoz de las ideologías estatales o de las clases dominantes. Es sabido que en los últimos tres años de su existencia, las izquierdas detentaban un control mayor de la institución, sea a través de los cargos de dirección, sea a través de la intensa politización reformista de la cual el ISEB participó y de las luchas que apoyó (campaña de las “reformas de base”, Frente Parlamentario Nacionalista, CGT, UNE, etcétera). La extinción del ISEB, inmediatamente después de los primeros días del golpe de Estado de 1964, se explica, así, por la “subversión” ocurrida dentro del propio aparato ideológico. El Estado burgués y el régimen autoritario pueden dispensar enteramente los servicios de este aparato ideológico y, a partir de entonces, crear otros rígidamente controlados por el régimen autoritario.

⁸ Durante sus casi nueve años de existencia, el ISEB editó varios libros (economía, ciencia política, sociología, educación, filosofía y problemas culturales, etcétera). Promovió cursos regulares a nivel de postgrado (con duración de un año) a los que asistía personal enviado por los gobiernos de los Estados de la unión, de la administración federal, del Congreso Nacional, de las Fuerzas Armadas, de autarquías y fundaciones, de organizaciones paraestatales y

que, contagiadas por el espíritu positivista, invocan la luminosidad de la ciencia para exorcizar la tenebrosa ideología, el ISEB se presentaba como una auténtica fábrica de ideologías donde no tenía sentido establecer rígidas y rigurosas distinciones entre aquellas dos producciones teóricas.

Producción científica y producción ideológica no son así, para la mayoría de los pensadores isebianos, actividades antagónicas, sino complementarias. A decir verdad, en la medida en que están vueltas y dirigidas para el conocimiento y defensa de los intereses nacionales, se puede afirmar que la producción científica y la producción ideológica —en el ámbito de los países en lucha por la superación del subdesarrollo— llegan incluso a identificarse. Con la formulación de la ideología del desarrollo nacional estaríamos, así, delante de un singular y paradójico caso de una ideología *no ideológica*. O en otra versión, delante de una ideología “encima de cualquier sospecha”.

En virtud de ello, tal vez se pueda afirmar que jamás habría existido una institución que más radicalmente haya negado la tesis del *fin* o de la *decadencia de las ideologías*, en el mundo actual, que el ISEB en los años cincuenta.

Aunque nunca se hayan referido a los análisis —en la realidad, “profecías”— de politólogos y sociólogos (tales como Daniel Bell, Raymond Aron, Seymour Lipset y otros) que imaginaban tanto la existencia de un proceso de “desideologización” cuanto la de un creciente amortiguamiento de la conciencia política e ideológica en las sociedades “postindustriales” o altamente desarrolladas, los isebianos⁹ afirmaban que, en el ámbito de los países que ingresaban en el proceso de desarrollo, rige en toda su plenitud el momento político e ideológico. En las palabras de R. Corbisier: “No creo que estemos viviendo una fase literaria de nuestra historia; me parece,

universitarias, de entidades culturales, de sindicatos y asociaciones de clase, de partidos políticos y empresas estatales y privadas. Asimismo, patrocinó conferencias y cursos extraordinarios abiertos al público en general.

⁹ Nos referimos básicamente a aquellos que denominamos “isebianos históricos” y que son objeto de estudio en el presente artículo: Alvaro Vieira Punto, Helio Jaguaribe, Roland Corbisier, Guerreiro Ramos y Cândido Mendes de Almeida. Nelson Werneck Sodré, autor igualmente contemplado por este trabajo, tiene de la ideología una perspectiva diferente. Para este autor, la ideología es fundamentalmente un *falso pensamiento*, desempeñando funciones bien precisas: la de justificar y defender los intereses de las clases dominantes. Cf. *Ideologia do Colonialismo*. Río, ISEB. A pesar de defender el nacionalismo, como se verá adelante, jamás lo entendía como una ideología.

al contrario, que estamos viviendo una fase eminentemente política e ideológica.”¹⁰ Vieira Pinto, sintetizando las conclusiones de varios isebianos, definía así las tareas y responsabilidades de la institución:

La ideología debe surgir de la meditación de un grupo de sociólogos, economistas y políticos que, superando el plano limitado de sus especialidades, se avoquen al pensar filosófico por vía de la comprensión de las categorías reales que configuran el proceso histórico y acompañan el proyecto de modificación de las estructuras fundamentales de la nación (...)¹¹

La ideología a ser creada por los intelectuales, al contrario de las ideologías inmovilistas típicas de la llamada estructura colonial o semicolonial (“subdesarrollo en estagnación”),¹² tendría características transformadoras pues ya se había vuelto posible el surgimiento de una conciencia social crítica en los países subdesarrollados. La formación de la conciencia crítica, en oposición a la conciencia ingenua —la conciencia en los países subdesarrollados en estagnación no puede ser sino “inerte, pasiva y resignada”, declara C. Mendes,¹³ es posible en virtud de las transformaciones materiales ocurridas en los países periféricos del mundo capitalista. Como señaló Vieira Pinto:

Temprano o tarde el país atrasado sufre alteraciones en su estructura material a consecuencia casi siempre de la instalación de dispositivos de dominación externa destinados a su mejor explotación, que acaban por sugerir a uno u otro individuo la transformación de la conciencia que conduce a la meditación crítica sobre la realidad.¹⁴

De esta forma, verificadas las transformaciones en las estructuras materiales del país (industrialización, urbanización, etcétera)

¹⁰ R. Corbisier, “Discurso do Prof. Roland Corbisier”. En Kubitscheck, J. *et ali*, *op. cit.*, p. 11.

¹¹ A. Vieira Pinto, *Consciencia e Realidade Nacional*. Río, ISEB, vol. 1, p. 49.

¹² Para Corbisier, inspirado en el ensayo de Jean-Paul Sartre, “Le colonialisme est un Systeme”, “todo es colonial en la colonia”. Igualmente, “todo sería subdesarrollado en el subdesarrollo”. En otros términos, siendo el país pobre, conciencia nacional, literatura y demás manifestaciones culturales, necesariamente también serán pobres y alienadas. El concepto de *alienación* desempeñará en toda la obra isebiana un papel central. Toledo, C. N. de *op. cit.*, pp. 67-90.

¹³ C. Mendes, *Nacionalismo & Desenvolvimento*. Río, IBEEA, p. 124.

¹⁴ A. Vieira Pinto, *op. cit.*, p. 92 (subrayado nuestro).

y roto el complejo semicolonial, se puede entonces forjar una ideología que sustente e incentive el incipiente desarrollo. La urgencia y extrema necesidad de esta iniciativa queda debidamente explicada en las palabras de R. Corbisier:

resultado de un proyecto o de la integración de innúmeros proyectos conscientes y racionales, el desarrollo nacional requiere, para que se pueda realizar ordenada y no caóticamente, con un máximo aprovechamiento de los recursos disponibles, un planeamiento global cuya elaboración implica la *formulación previa de una ideología*.¹⁵

Más adelante, asociando una clásica cita de Lenin con una de las tesis de Vieira Pinto, sintetizaría uno de los *slogans* isebianos durante los años juscelianistas: "Si es verdad, como ya se dijo, que no hay movimiento revolucionario, *no habrá desarrollo sin la formulación previa de una ideología del desarrollo nacional*."

Según el pensamiento de los isebianos, las transformaciones ocurridas en el interior de la sociedad brasileña subdesarrollada no la conducirán, necesariamente, a un estadio superior del desarrollo económico, social y político. Apenas la ideología del desarrollo permitirá que aquellas mudanzas asuman el aspecto de un *proceso* —donde las metas y los fines a alcanzar están rigurosamente definidos— conduciendo, promoviendo e incentivando un desarrollo nacional integrado, armonioso y sin grandes disparidades internas. Sin ideología del desarrollo podrá haber, cuando mucho, simple crecimiento cuantitativo, pero que jamás beneficiaría a la nación como un todo. Mas, advierten unánimemente los isebianos: "ni toda la ideología desarrollista garantizaría *ipso facto* el verdadero y pleno desarrollo del país. La ideología del desarrollo debería tener necesaria y explícitamente un contenido *nacionalista*".

Presupuestos teóricos de la ideología nacional-desarrollista

A pesar de encontrar en el interior de la producción isebiana concepciones diversas acerca del nacionalismo —particularmente en lo referente a la cuestión de la hegemonía dentro de la alianza de clases desarrollistas—, podemos verificar en todas aquellas formula-

¹⁵ R. Corbisier, *Formação e Problema da Cultura Brasileira*. Río, ISEB, p. 87 (subrayado nuestro).

ciones algunos presupuestos teóricos comunes. Examinemos dos de ellos:

1. *Concepción faseológica de la historia*

Según esta concepción —expuesta en el ISEB por H. Jaguaribe y G. Ramos, a partir de la aceptación de las tesis del sociólogo Carl Müller-Lyer—, la historia se constituye en una sucesión de etapas evolutivas a ser necesariamente realizadas por las sociedades humanas. “*La fase*”, esclarece G. Ramos, “se define con bastante claridad cuando se consideran largos periodos del proceso histórico; por ejemplo, el paleolítico, el neolítico, el comunismo primitivo, el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo”. La fase no será nunca formulada *a priori* sino *a posteriori*, o sea a partir de la observación empírica de los hechos, afirma el mismo autor. Añade todavía que, en razón de que estos hechos tendieran “a componer relaciones de sistemas o de coherencia unos con los otros, sólo se torna viable operar en determinada situación las transformaciones posibilitadas por el ámbito de virtualidad”.¹⁶

H. Jaguaribe, procurando dar mayor concretización a este abstracto lenguaje, afirma que el actual proceso faseológico brasileño apunta necesariamente para la implementación y consolidación del capitalismo industrial. Dirá que en la presente estructura-tipo de la nación brasileña se asiste en toda su extensión a la “fase de transformación, caracterizada por la enérgica y acentuada propensión al desarrollo”.¹⁷ De esta forma, estando el “ámbito de virtualidad” de las naciones periféricas definido y orientado por el capitalismo industrial, se torna inviable, utópica o inauténtica cualquiera otra solución o propuesta alternativa que ignore esta absoluta e inescapable realidad.

Aunque partiendo de presupuestos teóricos diferentes, los isebianos “a la izquierda” también llegaban a las mismas conclusiones en cuanto a la necesidad de ser cumplidas determinadas etapas dentro del desarrollo histórico. Esta difundida “filosofía de la historia” —disciplina rigurosamente rechazada por los clásicos del mar-

¹⁶ A. Guerreiro Ramos, *A Reducao Sociológica*. Río, ISEB, p. 108.

¹⁷ H. Jaguaribe, *Condições institucionais do desenvolvimento*. Río, ISEB, p. 16. *Estructura* es para este autor el resultado del intercondicionamiento de cuatro planos estructurales: de las relaciones económicas, de las relaciones sociales, de las relaciones políticas y de las relaciones culturales.

xismo— bien se sabe, procede de interpretaciones impuestas a algunos textos de Marx y Engels. A partir de estos textos, cuya importancia teórica y metodológica residía básicamente en el descubrimiento del concepto de *modo de producción* —categoría decisiva en la comprensión del proceso histórico y de la propia fundación de una ciencia de la historia— se pasó dogmáticamente a postular un esquema, *de validez universal*, donde se deberían suceder cinco modos de producción fundamentales. De esta forma, como observó J. Goren-der, “el materialismo histórico dejó de ser ciencia social, como lo entendió Lenin, y se convirtió cada vez más en otra filosofía de la historia marcada por el apriorismo y por la teleología”.¹⁸

En cuanto para los isebianos “a la derecha” el capitalismo se constituía en la modalidad suprema del orden civilizado, para los isebianos “a la izquierda” el socialismo solamente podría surgir en el horizonte después que el capitalismo se consolidase plenamente en la periferia. Debemos, sin embargo, señalar que aunque implícito en los textos de estos últimos autores, el concepto de socialismo, tanto como su explícita postulación, jamás estuvieron presentes en la obra isebiana de izquierda. Tal vez este silencio y omisión se deban a razones de orden táctico en la *democracia posible* de la época. Con todo, este silencio y omisión, en parte de pensadores confesadamente marxistas, parecen igualmente revelar los límites objetivos a que está sujeta la lucha ideológica en el interior de los aparatos ideológicos del Estado capitalista.

2. Teoría de las clases y contradicciones sociales

a) De una forma general, los isebianos entendían que la sociedad brasileña, posterior a 1930, se encontraba dividida básicamente en dos sectores: de un lado, los “dinámicos o productivos” y, de otro, los “estáticos o parasitarios”. A su vez, estos sectores podrían contener segmentos de las tres clases básicas: burguesía, clase media y proletariado. Así, en torno del sector tradicional se agruparían la clase latifundista, la burguesía mercantil y la clase media no productiva y segmentos del proletariado; del lado del sector *moderno* se encontrarían, más frecuentemente, la burguesía industrial, el proletariado urbano y rural y la clase media productiva.

Lo que determina básicamente esta esquemática y simplificada

¹⁸ J. Goren-der, *O escravismo colonial*. Sao Paulo, Atica, p. 27.

parcelación de las clases sociales es la relación que mantienen con un proceso de industrialización que se instala en el país, favoreciéndolo u obstaculizándolo.

Los sectores modernos estarían representados por aquellos estratos sociales que se constituyen a partir de la destrucción del antiguo orden económico-social, o, como dice C. Mendes, esas “clases en proyecto” se articulan cuando se da “el derrumbe de la estructura social y la implantación en su lugar de un principio de funcionalidad social, que será asimilado, *lato sensu*, a la industrialización”.¹⁹ Las dos primeras del sector moderno, en el proceso de consolidación del capitalismo en la periferia, desempeñarán, respectivamente, las funciones de “control de los bienes de producción y prestación de mano de obra”, mientras que las clases medias productivas suministrarían los cuadros técnicos especializados exigidos por el desarrollo industrial.

Estas dos clases del sector moderno, a pesar de estar en pleno ascenso, desde el punto de vista económico, en la fase de transición se enfrentarían con otros grupos sociales en la estructura de las relaciones de clases. La persistencia del fenómeno del “parasitismo social”, como herencia de la fase colonial, impediría la completa hegemonía de los intereses industriales o “progresistas”; así, la permanencia de intereses retrógrados y decadentes va a “contaminar” la estructura de las relaciones sociales.

De esta forma, en el cuadro tradicional se encontrarían: las clases latifundistas que se beneficiarían del “sistema de *plantation*, característico de la actividad básica, extractivo-agrícola”; “la burguesía mercantil que se beneficiaría de la absorción compulsiva en los mercados periféricos de la importación de productos terminados metropolitanos”.²⁰

Para H. Jaguaribe habría parasitismo en la clase media “en la medida en que los cuadros del funcionalismo cívico y militar se encuentran nítidamente hipertrofiados en relación a los servicios efectivamente exigidos por el país”. También al nivel de la clase burguesa empresarial se evidenciarían sectores parasitarios, una vez que “fortalecieran providencias tendientes a proteger empresas poco productivas (...) o en la medida en que se verifica la tendencia a subvencionar determinadas actividades, manteniendo su baja pro-

¹⁹ C. Mendes, *N & D*, p. 128.

²⁰ *Idem*, *Perspectiva Atual da América Latina*. Rio, ISEB, p. 34.

ductividad (...)” Ni las mismas clases proletarias estarían a salvo: hay un parasitismo social en relación a las clases trabajadoras, puesto que “determinados hábitos, determinadas instituciones y defensa del trabajo que se formaban en el periodo del subdesarrollo, cuando la demanda del trabajo era inferior a la oferta, tienden a persistir, aunque el cuadro se haya alterado, cristalizando instituciones proteccionistas de un trabajo no rentable (...)”²¹

Se puede afirmar que tales esquematizaciones fueron hechas y postuladas por todos aquellos isebianos hasta ahora privilegiados por nuestro análisis. Diferencias, sin mayores consecuencias teóricas, pueden ciertamente ser encontradas; mas las líneas directivas de tales esquemas están presentes en todos sus trabajos.

En N. W. Sodré, que dedicó al tema de las clases sociales del Brasil un pequeño ensayo, no se encuentran algunas de aquellas distinciones sealadas por H. Jaguaribe y C. Mendes (aceptadas plenamente por R. Corbisier), por ejemplo, la división entre sectores tradicionales y modernos. Con eso, el esquema de las clases sociales se simplifica todavía más, consistiendo de los siguientes estratos: clase obrera urbana (caracterizada por su rápida “politización”: “acelerada enormemente con la Revolución de 1917, como causa externa, y por el aumento del parque industrial, como causa interna”); la clase media o pequeña burguesía que emerge en el escenario político a partir de 1930; la burguesía, que comportaría una división en burguesía nacional y gran burguesía (“cuyos intereses están vinculados a los mercados externos”) y, finalmente, una clase de los propietarios territoriales (latifundistas) “que rechaza cualquier reforma que le afecte los derechos y privilegios”.

En los textos isebianos nunca se va más allá de estas sencillas esquematizaciones, igualmente no se encuentra alguna reflexión teórica más sistemática acerca del tema de las clases sociales. Éstas son invocadas en el análisis apenas para resaltar aquello que consideraban la contradicción dominante presente en el interior de la formación social brasileña y justificar, así, el proyecto ideológico nacional-desarrollista.²²

b) Para todos los isebianos la contradicción *nación x antinación*

²¹ H. Jaguaribe, *CID*, pp. 17-18.

²² Recon zcase, sin embargo, que tales lagunas e inconsistencias teóricas no deben ser sólo imputadas a la investigación y reflexión isebianas. En aquella época, como todavía hoy, raros son los trabajos de elevado padrón y rigor científico sobre las clases sociales producidos por las ciencias sociales en Brasil.

representaría el antagonismo principal existente en la formación social brasileña. En las palabras de G. Ramos:

los antagonismos esenciales de la sociedad brasileña son actualmente los que se expresan en la polaridad, “estagnación” y “desarrollo”, representados por clases sociales de intereses antagónicos y, todavía, *nación* y *antinación*, esto es, un proceso relativo de personalización histórica contra un proceso de alienación. Otras contradicciones que no encuadran en estos términos son en el momento secundarias.²³

Si existía concordancia en lo tocante a la identificación de las fuerzas que constituían el polo que favorece el desarrollo nacional, lo mismo no se podría decir acerca de aquellos sectores que componen el polo *antinación*. Para Vieira Pinto, R. Corbisier y N. W. Sodré, las fuerzas que se agrupan en torno de aquellos sectores que obstaculizan el proyecto nacional desarrollista tienen en el imperialismo su principal agente. G. Ramos y C. Mendes hablan de centros dominantes o metropolitanos como “fuerzas opuestas” al desarrollo, mas nunca llegan a relacionarlos con el concepto de imperialismo. Para H. Jaguaribe, el imperialismo jamás es privilegiado en el análisis, una vez que no es entendido, en rigor, como fuerza antagónica.

Sin embargo, los puntos en común excedían a las divergencias. Fundamentalmente, el polo *nación* estaría representado por los sectores productivos de las tres clases básicas que componen la formación social brasileña: burguesía, clase media y proletariado. Los sectores improductivos o decadentes de esas mismas clases representarían el polo *antinación*.

Básicamente, también se concordaba con la formulación de H. Jaguaribe:

los conflictos sociales existentes en nuestro país, en la fase en que se encuentra, expresan, en su esencia, menos irreductibles luchas de clases que los conflictos que se entablan, en el ámbito de cada clase, entre sus sectores dinámicos y est ticos, entre las fuerzas productivas y las fuerzas parasitarias.²⁴

²³ G. Ramos, *RS*, p. 53.

²⁴ H. Jaguaribe, *O Nacionalismo na atualidade brasileira*. Rio, ISEB, p. 50.

De esta forma, para la mayoría de los isebianos, el desarrollo en términos capitalistas se constituía en la vía posible y verdaderamente superadora de la contradicción *nación x antinación*. De otro lado, se transfiere para el capitalismo desarrollado la aparición y supremacía de la contradicción entre las clases. O sea, la lucha de clases solamente será la contradicción principal después de la emergencia de la nación autónoma, donde —tal como ya ocurre en los centros metropolitanos del capitalismo— las clases dirigentes y dominantes, no estando subordinadas a imperialismo de cualquier especie, tendrán que enfrentarse con el antagonismo de las clases proletarias. Pero si esto no ocurre, será alienada enteramente cualquier posición ideológica o práctica política que privilegie la lucha de clases como concepto teórico-explicativo; sea para comprender la realidad subdesarrollada, sea para descubrir los medios adecuados para su transformación.

Los nacionalismos: de la pasión a la razón

Se puede afirmar que el nacionalismo fue la ideología hegemónica en el interior del ISEB, particularmente durante el periodo que correspondió al gobierno JK. Con todo, sería erróneo pensar que hubiera unanimidad entre los isebianos en cuanto al contenido, límites y posibilidades de la ideología nacionalista. En rigor, no habría existido una única ideología isebiana; varias, eso sí, fueron las expresiones ideológicas del nacionalismo dentro de esa institución. El lenguaje, muchas veces común, no dejaría, sin embargo, de ocultar algunos desacuerdos, polémicas y tensiones internas.

Ya fue resaltado el hecho de que N. W. Sodré, en su fervorosa defensa del nacionalismo, no lo entendía como una ideología (al contrario de los demás isebianos que afirmaban el nacionalismo como la “política ideológica” por excelencia). Pero todos concordarían con N. W. Sodré cuando proclamaba, por ejemplo, que en el ámbito del subdesarrollo sólo se oponen al nacionalismo aquellas mismas fuerzas económicas y sociales que aquí apoyaron el nazismo y el fascismo. Dice él, como portavoz del nacionalismo no “xenófobo” o no “jacobinista” —como se acostumbraba decir en el lenguaje político de la época— que “no proceden las comparaciones astutamente presentadas, como acusación de que el nacionalismo es históricamente inactual —el colonialismo también lo

es— y que puede llevar a lo que llevó en otros países, en particular en Alemania e Italia, recientemente”.²⁵

En esta misma línea —la de que los nacionalismos de los países subdesarrollados no tienen connotación y “vocación” imperialistas— Vieira Pinto radicalizará el argumento (y a partir de aquí su perspectiva se singulariza dentro del ISEB) al procurar mostrar que el nacionalismo encontraría en el internacionalismo (no necesariamente proletario) su complemento feliz; o sea, no sólo dejaría de haber incompatibilidad entre estas dos prácticas políticas, sino que el nacionalismo se constituiría en la condición *necesaria* de un verdadero y auténtico internacionalismo.

Presagiando que la sociedad será forjada por la práctica nacionalista, habremos de recordar algunas promesas contenidas en los movimientos milenaristas y en el nacionalismo utópico. A pesar de larga, la cita siguiente se justifica puesto que nos da la exacta medida de la excelencia del nacionalismo como “solución universal” para problemas que han afectado a la existencia humana en toda su historia.

En la fase en que nos encontramos, nuestro concepto de nacionalismo tiene que ser interpretado como el procedimiento por el cual nos integraremos en un internacionalismo auténtico, o de las naciones en lucha por la humanización de la vida de sus poblaciones. El nacionalismo, al afirmarse y consolidarse en sus principios, conduce, así, a identificarse con un internacionalismo que no lo destruye, no revoca ninguna de sus tesis, no sustituye ninguno de sus ideales, antes encuentra en esa nueva etapa la plena realización de aquello que predicaba (...) Cuando hubiere conquistado la condición de pleno desarrollo, bajo la dirección del pensamiento nacionalista, nuestro país habrá experimentado un camino histórico diverso de aquél seguido por las actuales potencias dominantes. Éstas necesitaron hacerse imperialistas para alcanzar la preeminencia a que llegaron. Por esto tendrán que ser derrotadas en los sistemas que instituyeron para vencer, deben sufrir alteraciones internas que los vuelvan miembros pacíficos, respetables y útiles para el porvenir universal de las naciones. Mas los países que se elevaron a la completa autonomía por la vía del nacionalismo, habiendo abolido a lo largo de su marcha histórica todas las formas de expoliación de sus propias masas trabajadoras, llegarán a la meta del desarrollo superior inocentes de cualquier crimen

²⁵ N. Werneck Sodré, *Raízes históricas do Nacionalismo brasileiro*. Río, ISEB, p. 31.

contra la humanidad, contra naciones más débiles, y de este modo se integrarán, sin violencias recíprocas, en la sociedad ecuménica futura, donde habrá definitivamente cesado toda especie de explotación humana. Concebido al término de su misión histórica, el nacionalismo se revela una forma de integración internacional, identificándose dialécticamente al internacionalismo.

Será el modo como las naciones, vueltas enteramente libres y sin opresiones internas de grupos particulares sobre las masas, se unificarán en una colectividad universal.²⁶

Ese carácter mesiánico que frecuentemente asume el pensamiento nacionalista es igualmente defendido por N. W. Sodré. Polemizando con los “entreguistas” y críticos “equivocados” del nacionalismo, dirá: el “nacionalismo se presenta, así, como liberación. De su contenido libertador proviene el tono apasionado de que se reviste y que lleva a sus opositores a considerarlo más como pasión que como política”. Convendría, entonces, concluye N. W. Sodré, acentuar en el caso, que “no existe pasión por lo abstracto, y que el nacionalismo traduce una verdad —la verdad del cuadro histórico—, y la verdad es concreta”.²⁷

Delante de estos nacionalismos exacerbados se encontrarán, por otro lado, dentro del ISEB, formulaciones que procuran distanciarse en mucho de ese “utopismo desmesurado”, como dirían todavía críticos diversos. El nacionalismo será entendido, fundamentalmente, como recurso *táctico*, sin radicalismos, “desapasionado”, “racional” y “técnico”. Caracterizan esto último las posiciones de H. Jaguaribe y, en cierta medida, también las perspectivas de C. Mendes y G. Ramos.

No desentonaría en ningún momento dentro del ISEB la siguiente afirmación de H. Jaguaribe: “el nacionalismo consiste, esencialmente, en el propósito de instaurar o consolidar el aparato institucional necesario para asegurar el desarrollo de una comunidad”.²⁸ El nacionalismo es así —además de fenómeno histórico-social— una ideología racionalizadora del comportamiento político-social. Ahora bien, la “estructura faseológica brasileña tiene en el desarrollo su característica esencial. Se establece, así, una interacción dialéctica en la medida en que el nacionalismo —pro-

²⁶ A. Vieira Pinto, *CRN*, II, p. 513.

²⁷ N. W. Sodré, *RHNB*, p. 31.

²⁸ H. Jaguaribe, *NAB*, p. 51.

vocado por el desarrollo del país— tiene por finalidad acelerarlo y racionalizarlo”.

Las divergencias y ruptura con las concepciones de otros isebianos comienzan a aparecer cuando H. Jaguaribe acentúa que el nacionalismo debe ser entendido básicamente como un “medio para alcanzar un fin: y como tal debe ser ejercido mediante el empleo de los instrumentos más adecuados para la realización de ese fin”. Nos esclarece, a continuación, que “los medios más adecuados —y cuyo empleo, por tanto, será más nacionalista a la realización del desarrollo— no son, necesariamente, los que se manifiestan como tales en la perspectiva de un espacio abstracto y sí los que así se revelen en la situación efectiva del país”. Un ejemplo proporcionado por el autor dirime cualquier duda que pueda sostenerse acerca del sentido de ese “nacionalismo de fines”:

lo que vuelve nacionalista la actual política del petróleo no es el hecho de que Petrobrás sea una empresa del Estado brasileño, dirigida por brasileños, etcétera. En teoría, la política nacionalista del petróleo podría ser realizada por la *Standard* o cualquier otra empresa, desde que concretamente, en la situación presente del país, ésa fuera la forma más eficaz de explotar el petróleo brasileño y proporcionar a la economía nacional el pleno uso y control de tal materia prima.

Equivocada sería, para H. Jaguaribe, la posición política de “nacionalismo de medios”, que él mismo acuñó. Siendo el desarrollo el objetivo reclamado socialmente, se deberían utilizar todos los medios apropiados para la realización de tal *finalidad*, “sea cual fuere el origen de los agentes, desde que, en las condiciones concretas, se revelen los más eficaces”.

La cuestión de la hegemonía en el proceso de desarrollo

Si entré los autores del ISEB existía prácticamente unanimidad en la identificación de los sectores o clases sociales que constituían uno de los términos de la contradicción principal (*i. e.* de la nación), las divergencias comenzaban a ocurrir a partir del momento en que se pronunciaban acerca de cuál grupo social debería tener la hegemonía en el proceso de desarrollo nacional.

De un lado estaban aquellos que defendían a la burguesía industrial como portadora de la razón histórica y de los verda-

deros destinos nacionales; de otro, aquellos que veían en la conciencia ideológica y en la dirección política de las masas populares y trabajadoras las únicas posibilidades de la nación para alcanzar su plena autonomía y un real desarrollo económico y social. A fin de mejor caracterizar estas dos posiciones, retóricamente antagónicas, tomaremos como paradigmas las formulaciones de dos autores isebianos: Helio Jaguaribe y Alvaro Vieira Pinto.

a) Helio Jaguaribe, en los años 50, jamás ocultó su condición de ideólogo de la llamada burguesía nacional. Como todo ideólogo de las clases dominantes siempre identificó los intereses de estas capas con los de la comunidad nacional. De esta forma, la crisis de la hegemonía burguesa en aquel periodo de la vida brasileña pasaba a ser confundida con la "crisis brasileña" —que a su vez era parte de la "crisis occidental". Sus escritos en esa época asumían casi siempre un carácter dramático y apocalíptico. En un ensayo escrito en 1952, posteriormente editado por el ISEB, así se expresaba:

(...) si la formación y la intervención de una nueva clase dirigente no se hiciera en plazo corto, terriblemente corto, las contradicciones económicas y sociales del país ultrapasarán el límite de resistencia de la flexibilidad social y asistiremos a la *irrupción avasalladora del primarismo nacional*, que destruirá lo poco que se logró edificar, en el curso del tiempo, como cultura y como civilización, comprometiendo la propia occidentalidad de nuestra evolución posterior.²⁹

En un libro posterior, esa advertencia se explicitaría todavía más y recibiría ahora una concretización más precisa:

(...) si esas condiciones (el desarrollo económico capitalista, —CNT) no fueran cumplidas por la actual generación, la burguesía perderá irremediablemente su oportunidad histórica. Y la comunidad brasileña, bajo el imperativo de realizar *a cualquier precio y de cualquier forma* su desenvolvimiento económico-social, será conducida a optar por el socialismo, de una forma tanto *más radical y revolucionaria* cuanto mayores hayan sido el tiempo perdido y el fracaso de la burguesía en el cumplimiento de su tarea.³⁰

²⁹ *Idem*, *A. Filosofía no Brasil*. Río. ISEB, pp. 51-52.

³⁰ *Idem*, *NAB*, p. 64 (subrayado nuestro).

Si no pretendía ser condenada históricamente —o sea, si deseaba impedir la irrupción del socialismo—, debería, pues, la burguesía hacer su revolución “antes que las masas la hiciesen”. En este sentido era urgente que la clase *dominante* se convirtiera, igualmente, en clase *dirigente*, como también señalaba G. Ramos. Por tanto, la burguesía industrial se debería convertir en el principal agente de difusión y propaganda de la única “ideología auténtica”³¹ que comportaba y requería el momento histórico brasileño: la ideología nacional-desarrollista. Mas esta “política ideológica”, asumida por la burguesía industrial, corría serio riesgo de no realizarse social e históricamente en virtud del mantenimiento de un Estado arcaico (“Estado Burocrático”),³² y del control de la opinión pública por parte de los sectores decadentes o atrasados.

H. Jaguaribe proponía, así, una *reforma del Estado* mediante un frente ideológico que reuniría a la burguesía y las “grandes masas”.

(...) en la medida en que la acción emprendedora de los hombres representativos del proceso de desarrollo económico amplíe ideológicamente la propaganda del desarrollo, establezca *contacto con las grandes masas y les muestre* la dependencia que existe entre el proceso de desarrollo y la elevación de su nivel de vida, en esa proporción las formas de política clientelística tienden a ser desenmascaradas por su propia ineficacia, y las formas de política ideológica tienden a sustituirlas, dependiendo a organizarse una nueva forma de Estado.³³

³¹ Helio Jaguaribe distingue las ideologías del punto de vista de su representatividad y de su autenticidad. Es representativa la ideología que constituye la formulación correspondiente a los intereses situacionales de la clase o grupo que la sustenta; son auténticas las ideologías que “sean cuales fueren los intereses situacionales que representen, formulen para la comunidad, como un todo, criterios y directrices que la encaminen en el sentido de su proceso faseológico, o sea que permitan el mejor aprovechamiento de las *condiciones naturales* de la comunidad *en función de los valores predominantes de la civilización a que pertenece*”, NAB, p. 49 (subrayado nuestro). Para H. Jaguaribe, lo que confería al Brasil una posición privilegiada a partir de 1930, era el hecho de que la línea de mayor representatividad ideológica para todas las clases sociales —con excepción de los sectores retrógrados de cada una de ellas— correspondía a la línea de mayor autenticidad de los intereses ideológicos. O sea, “son en este momento coincidentes los intereses del proletariado, de la burguesía industrial, del campesinado y de la clase media”.

³² Para H. Jaguaribe, “Estado burocrático” era el producto y, al mismo tiempo, el instrumento de la “política de clientela”.

³³ H. Jaguaribe, *CID*, pp. 31-32 (subrayado nuestro).

O sea, la burguesía industrial que nunca dejaría de lado la gestión privada de sus empresas, crearía —a través de la organización y de la educación ideológica— *el Estado capitalista funcional* que necesitaba: con un “programa de desarrollo, de planificación, de intervención orientadora y directora”.

La naturaleza de este Estado capitalista será explicitada en un texto postisebiano; su nombre fue dado por el propio H. Jaguaribe: *neo bismarckismo*. En las palabras del autor:

El neobismarckismo sería el modelo político que permitiría al jefe del gobierno el ejercicio de un arbitraje entre las diversas capas sociales (...) regulando la participación de cada capa de acuerdo con su capacidad política de reivindicación y *asegurando a los empresarios nacionales el liderazgo en la promoción del desarrollo de la comunidad*, concebida como una nación, de acuerdo con el programa trazado por el Estado.³⁴

Para autores como H. Jaguaribe, las “grandes masas”, en la realidad, vivían en pleno estado de inconsciencia o revelaban un insuficiente conocimiento de sus verdaderos intereses. Se suponía, así, que ellas se encontraban desorganizadas tanto política como ideológicamente; cuando existían organizaciones que pretendían representarlas, afirmaban los isebianos que las masas corrían el riesgo de ser seducidas por equívocas promesas de los políticos (“no ideológicos”) populistas, anacrónicas figuras en el contexto de la racionalidad capitalista. Era, pues, tarea de los ideólogos burgueses orientar y esclarecer a las masas acerca de sus propios intereses sociales; mas, fundamentalmente, era de la entera responsabilidad de la burguesía conducir a las “grandes masas” en el sentido que ésta postulaba como la única “alternativa históricamente posible”: el capitalismo nacional.

Contra poniéndose a H. Jaguaribe, Vieira Pinto afirmaba que la

³⁴ *Idem, Desenvolvimento Económico e Desenvolvimento Político*. Río, Paz e Terra, 1969, p. 63 (subrayado nuestro). Esta confesada defensa de vías autoritarias para alcanzar niveles “civilizados” de existencia social, se encontraba también presente en textos escritos durante la propia fase isebiana. En un texto donde se pronunciaba sobre un eventual restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Brasil y la URSS, así aconsejaba: “A partir del momento (...) en que Brasil, adoptando una política exterior de independencia y no compromiso, restableciera relaciones con la URSS y normalizara sus contactos con el Este, no necesitará más del contrapeso del PCB, y la seguridad nacional vuelve aconsejable un aumento de vigilancia sobre el comunismo interno y su adecuada contención o represión” (subrayado nuestro). V. tb. *NAB*, p. 290.

ideología del desarrollo procedía de la conciencia de las masas trabajadoras; o todavía, la ideología del desarrollo se constituía, en verdad, en el “pensamiento natural” de éstas. Son las masas trabajadoras “que imponen la exigencia de desarrollarse al país”.³⁵ La ideología del desarrollo sólo puede provenir de la conciencia de las masas, pues son éstas las que, en última instancia, más intereses tenían en el proceso de desarrollo. Además de esto, son ellas las que podían revelar las direcciones objetivas de ese mismo proceso, puesto que eran detentadoras de una conciencia verídica o crítica.³⁶ En una audaz afirmación, establecía que: “El pueblo no yerra, simplemente se pronuncia con el nivel de comprensión que le es permitido tener en las circunstancias en que existe.” Más adelante: “(…) la masa no se engaña, ni se corrompe; sólo le puede suceder estar privada de perfecta conciencia”.³⁷

Con todo, no son las organizaciones de estas amplias capas sociales las que tendrían el privilegio de traducir en términos conceptuales y prácticos este “pensamiento natural” o la conciencia verídica de las masas trabajadoras. Esta tarea correspondía estrictamente a los “intelectuales orgánicos”; dicho en otros términos, a los pensadores —entre ellos los del ISEB— “comprometidos existencialmente” con la perspectiva de aquellas categorías sociales. Así, aunque las masas detenten un conocimiento de su situación objetiva, aunque reconozcan nítidamente sus intereses fundamentales, se encuentran todavía —en la transición para el capitalismo desarrollado— privadas de los instrumentos lógico-conceptuales adecuados para expresarse de forma rigurosa y eficaz. Afirma Vieira Pinto:

Antes que el pensador sea capaz de dar cuerpo lógico a las nuevas representaciones conceptuales implicadas en los acontecimientos, el pueblo mismo las va esbozando, en un balbuceo ideológico donde tienen sus primeras tentativas de expresión

³⁵ A. Vieira Pinto, *Ideología e Desenvolvimento Nacional*, Río, ISEB, p. 37.

³⁶ Para Vieira Pinto no hay en estas afirmaciones ninguna exaltación mística, ni tampoco “afición o simpatía moral exterior” por las masas trabajadoras. Para él, el trabajo es el factor esencial no sólo de la transformación de la realidad material, sino también de la conciencia. “La ideología que necesita la sociedad subdesarrollada será transformadora si fuere auténtica, y sólo será tal si surge de una conciencia que represente verídicamente lo real; ésta, a su vez, sólo tendrá esa cualidad si hubiere sido configurada en la práctica, la cual (...) se define fundamentalmente como trabajo.” *CRN*, I, p. 111.

³⁷ Respectivamente, *CNR*, II, pp. 111 y II, 626.

de ideas que, después, los sociólogos y filósofos procurarán enunciar en *forma límpida y doctrinaria*.³⁸

Dentro de estos límites queda, pues, justificada la actividad de los intelectuales en los países en lucha por el desarrollo: simplemente dar *forma lógica* a aquello que fue producido por la práctica colectiva de las masas. O sea, ordenar y sistematizar en una teoría —en el caso, la ideología del desarrollo— las verdades presentes en la conciencia crítica de las masas trabajadoras. Sin embargo, al contrario de un proyecto de carácter totalitario o fascistizante —que impondría a las masas una “conciencia” o un ideario—, los pensadores de los países periféricos nada más serían los heraldos de las representaciones verídicas de la conciencia popular. Eso era lo que juzgaba Vieira Pinto:

La transmisión de la ideología es obra de su verdad interior que no es sino su concordancia con la realidad y la viabilidad del proyecto a que conduce. La persuasión que posee recorre esa verdad y no es obtenida por artificios psicológicos, mucho menos por la coacción. Al ser reconocida por la conciencia de las masas como el auténtico pensamiento de que carecían para expresar su proyecto de existencia, la ideología asume automáticamente carácter operativo (...)³⁹

Mas, a pesar de ese automatismo, a fin de que toda la sociedad fuese alcanzada, se volvía necesario una “divulgación persuasiva” y un “proselitismo consciente y esclarecido” por parte de los ideólogos. Sin embargo, reafirmaba, esto no sería condenable desde que se “apoye en la certeza de estar diciendo a las masas aquello que expresa el propio punto de vista de ellas y que, por eso, sólo precisa ser conocido para ser reconocido”.⁴⁰

Consideraciones finales

La contribución teórica del ISEB dentro del cuadro de las ciencias sociales, más particularmente del pensamiento social y político en Brasil, es una investigación que apenas se inicia. Como aquí ya fue resaltado, raros son los trabajos que tematizaron de una forma más amplia y sistemática la producción isebiana, buscando

³⁸ *Idem*, CRN, I, p. 44 (subrayado nuestro).

³⁹ *Idem*, pp. 50-51.

⁴⁰ *Idem*, p. 53.

comprender el significado teórico y político de la institución en la coyuntura brasileña de los años 50 y principios del 60. Aunque muchos de aquellos autores todavía se encuentran activos en el interior de la vida cultural y política del país, apenas dos ex isebianos, en los años recientes, aceptaron el desafío de reexaminar la obra producida por el ISEB. El hecho de que estas declaraciones tengan, a veces, resonancias apologéticas, no retira de ellas un valioso mérito: el de contribuir para hacer avanzar el debate sobre decisivas (y actuales) cuestiones teóricas y políticas. En países donde la memoria social está permanentemente obnubilada por la avalancha de los modismos y frecuentemente escamoteada por prejuicios colonialistas diversos, no dejan de ser saludables todas aquellas tentativas de rever y examinar —dentro de una perspectiva crítica— el significado de sus realizaciones culturales e históricas.

Los trabajos isebianos trataron de diversas cuestiones, aunque no todas de una forma sistemática, rigurosa y original. Entre ellas —y para permanecer dentro de los límites de este artículo—, pueden ser destacadas las siguientes: la cuestión de la ideología, la cuestión de la producción científica, la cuestión del nacionalismo y del desarrollo, la cuestión nacional y de las contradicciones sociales, la cuestión de los intelectuales y de la política. A guisa de conclusión, retomemos esta última problemática.

En el Brasil contemporáneo, fue innegablemente el ISEB la institución que más elocuentemente negó la difundida tesis de la “neutralidad de la ciencia”, particularmente en el campo de las ciencias sociales. Como nunca se cansaron de repetir, es tarea del pensador de los países subdesarrollados desde que esté “ligado existencialmente con las condiciones de vida de las capas populares” y en “total independencia con los intereses de las clases explotadoras” —forjar ideologías libertadoras. En esta versión, es la ciencia quien es revolucionaria, más la ideología y en el caso específico, el nacionalismo. En este sentido, la negación de la neutralidad de la ciencia tenía como contrapartida afirmativa la defensa del enrolamiento y de la militancia del pensador y del intelectual en los problemas de su pueblo y de su tiempo. Tal vez sea éste uno de los aspectos que, en los actuales debates sobre las relaciones entre “sociedad civil y Estado”, más haya sido subrayado como una de las positivas contribuciones del ISEB.

En reciente declaración sobre el ISEB, Helio Jaguaribe ofrece

su interpretación acerca de la cuestión: "El ISEB como todas las *intelligentsias*, fue al mismo tiempo un producto de su época y un intento de reformulación crítica del *statu quo*. Surgió en respuesta a una gran demanda cultural y social del Brasil posterior a la Segunda Guerra Mundial (...)" Añade: "El ISEB fue una *intelligentsia* contestataria del Brasil primario-exportador y representativo de una coalición de sectores progresistas, orientados para el desarrollo económico-social y la afirmación autonomizante del nacionalismo."⁴¹ Con todo, como tantas otras realizaciones sociales y políticas de este país, no consiguió el ISEB cortar las profundas raíces intelectualistas y elitistas que inspiraron su proyecto de creación. En defensa de todo el pueblo y de toda la nación se presentaban los intelectuales del ISEB. Más todavía: reivindicaban representar —en la acepción de *actuar en lugar de*— aquellos que históricamente siempre estuvieron impedidos de *hablar y luchar por* sus propios intereses.

Sin retomar aquí la discusión de las propuestas y medidas inequívocamente autoritarias propugnadas por Helio Jaguaribe, para quien el Estado y la burguesía debían, entre otras cosas, defender los "valores permanentes de la civilización", mantener en la ilegalidad el partido comunista, reprimir severamente la agitación comunista e impedir el socialismo, tómesese, por ejemplo, las tesis de Vieira Pinto, un autor confesadamente de izquierda. A pesar de que las "grandes masas" se constituyeron en el centro de sus preocupaciones teóricas y sociales, nunca podrían ellas prescindir de la actividad del "intelectual progresista"; o sea, es éste quien mejor orienta su práctica colectiva (*i. e.*, la defensa de la industrialización) y traduce en "forma límpida y doctrinaria" sus ideas (verídicas). Los intelectuales no son sólo los tecnócratas del saber popular y los agentes de su conciencia, como también se constituyen en los verdaderos tutores de las masas. Éstas pueden prescindir de sus propias organizaciones y de sus propios partidos, pero nunca podrían dispensar la actividad creadora de sus "intelectuales orgánicos".

De esta forma, como creen detentar el conocimiento sobre el interés fundamental de las clases populares y trabajadoras —la consolidación del capitalismo industrial en la periferia—, los pen-

⁴¹ H. Jaguaribe, "ISEB, um breve depoimento e uma reapreciação crítica", en *Cadernos de Opinião*, Río, Paz e Terra, núm. 14, nov., 1979.

sadores de izquierda dentro del ISEB relegan a un plano secundario la cuestión de la autonomía política e ideológica de aquellas categorías sociales. La relación entre desarrollo económico y democracia política, por ejemplo, jamás se constituyó en una problemática relevante; así, deja esta cuestión de ser objeto de una lucha ideológica a ser frenada por la institución en el interior del movimiento social. Se parte del presupuesto de que, siendo el esfuerzo prioritario de la nación combatir su secular miseria, a través del desarrollo económico, la cuestión de la democracia (en el caso de las clases populares y trabajadoras, tienen garantizadas las libertades y los más amplios derechos políticos a fin de poder luchar por su autonomía y hegemonía), podría esperar para ser resuelta en el tiempo bíblico de las vacas gordas.

El ISEB se singularizó, en los años 50, por una fervorosa y religiosa creencia en el desarrollo económico capitalista, a partir del cual todos los misterios humanos y sociales serían un día descubiertos. En el final de la década, el capitalismo industrial se tornó una efectiva realidad en Brasil. Sin embargo, ni por eso la nación alcanzó su autonomía ni las “grandes masas” tuvieron resueltos sus problemas básicos y fundamentales, tal como creían que acontecería —en el ámbito del capitalismo dependiente— los optimistas científicos sociales brasileños en el inicio de los años 50. Fueron “tiempos de ilusiones”, afirman hoy algunos de aquellos intelectuales. Otros, en cambio, pretenden, en los días que corren, reeditar o crear el “ISEB de nuestros tiempos”. Nuevamente la flaqueza de la memoria (y de la teoría) ataca a estos ideólogos que juzgan representar los intereses de toda la nación. Más que eso: tales ideólogos procuran hacernos olvidar que es en la categoría de farsa en la que se encuadran los hechos, los personajes y las instituciones cuando ocurren por segunda vez en la historia social.

NOTAS SOBRE LA TEORÍA DEL DESARROLLO,
LA DEPENDENCIA Y LA REVOLUCIÓN:
ALGUNAS REFLEXIONES METODOLÓGICAS
E HISTÓRICAS *

THEOTONIO DOS SANTOS

Este trabajo se divide en tres partes. En la primera, hacemos un intento de reconstruir las fuentes principales de la teoría del desarrollo burguesa, sea en su versión imperialista, sea en su versión nacionalista-democrática. De esa reconstitución se destacan algunos elementos críticos que dieron origen a una elaboración teórica marxistas sobre el subdesarrollo, integrándolo en el marco del desarrollo desigual y combinado del capitalismo en su fase imperialista.

Esto nos lleva a una segunda parte, en que se recoge la noción de dependencia como mediadora entre las condiciones internacionales generadas por el desarrollo del capitalismo y las determinaciones específicas de los países que ocupan una posición subordinada y dependiente en este contexto internacional. Se puede ver, entonces, la relación entre los niveles internos y externos, los niveles de la dependencia económica y su relación con lo social, lo político y lo cultural. Asimismo, se resalta la especificidad que asume el desarrollo del capitalismo dependiente y su imposibilidad de crear una economía capitalista independiente, capaz de atender las necesidades mínimas de las masas, como sí fue posible de alcanzar dentro del capitalismo desarrollado. De esta manera, se muestra que el socialismo aparece como la única alternativa histórica a ese capitalismo dependiente.

En la tercera parte, se busca establecer en consecuencia cuál es la relación que se establece en esos países, entre las luchas antiimperialistas y democráticas y el socialismo. Se hace énfasis en las distintas combinaciones determinadas por las estructuras económico-sociales de cada país y su relación con la revolución mundial y la teoría revolucionaria.

* Originalmente escrito para la Mesa Redonda 1978, sobre "Socialismo y los Países en Vías de Desarrollo", realizada en Cavtat, Yugoslavia, septiembre de 1978.

I. Génesis y evolución de la teoría del desarrollo

La teoría del desarrollo se constituyó como una disciplina académica en la postguerra y en los años 1950. Estas fechas no son accidentales. Fue en esos años cuando emergió el movimiento de liberación nacional en las colonias y que las empresas norteamericanas y de otros centros capitalistas empezaron a invertir masivamente en los países dependientes. Para responder al desafío revolucionario en el mundo colonial (sea por los que querían impulsarlo, sea por los que querían combatirlo) y para establecer en países relativamente atrasados una economía industrial, era necesario conocer más en detalle los mecanismos del desarrollo económico. ¿Con qué antecedentes teóricos se podía contar?

1) En primer lugar, la teoría sociológica burguesa de la modernización, tal como se había configurado en Weber y en Durkheim, cuyos principios sociológicos eran comunes, a pesar de sus importantes diferencias metodológicas. La burguesía de fines del siglo XIX y comienzos del XX, había establecido un esquema dual de comprensión del mundo. Se imponía internacionalmente un sistema social nuevo nucleado en el individuo racional, y cuya conducta se ajustaba a una clara definición de sus fines (independiente del contenido de los mismos) y de los medios más económicos para alcanzarlos. La racionalidad no era solamente un tipo ideal de comportamiento. Por más que buscara ocultar su contenido ideológico, ese pensamiento partía de una filosofía de la historia que suponía que este tipo de conducta "racional" era un modelo superior de formación social que se impondría sobre toda la humanidad. El estudio de los pueblos tradicionales que no se ajustaban a esta racionalidad, tuvo primeramente un carácter estático cuyo objetivo fundamental era definir las diferencias esenciales entre lo tradicional y lo moderno. Posteriormente, debido a la necesidad de inducir un cambio más rápido en las sociedades tradicionales para ajustarlas a las nuevas condiciones del desarrollo de la economía internacional, surgieron los estudios de la modernización como un proceso de tránsito de lo tradicional a lo moderno o racional. Se trataba de implantar la racionalidad capitalista como un objetivo explícito, y se hacía necesario ajustar la investigación empírica a este objetivo más activo y dedicarse al estudio de los obstáculos culturales y de comportamiento que se interponían al cumplimiento de esta meta.

2) La segunda fuente disponible para elaborar una teoría bur-

guesa del desarrollo eran los estudios económicos burgueses sobre el crecimiento económico. La crisis de los años 30 había recuperado para el pensamiento económico el problema del ciclo y del crecimiento. La aparición de las crisis capitalistas planteaba la necesidad de inducir la intervención estatal en favor de la ampliación de la demanda. El descubrimiento de los mecanismos de "propagación" de los gastos estatales como reanimadores del sistema productivo, como creadores de empleo y de nueva demanda, parecían poderse aplicar a los países atrasados, induciendo en ellos un crecimiento económico que conduciría a la modernización de la sociedad en su conjunto.

3. La tercera fuente de reflexión disponible era la economía política clásica, que se había ocupado de los fenómenos de implantación del capitalismo como modo superior de producción frente a la economía rural premercantil y cerrada. Se trataba de rescatar de la economía clásica los elementos que permitiesen comprender las nuevas condiciones de distribución y circulación que hacían posibles la implantación de la división del trabajo y del cambio tecnológico como principios de la acumulación.

4. Pero había aún otra tradición teórica que no podía dejarse de lado. La economía política marxista había integrado varios elementos que permitían la comprensión del desarrollo de una economía atrasada:

a) En primer lugar, Marx había analizado las condiciones de la acumulación capitalista como una relación entre la producción de valores por la fuerza de trabajo, actuando sobre medios de producción y materias primas en un periodo socialmente dado y la remuneración de la fuerza de trabajo vendida en un mercado por un valor inferior al aporte de su trabajo.

A pesar del contenido revolucionario y crítico de tal descubrimiento, éste podía ser apropiado por un pensamiento reformista con el objetivo de estudiar la relación entre la producción de valores y el excedente generado y su distribución entre la burguesía rural, urbana y bancaria. La cuestión del desarrollo se podía plantear en buena medida como un problema de utilización del excedente económico en favor de las capas más avanzadas de la burguesía, que deberían aplicar racionalmente este excedente en nuevas inversiones capaces de aumentar la riqueza social, de generar empleos, etcétera.

b) En segundo lugar, Marx había analizado, a través de los esque-

mas de producción simple y ampliada, las condiciones de repartición que permitían no sólo la reproducción del sistema, como la acumulación de nuevos bienes y masas crecientes de plusvalía. Se trataba de transplantar tales descubrimientos teóricos al estudio de las sociedades en que este sistema de repartición empezaba a imponerse, para analizar las condiciones más favorables a su máxima aplicación. Tales esquemas, ligados a los "hallazgos" keynesianos de los mecanismos de propagación, permitían establecer ciertos modelos ideales de comportamiento de la economía en favor de su máximo crecimiento.

c) La tradición marxista incorporaba, en tercer lugar, los análisis de Hilferding, Lenin y Bujarin sobre el imperialismo, que permitían destacar la lucha por mercados en escala internacional, la relación entre el monopolio, la fusión del capital bancario e industrial y su relación con la inversión internacional de capitales, la explotación de la plusvalía de las colonias. A pesar del contenido crítico y revolucionario de esos descubrimientos teóricos, era posible también ponerlos al servicio de las burguesías revolucionarias de las colonias y países dependientes, para destacar la explotación de los monopolios internacionales sobre los países coloniales. A pesar de que muy pocos teóricos del desarrollo incorporaron tales planteamientos en sus análisis, aquellos sectores más combativos de los movimientos de liberación nacional, no dejaron de incorporarlos a sus planteamientos.

d) En cuarto lugar, la tradición marxista de los años 20 había dedicado un importante esfuerzo de reflexión al problema de la acumulación primitiva en el socialismo. ¿Cómo era posible inducir planificadamente el crecimiento de una nación atrasada? La idea de un Estado gestor capaz de realizar el crecimiento económico, no dejó de impresionar a un gran número de estudiosos del desarrollo económico, que buscaban aplicar tales conocimientos privilegiando sus aspectos materiales: necesidad de la hegemonía del sector de bienes de capital, creación de una infraestructura energética como condición del crecimiento, papel de la educación, etcétera.

e) Por fin, la tradición marxista también había desarrollado el estudio de los países dependientes: el papel de la burguesía nacional en las luchas de liberación nacional, los del campesinado, la intelectualidad y una clase obrera naciente; la relación entre la revolución democrática y la socialista, entre la estructura de clases

y la dependencia de la dominación imperialista habían sido objeto de reflexión de la 3ª Internacional y de teóricos de los países coloniales, como Mao Tsé Tung, el cual había además liderado una revolución socialista exitosa. No se podía dejar de lado estos aportes teóricos.

El campo de análisis de la teoría del desarrollo era pues muy amplio. Los modos de enfocar las condiciones que permitían el crecimiento eran también diferentes, dependiendo del sector social que los analizaba. El pensamiento burgués liberal ponía el énfasis en las condiciones de la modernización como sustitución del estadio tradicional. El pensamiento burgués o pequeño burgués nacionalista revolucionario ponía el énfasis en la dependencia, los cambios de la estructura social, el contenido de la industrialización y las condiciones internas de la acumulación. Sin embargo, ambas tendencias se interpenetraban y se influenciaban mutuamente, produciendo un eclecticismo teórico que era el resultado de la identidad básica en el enfoque y en los objetivos. Se trataba de extraer de los aportes teóricos existentes los elementos que permitiesen inducir el cambio tecnológico, económico, social y político y el desarrollo del capitalismo en los países atrasados. Se trataba de superar los prejuicios que planteaban que la raza, el clima y otros factores estáticos representaban un límite definitivo al desarrollo del modo de producción capitalista a escala mundial.

Pero no tardó en surgir una divergencia entre los dos enfoques. Ya en los años 50 se podía constatar que el desarrollo del capitalismo y la industrialización de estas nuevas regiones, no conducía al surgimiento de nuevas naciones capitalistas independientes, sino a una subordinación del crecimiento económico local al capital internacional, que reservaba un papel subordinado a la industrialización de estos países, así como a sus burguesías locales. La cuestión de la independencia y de la lucha antiimperialista no se agotaba en la lucha por garantizar un desarrollo industrial capitalista. Poco a poco se fue abriendo una brecha entre aquellos sectores que querían continuar el desarrollo de las fuerzas productivas locales de una manera independiente, nacional y capaz de atender las aspiraciones de consumo de las mayorías y las burguesías locales, que entendían poco a poco la imposibilidad de realizar ese desarrollo dentro de una economía mundial capitalista dominada por los grandes monopolios que controlaban la última tecnología, (que producía saltos enormes en un ritmo de trans-

formación rapidísimo del sistema productivo y de consumo, etcétera). Esa economía mundial capitalista estaba determinada por las enormes necesidades de financiamiento que suponían las nuevas inversiones altamente concentradas, en condiciones en que los monopolios internacionales disponían de grandes masas de financiamiento y contaban aún con el apoyo de un sistema internacional financiero controlado por los Estados capitalistas dominantes, particularmente el Estado norteamericano. Esa economía mundial desarrollaba, también, los medios de mercado modernos (publicidad, promoción de ventas, financiamiento del consumidor, etcétera) capaces de incitar patrones de consumo ajustados a las características de los bienes producidos por los monopolios internacionales.

La adhesión de las burguesías nacionales al capital internacional y su abandono al proyecto de desarrollo nacional, autónomo y popular, traía como consecuencia política la pérdida de su capacidad de controlar el frente político de obreros, pequeña burguesía y campesinado que apoyaba las consignas de la liberación nacional. Era pues comprensible que el frente ideológico se rompiera también. Esto llevaba, en la segunda mitad de los años 60, a una revisión de las fuentes teóricas (anteriormente señaladas) para situar el pensamiento burgués en un nuevo horizonte teórico, marcado por una nueva etapa de la lucha de clases en escala internacional y en el llamado Tercer Mundo.

La tradición teórica burguesa fue revisada e incorporó progresivamente el pensamiento monetarista, como mediación para entender la necesidad de un equilibrio presupuestario, de la balanza de pagos y de los medios de circulación del dinero y del crédito, y para asegurar un desarrollo capitalista más "equilibrado" en el cual se abandonaban las concesiones económicas y políticas a los obreros que componían el anterior frente nacionalista; a los sectores de clase media que habían hiperdimensionado un Estado, usado como instrumento del clientelismo político; a un campesinado apoyado en una economía rural decadente, que se convertía rápidamente en un proletariado agrícola asalariado. La acentuación de la crisis capitalista internacional hizo agudizar la necesidad de esta política que buscaba: a) restringir los créditos a las pequeñas y medianas empresas para permitir una plena canalización de los recursos financieros hacia las grandes empresas, en general, filiales locales de las corporaciones multinacionales-agentes con-

cretos de la expansión del capital en escala internacional; b) disminuir la presión salarial de los trabajadores y hasta rebajar sus salarios reales; c) aumentar las capas de técnicos y profesionales de formación moderna, capaces de servir a una expansión masiva de las inversiones internacionales a nivel local; d) aumentar las exportaciones de bienes industriales que usaban intensivamente mano de obra, y e) buscar un equilibrio de la balanza de pagos por la vía del aumento señalado de las exportaciones, por un lado, y a través de la "importación" de capitales, por el otro. A pesar de los efectos inmediatos, aparentemente favorables, que generó esa política de "milagros económicos", ya en la década del 70 pudo constarse sus fuertes limitaciones. Pero la teoría monetarista, combinada con un pensamiento neoclásico en favor de las grandes corporaciones, continúa su lucha por imponer sus principios en el pensamiento burgués hegemónico de los países dependientes.

Muchos autores no situarían este modelo teórico y de política económica dentro de la teoría del desarrollo. Ellos creen, en primer lugar, que el pensamiento monetarista se concentra en la búsqueda de ciertas condiciones de equilibrio y en segundo lugar, que su aplicación conduce a una regresión económica.

Es necesario señalar, sin embargo, que los pensadores más importantes de los países dependientes que utilizan tal esquema teórico, lo incorporan en el marco de una teoría del desarrollo. Para ellos, la política de estabilización económica, anteriormente descrita, hace una limpieza del terreno productivo en favor de una mayor eficacia económica y más altos patrones de productividad. La quiebra de las empresas medias y pequeñas es la derrota de la ineficacia, la imposición de las corporaciones multinacionales, es la victoria de la tecnología moderna y de la productividad. La limpieza del aparato estatal y la eliminación de sus "déficits" es la derrota de la demagogia populista parasitaria y la victoria de la tecnocracia, que impone patrones de eficacia administrativa y productiva en la empresa estatal. La imposición de un mecanismo cambiario más equilibrado significa no proteger a las empresas nacionales ineficaces y crear las condiciones de una competencia internacional saludable para el aparato productivo interno, promoviendo al mismo tiempo la especialización de la producción en los sectores económicos en que los países dependientes demuestran mayor poder competitivo. Y esa teoría afirma que, en el caso de algunos países ya industrializados, estas ventajas

comparativas pueden ser alcanzadas en los sectores industriales que, dentro del espectro de la tecnología moderna, emplean mucha mano de obra (factor abundante y barato en los países dependientes). Estas ventajas comparativas atraerán y de hecho atrajeron el capital internacional hacia esos países. Las victorias alcanzadas por los monetaristas, con un enfoque desarrollista, en algunos países (particularmente Brasil), parecía liquidar definitivamente la variante burguesa del nacionalismo económico. Sin embargo, ya en los años 1973-74 empezaban a configurarse los fracasos de esa política.

Estos fracasos motivaron dos tipos de reacciones dentro del pensamiento burgués.

Por un lado surgieron los grandes modelos econométricos e interpretativos internacionales que buscaban desarrollar grandes consignas para resolver los problemas internacionales, tales como el crecimiento cero, un nuevo orden económico internacional impuesto por las Naciones Unidas y no por la lucha de los pueblos, los modelos de tipo ecológicos alertando sobre los peligros de la "sociedad de consumo", etcétera. Estos grandes modelos internacionales pecan, sin embargo, por la falta de un movimiento de fuerzas sociales concretas que puedan imponerlos, además de las simplificaciones teóricas empiristas que reflejan.

Por otro lado, estimulados por los fracasos de la política monetarista y buscando aprovecharse de un relativo debilitamiento del imperialismo norteamericano, como resultado de la crisis económica internacional iniciada en 1967 y demostrada en la depresión de 1974-75, hubo en esos años un renacimiento del pensamiento nacionalista, pero en una versión cada vez más moderada. Su énfasis fundamental continúa siendo en las condiciones desfavorables del comercio mundial, particularmente el sistema de precios y las condiciones financieras. Pero hay una búsqueda creciente por articular una política internacional de precios de las materias primas que aprovecha el mayor poder de negociación de los Estados nacionales y sistematiza la política de carteles iniciada con la OPEP. Este poder de negociación fue ampliado en los últimos años como fruto de masivos procesos de nacionalización de empresas en los países de desarrollo capitalista dependiente. Asimismo, existe un entendimiento creciente de las tendencias de la economía internacional hacia una nueva división internacional del trabajo, que favorece el aumento de la exportación de productos industriali-

zados desde países del Tercer Mundo. En el plano interno no se plantean, sin embargo, cambios estructurales. Pero la necesidad de un apoyo político a tales medidas justifica la insistencia en mantener ciertos derechos de expresión y organización popular, los cuales se busca controlar, sobre todo, por una campaña de unidad interna de las fuerzas sociales nacionales para una lucha común en el plano internacional. Las fuentes teóricas de tal planteamiento no son muy diferentes de las que dieron origen a la teoría del desarrollo como disciplina, excepto en el énfasis creciente en el intercambio internacional, el cual ya existía anteriormente pero fue llevado a nuevos extremos. Es necesario señalar, sin embargo, que fue posible fundamentar ese tipo de nacionalismo de segunda hora, con un razonamiento pretendidamente marxista, como la teoría de Arghiri Emmanuel sobre el intercambio desigual. Esta teoría buscaba relacionar el sistema de precios internacionales a las condiciones salariales como fuentes de esos precios, para probar que a través del intercambio de bienes se formaba un sistema de explotación de los trabajadores de los países periféricos por los capitalistas y obreros de los países centrales. A pesar del carácter abstruso de la teoría emmanuelista del intercambio desigual, su inserción en el contexto de las luchas de liberación nacional del periodo revelan: a) la capacidad de la pequeña burguesía para continuar generando alternativas teóricas; b) la necesidad de tales alternativas en poner el énfasis en las relaciones internacionales comerciales, intercambio de mercancías, y c) la división que ella fortalece y promueve del frente obrero internacional.

Pero al lado de esa evolución del pensamiento burgués y pequeño burgués, la reflexión sobre el desarrollo económico ha entrado en una nueva etapa dentro de la economía política marxista. En los últimos años se produjo en Occidente un profundo movimiento intelectual basado fundamentalmente en la lectura crítica de *El Capital* de los *Grundrisse* y del capítulo VII, inédito, de *El Capital*.

Sin dejar de señalar la limitación de una lectura económica de Marx, es importante destacar, sin embargo, la importancia de retomar una línea de reflexión teórica que permita incorporar la noción de explotación como eje básico del funcionamiento del capitalismo contemporáneo. Asimismo, la relación entre la explotación, el proceso de valorización, el proceso de trabajo, la acumulación, el ciclo del capital, la reproducción del modo de producción

capitalista, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, permiten retomar el hilo teórico que puede dar fundamento a un análisis revolucionario del problema del desarrollo económico. Pero sería erróneo pensar que el descubrimiento de ciertos conceptos abstractos garantiza el rigor del proceso de apropiación teórica de la realidad concreta. En este sentido es necesario señalar algunos principios teóricos y metodológicos que tienen que estar presentes en el estudio del fenómeno del desarrollo de manera que permita completar los pasos teóricos que lleven a avanzar radicalmente en el estudio del fenómeno:

1. Hay que considerar el desarrollo económico como un proceso histórico. Es decir, se trata de las posibilidades y de las tendencias reales de continuar el desarrollo de las fuerzas productivas en escala internacional y de situar dentro de esas tendencias:

a) El papel de las tres grandes formaciones sociales contemporáneas (el socialismo, el capitalismo en los países dominantes y el capitalismo en los países dependientes) en el desarrollo de las fuerzas productivas en escala internacional. Se trata de determinar en qué medida las relaciones de producción capitalistas pueden resolver los problemas creados por el avance de la revolución científico-técnica y los procesos de concentración económica, centralización del capital, monopolización, intervención estatal e internacionalización de la producción y del capital que ella provoca y exige.

b) Las condiciones de funcionamiento de una economía cada vez más internacionalizada, pero aún apoyada en las estructuras económicas nacionales y de carácter desigual y combinado. Este carácter de las relaciones internacionales no sólo plantea distintas posiciones relativas dentro del contexto económico internacional (países dominantes y dependientes, contradicciones interimperialistas, etcétera) sino que obliga a estudiar empíricamente el papel de las luchas por afirmar las estructuras nacionales dentro de esta realidad (proteccionismo nacional creciente en los centros imperialistas, resurgimiento del nacionalismo en países dependientes, bloques de fuerza regionales, etcétera). Estas tendencias proteccionistas se refuerzan durante los periodos de depresión económica. Éstas tienden, desde 1967, a convertirse en el comportamiento normal de la economía internacional y deberán predominar aún por un periodo importante, hasta que el capitalismo pueda lanzar

las bases de un nuevo periodo de acumulación de capital en escala internacional.

c) Las condiciones teóricas y concretas que permiten la integración de los fenómenos nacionales con la contradicción internacional entre las dos principales formaciones sociales opuestas (capitalismo *vs.* socialismo). Esta contradicción incide, también, sobre las políticas económicas y los regímenes políticos de cada nación capitalista dominante o dependiente. Es así que se entrecruzan cada vez más las luchas antiimperialistas y socialistas, la lucha en contra de las tendencias fascistas y el socialismo, la lucha democrática y el socialismo, la lucha por el desarrollo económico y la superación del subdesarrollo y de la miseria, y la existencia de gobiernos populares capaces de conducir a una transformación socialista de la economía.

2. En segundo lugar, se trata de analizar el desarrollo de las fuerzas productivas como un proceso concreto de trabajo que se inscribe en distintas relaciones de producción y que sigue principios diferentes y hasta opuestos, de regularización y conducción. Es necesario entender, por tanto, las exigencias que se ponen al proceso de producción en general, al proceso de trabajo en especial y a los obreros aún más particularmente. En ese sentido hay una tendencia a la normalización de la producción según principios que se hacen universales, pero cuya aplicación en una sociedad socialista, capitalista dominante o dependiente resulta en procesos reales completamente distintos. Por esta razón no hay que ilusionarse porque hay una tendencia universal a utilizar ciertos principios tecnológicos básicos: cuando ellos se trasplantan hacia una economía planificada y de pleno empleo, liberan horas de trabajo productivo y aumentan la utilización del tiempo libre en el estudio, en el desarrollo científico y espiritual; por otro lado, al trasplantarse tales principios tecnológicos hacia una economía capitalista, ellos generan desempleo estructural, tiempo libre que se convierte en criminalidad y conflicto social, en subeducación y frustración; por fin, al trasplantarse hacia economías dependientes con enormes masas de subempleados, ellos agigantan los sectores marginados de la sociedad, aumentan los sectores de altos ingresos y por tanto la polarización social, la desigualdad y las contradicciones y al mismo tiempo desintegrar el aparato interno, convirtiéndolo en apéndice subordinado del internacional.

3. Las tendencias básicas de la economía mundial deben ser vis-

tas aún como un conjunto complementario: productivo, comercial y financiero. Un análisis que separa estos factores, en vez de establecer la jerarquía y la relación dialéctica entre ellos, conduce a un unilateralismo incapaz de captar la esencia del proceso histórico real. Asimismo, hay que integrar esos movimientos internacionales de medios de producción y fuerza de trabajo, mercancías y capitales, con las superestructuras jurídico-político-ideológicas.

4. La teoría del desarrollo debe pues romper definitivamente con su tendencia a ofrecer fórmulas ideales de crecimiento económico y de ajustes estructurales, para pasar a analizar el fenómeno del desarrollo en sus condiciones socioeconómicas estructurales, contradictorias e históricamente determinadas. Sólo en este contexto teórico se podrán situar correctamente las demandas para un nuevo orden económico internacional, las exigencias crediticias y de ayuda económica, las controversias sobre el gigantismo de los procesos de endeudamiento y otros desequilibrios internacionales, sobre el crecimiento de la economía militar y del comercio mundial de armas, etcétera.

5. Los enfoques internacionales son indispensables, pero no pueden dejar de redefinirse en función de las estructuras socioeconómicas nacionales y regionales y del papel protagónico de las clases sociales y de sus contradicciones. Las luchas de liberación nacional por el desarrollo nacional independiente, por el acceso de las masas al trabajo y al consumo, por ampliar su capacidad de decisión política y por la transformación revolucionaria del Estado, son partes integrantes y esenciales de la dinámica concreta del proceso histórico del desarrollo.

En conclusión, se podría afirmar que hay todo un camino de profundización de ciertos principios teóricos y metodológicos, en cuya definición se avanza en los últimos años y que sacan la teoría del desarrollo del plano abstracto y formal en que se situó su primera fase bajo la hegemonía burguesa. Hoy día, la elaboración burguesa asume ciertos principios de clase impostergables (monetarismo y favorecimiento de las corporaciones multinacionales, subordinación de las burguesías nacionales, asegurar condiciones de explotación elevadas para atraer el capital internacional, aumento de la intensidad del trabajo y del desarrollo tecnológico desde el punto de vista de la asimilación y aplicación de los principios y normas desarrollados en los centros dominantes, subordinación del aparato productivo local a la estrategia internacional de las

corporaciones multinacionales en función de una maximización de costos y de dominio de los mercados internacionales, etcétera). Por otro lado, la elaboración proletaria y popular se dirige hacia una clara visión de la estructura socioeconómica existente como una formación social concreta en escala internacional y local. En este contexto se destaca la cuestión de la transición al socialismo como una parte integral de una teoría del desarrollo, auténticamente identificada con los intereses populares.

Por último, cabría señalar la compleja relación entre discontinuidad y continuidad del proceso de elaboración teórica. Su inserción tan clara en la lucha de liberación nacional, democrática y de las clases revolucionarias lleva, de un lado, a una asimilación sistemática de esas preocupaciones en la vida universitaria, periódica y artística, sobre todo en los momentos de auge democrático localizados en general en ciertos países, regiones o instituciones que atraen la intelectualidad y los científicos expulsados de otras partes. Por otro lado, como consecuencia de esos avances, se producen violentos procesos de represión, dispersión de los centros de reflexión y de producción teórica y empírica y nuevas reagrupaciones en otros centros nacionales, regionales o institucionales.

En Brasil, entre 1961 y 1964, hubo una gran explosión teórica e intelectual. La radicalización del Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), el surgimiento de la Universidad de Brasilia, el debate organizado en la Facultad de Filosofía de São Paulo y en la Facultad de Economía de Minas Gerais, fueron los centros principales de atracción de la elaboración teórica y de la investigación. En Chile, entre 1970-73, la Escolatina, el Centro de Estudios Económicos y Sociales (CESO) y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) fueron los principales centros de polarización que recogían, en cierta forma, la experiencia investigativa de centros internacionales ahí localizados, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación y Estudios Sociales (ILPES) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), etcétera.

Desde 1973 en México se está reproduciendo esta situación con una mayor infraestructura local (material e intelectual), una mayor concentración de asilados y aprovechando un alto grado de elaboración que la reflexión teórica ya había alcanzado en este país. No se puede despreciar, asimismo, la constante influencia de Cuba

como centro de experiencia política y de irradiación intelectual e ideológica, siempre dinámico e interesado en comprender el proceso continental e internacional. Es necesario señalar aun el desarrollo de formas de intercambio y colaboración de los centros de investigación y enseñanza continental, como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Asociación Latinoamericana de Sociología, Asociación de Facultades y Escuelas de Economía y las experiencias de escuelas como FLACSO y Escolatina o iniciativas nuevas, como el Seminario Permanente sobre Latino América (SEPLA) y la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, etcétera.

No se puede olvidar también que en cada país del subcontinente hay un desarrollo de los centros de investigación y docencia, incluso bajo las dictaduras, que demuestran la vitalidad del empuje teórico en el subcontinente. En África y Asia existen también importantes centros de producción e irradiación que cuentan con el apoyo de gobiernos locales, el Movimiento de No Alineados, centros de investigación regional, etcétera.

En los países capitalistas desarrollados se puede constatar una mayor objetividad en el tratamiento del problema del desarrollo, como consecuencia de la influencia del avance del pensamiento de los países dependientes y de una crisis económica, social e ideológica muy profunda, que provocó un renacimiento del pensamiento científico en bases críticas y metodológicas nuevas.

En los países socialistas hay una evidente profundización y extensión cuantitativa de los estudios sobre el desarrollo, donde se reconoce también el aporte de los esfuerzos teóricos de los investigadores de los países dependientes.

Esta efervescencia teórica es una demostración de la gravedad del fenómeno concreto que se analiza, su dinamismo y la urgencia por resolver la crisis social que plantea esas inquietudes teóricas. La humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver, y si busca de manera amplia comprender el problema del desarrollo, del subdesarrollo y de la dependencia, es porque la cuestión está madura en búsqueda de una solución. La teoría es, sin embargo, solamente un momento del proceso de transformación concreta de la realidad. La verdadera transformación la hacen los pueblos en la lucha por su liberación, el desarrollo de su capacidad productiva, la eliminación de la miseria, el hambre, el desempleo

y el subempleo, luchas esas que son una parte esencial del proceso de emancipación del pueblo trabajador en todo el mundo.

II. *Dialéctica y niveles de la situación de dependencia*

El estudio de la evolución de la teoría del desarrollo revela sus debilidades básicas: su eclecticismo teórico y su formalismo metodológico. Ambas limitaciones teórico-metodológicas conducen a un tipo de análisis que aísla el análisis de los medios y los procedimientos propuestos para alcanzar el desarrollo de las condiciones históricas concretas en que éste se da. La abstracción de las condiciones históricas conducen no a una teoría aplicable a cualquier situación concreta como se pretende, sino a un conjunto de fórmulas vacías que escamotean la relación entre el desarrollo económico y las condiciones concretas de su realización dentro de una economía mundial que cambia su estructura en un proceso dialéctico de evolución histórica, proceso ese que conecta inevitablemente las estructuras del pasado, aun para aquellos países que se encuentran en etapas más atrasadas de desarrollo. En consecuencia, una teoría de desarrollo sólo es legítima en la medida en que logre insertar las experiencias nacionales en el cuadro de la evolución histórica de la economía mundial. La noción de la situación de dependencia se estableció como instrumento fundamental que permite relacionar la evolución de la economía internacional y los procesos internos de las economías y sociedades atrasadas en las distintas etapas de la historia mundial.

Los avances teóricos y empíricos alcanzados en el plano económico, social y político, permiten avanzar algo más en el desarrollo de la comprensión del funcionamiento de las formaciones socioeconómicas dependientes y de las implicaciones políticas que plantean dichos análisis.

La definición de las relaciones de dependencia como elemento central para comprender el funcionamiento de las sociedades latinoamericanas lleva necesariamente a plantear los niveles en que se establecen esas relaciones.

Si entendemos por dependencia una situación condicionante en que el desarrollo de algunos países afecta y modifica el funcionamiento de otros países o unidades socioeconómicas, dentro del desarrollo desigual y combinado del modo de producción capitalista en escala mundial, podemos plantear, en general, que este

fenómeno debe ser analizado en distintos niveles para captar toda la riqueza de determinaciones que encierra.

1. *La dialéctica de lo interno y lo externo*

La primera distinción de niveles que se plantea en la relación dialéctica que se establece entre las leyes de movimiento de una estructura de relaciones internacionales, cuyas determinaciones se encuentran en la dinámica de la acumulación capitalista en los países dominantes, y su entrelazamiento con economías nacionales que tienen su proceso de acumulación *condicionado* por su modo de inserción en esa economía internacional y, al mismo tiempo, *determinado* por sus leyes propias de desarrollo interno.

Las palabras *condicionado* y *determinado* quieren reflejar conceptos precisos. Una estructura socioeconómica dada tiene sus leyes de movimientos *determinados* por sus elementos constitutivos y las relaciones que establecen entre sí. Son esos elementos los que explican, en última instancia, sus leyes de movimiento. En términos dialécticos, todo fenómeno se mueve a partir de sus contradicciones internas, mismas que determinan y dan los marcos de posibilidad de sus acciones.

Pero los elementos internos que conforman una realidad no la agotan, ellos operan en ciertas *condiciones dadas* en un campo de acción que modifica su funcionamiento, permitiendo el pleno desarrollo de ciertas partes, bloqueando el desarrollo de otras, aumentando o disminuyendo las contradicciones que los oponen, introduciendo nuevos elementos sobre los cuales reaccionan los elementos internos, exigiendo su adaptación o llegando aun a romper las estructuras existentes. En la dialéctica entre estos elementos internos y el choque con una formación socioeconómica superior puede darse incluso una situación de impenetrabilidad, de resistencia absoluta que puede llevar a la destrucción total de las estructuras existentes y su reemplazo por otra distinta.

La dialéctica entre lo interno y lo externo debe partir de estos supuestos si no quiere transformarse en una visión simplista y formalista del proceso de movimiento. Si abandonamos el campo de esta digresión abstracta y buscamos insertarnos en la realidad internacional, vemos que el surgimiento y la expansión del modo de producción capitalista en escala internacional no puede soslayar esas leyes dialécticas.

El surgimiento del capitalismo en Europa Occidental sólo fue posible debido al crecimiento de la burguesía comercial y financiera, como entidad relativamente autónoma del orden feudal, al mismo tiempo que la debilidad relativa de la nobleza en Europa no permitió sojuzgarla. La monarquía europea, al contrario de las orientales, sólo se impuso a través de una alianza con la burguesía naciente y su desarrollo histórico sólo fue posible en la medida en que la monarquía asoció su destino a la expansión del comercio mundial y al desarrollo interno de las manufacturas. La inserción de Europa en el comercio mundial de los siglos XIII al XVI vino a fortalecer así una burguesía en proceso de afirmación y debilitar una nobleza raquítica, aislada y poco capaz de unificar los diferentes y contradictorios intereses locales de los feudos.

La burguesía se desarrolló en Europa occidental en oposición a los intereses locales, instrumentalizó el Estado absolutista en favor de sus manufacturas y supo aprovechar los resultados de la expansión europea, creando las bases de un nuevo modo de producción que, apoyado en la concentración, cooperación y división del trabajo generada en las manufacturas, pudo avanzar hacia la separación radical entre la propiedad de los medios de producción y la de la fuerza de trabajo, junto con la incorporación de la maquinaria y la creación de la fábrica moderna. Como resultado histórico de este proceso surge la gran industria y se impone de manera irreversible el modo de producción capitalista.

La imposición del modo de producción capitalista en Europa Occidental, particularmente en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica y Holanda a mediados del siglo XVIII y comienzos del XIX pasó a condicionar el desarrollo del capitalismo en otras partes. Desde entonces se pudo constatar que la forma que asumió la revolución burguesa en estos países no se repetiría en otras partes, a pesar de conservar sus elementos esenciales. La lucha de otras burguesías por imponerse internamente encontraba dos elementos nuevos muy importantes, que la burguesía alemana conoció muy directamente: desde el punto de vista interno la imposición de la gran industria en una etapa ya avanzada del desarrollo tecnológico, se confundía con el crecimiento inmediato de un proletariado industrial que radicalizaba e introducía objetivos propios dentro del proceso democrático revolucionario; desde el punto de vista externo, la afirmación de la unidad nacional en contra del feudalismo local abría el mercado interno en formación a la competencia de

los centros industriales más avanzados. El capitalismo liberal es sustituido por el proteccionismo y la revolución democrática por la reforma desde arriba. La dialéctica de lo interno y lo externo asume así una nueva forma en las nuevas experiencias de desarrollo capitalista en la segunda mitad del siglo XIX.

América Latina vive una situación diferente a la de esos países. Habiendo desarrollado una manufactura importante en el siglo XVIII, ésta tuvo la constante oposición de la Corona, de los comerciantes locales y de la oligarquía agraria y minera. La lucha por la independencia parecía abrir camino a una explosión de masas capaz de romper el yugo de las economías regionales, a la dominación externa del capital comercial y financiero europeo. Sin embargo, los comerciantes y financistas ingleses tenían mucho que ofrecer a una economía profundamente debilitada por años de guerra civil. La participación de sectores latifundistas en la guerra de liberación les permitía mantener y hasta profundizar su hegemonía en la sociedad local, la que compartían solamente con los comerciantes, sobre todo aquellos dedicados al comercio internacional. A esta estructura de dominación de tipo oligárquico se sumaban los préstamos ingleses para constituir los Estados Nacionales en el marco de una dependencia al capital dinero de los centros dominantes. Como consecuencia de este marco oligárquico terrateniente-mercantil en que se subsumió la lucha independentista, es comprensible la insuficiente voluntad de romper relaciones serviles en la producción agrícola y minera y la conservación de una estructura de producción manufacturera de tipo arcaico, incapaz de desarrollar, como en Europa y Estados Unidos, las potencialidades de la concentración, la cooperación y la división del trabajo que se bosquejaban dentro de las unidades manufactureras. Esa debilidad favorecía, por consiguiente, la competencia de los productos manufacturados por la industria europea y deprimía el impulso revolucionario de las fuerzas productivas locales, la separación entre el productor libre y el propietario de los medios de producción, en síntesis, el desarrollo del modo de producción capitalista.

El enorme desarrollo del comercio internacional en la segunda mitad del siglo XIX vino a reforzar la tendencia hacia una economía dependiente de los principales centros industriales. La lucha que se desarrolló en el decenio de 1840-50 entre los artesanos y dueños de las manufacturas locales y los comerciantes y latifundistas, era absolutamente desigual. Aquéllos tendrían que imponer

una protección de un Estado incipiente a sus manufacturas en contra de la importación de productos industriales mucho más baratos, que se importaban con las divisas obtenidas por una agricultura y una minería en expansión, pues atendían a una demanda creciente en los centros de acumulación internacional del capital. La mano de obra recién liberada de los lazos serviles o aun subyugada a ellos, se destinaba masivamente a las explotaciones agrícolas o mineras exportadoras. Los latifundistas y comerciantes enriquecidos utilizaban sus recursos para canalizar la mano de obra desde las regiones decadentes o mismo desde el exterior hacia los nuevos centros de producción. Se imponía un modelo de desarrollo que permitía el rápido enriquecimiento de una oligarquía poderosa y que llevaba a la modernización urbana y al desarrollo de una clase media que apoyaba los esquemas cosmopolitas de la oligarquía agraria o minero exportadora.

La oligarquía exportadora dominaba no sólo los centros básicos de producción agraria o minera, sino también las actividades comerciales y los servicios que daban ocupación a esa clase media naciente. Es importante considerar también que las actividades agrario minero-exportadoras, bajo la hegemonía oligárquica, generaban las divisas para importar los productos manufacturados de Europa, consumidos por la clase media. De esta manera, la clase media se asociaba al modelo exportador por más inconveniente que le resultara la dominación a que la conducía su dependencia de la oligarquía comercial-exportadora.

Aquí, otra vez, las leyes internas de desarrollo de un capitalismo incipiente encuentran una manera de inserción en las condiciones generadas en el exterior por el capitalismo hegemónico. Los elementos internos que *determinaban* el paso a una etapa de desarrollo capitalista tienen su desarrollo *condicionado* por las tendencias de la economía capitalista internacional, cuya dinámica no controlaban. Las bases de un desarrollo capitalista local, generadas por la decadencia de la aristocracia agraria y minera colonial y por el progresivo rompimiento de las relaciones de producción serviles o esclavistas, no sirven de sustento a un capital industrial cuyo carácter incipiente le hacía incapaz de competir en un mercado mundial en formación, sino a una nueva burguesía comercial, agraria y minera, que conserva muchas características del pasado.

Por esta razón, nuestra revolución burguesa quedó a mitad de camino. Las tesis liberales fueron asumidas por la oligarquía

comercial, minera y agraria y los intentos proteccionistas quedaron en manos de los débiles grupos artesanos y manufactureros. Éstos, por otro lado, se fueron debilitando con el surgimiento de industrias capitalistas, complementarias del sector exportador. El carácter dependiente de esas industrias limitaba el empuje de una burguesía industrial naciente y la subyugaba estructuralmente a los intereses del sector exportador. Ésta no sólo generaba el mercado básico para el sector industrial, debido a la demanda de los trabajadores y capitalistas que no podía ser atendida totalmente con productos importados, sino también destruía el sector artesanal-manufacturero localizado en las zonas rurales que no resistía al proceso de especialización de la actividad agrícola debido a la creciente demanda generada por una agricultura cada vez más especializada, dirigida mayormente a la exportación. Al mismo tiempo, las actividades exportadoras demandaban productos industriales para embalaje, etcétera, y se establecían las bases para la industrialización de algunos productos exportados.

Es así que en el siglo XIX se crean estructuras socioeconómicas exportadoras, basadas fundamentalmente en un capitalismo comercial y agrario que origina elementos de un incipiente capitalismo industrial y que comienza a desarrollar una división social del trabajo cada vez más diversificada, y también las bases de relaciones de producción capitalista en los sectores agrícola, comercial, de servicios e industrial. Esta estructura socioeconómica se configura según ciertas demandas del comercio mundial, y según una nueva división del trabajo en escala internacional, que la acumulación capitalista generaba en los centros dominantes.

Las leyes de desarrollo del capitalismo internacional actúan, pues, sobre estas formaciones socioeconómicas impulsando su transformación en una relación dialéctica con sus elementos internos y generando leyes de movimiento propias que no son las de la acumulación capitalista pura sino modificaciones de éstas, determinadas por una posición subordinada y dependiente en la economía mundial. Pero ¿es posible comparar este desarrollo con la acumulación capitalista pura? ¿Este no es, simplemente, un caso más de desarrollo capitalista? ¿Por qué ver en él una especie de desarrollo a medias, insuficiente, contrahecho?

En este momento de nuestro estudio se plantea un importante problema teórico. Habría que elevar el nivel de abstracción de las preguntas anteriores y plantear: ¿qué relación existe entre una

estructura capitalista pura y sus modos de funcionamiento concreto?, ¿qué relación existe entre un modo de producción puro y sus modalidades históricas concretas?

Un modo de producción es al mismo tiempo el producto de ciertas condiciones históricas concretas y una estructura de relaciones determinadas que tiende a reproducirse y ampliarse. Por esto, el método dialéctico lo aprehende a través de categorías lógico-históricas. Pero al haberse desarrollado una categoría, ésta se separa de las condiciones concretas de su surgimiento histórico para convertirse en una abstracción pura, en un concepto simple articulado a otros conceptos más concretos, en un concreto abstracto que puede operar en condiciones particulares distintas, en las cuales actúan otras determinaciones. La pugna entre historicismo y estructuralismo es un planteamiento superado por la dialéctica materialista. La dialéctica incorpora en una misma realidad y un mismo sistema de categorías y conceptos, lo histórico y lo estructural.

El modo de producción capitalista, con sus categorías puras de análisis, corresponde a una estructura de relaciones cuyo movimiento determina el proceso histórico concreto, aunque actúe en una realidad que obstaculiza en parte su movimiento al integrar otros elementos que no se someten a la determinación del modo de producción puro.

Por esto un capitalismo que se impone sin el dominio de su mercado interno, sin alcanzar su soberanía, sin determinar internamente su proceso de acumulación y reproducción, sin desarrollar hasta sus últimas consecuencias la separación entre la propiedad de los medios de producción y la de la fuerza de trabajo, sin separar radicalmente la propiedad de la tierra y el capital, sin la base esencial de la acumulación capitalista que es la gran industria, sin apoyarse en el desarrollo tecnológico determinado por la hegemonía de la plusvalía relativa en el proceso de acumulación, sin una burguesía industrial, etcétera, está condenado a reflejar en su interior una contradicción constante entre los elementos del modo de producción capitalista que da fundamento a su movimiento histórico y la ausencia de los elementos capaces de permitir su pleno desarrollo como modo de producción. Estas formaciones sociales concretas están condenadas, al mismo tiempo, a buscar un compromiso entre estos elementos contradictorios que las conforman y la necesidad de romper esos compromisos para

permitir el pleno desarrollo de este fermento que las dinamiza, esto es, las relaciones de producción capitalistas contrahechas debido a la manera particular y concreta de su inserción en el proceso de expansión capitalista mundial.

La dialéctica de lo interno y lo externo se hace, pues, carne en estas formaciones sociales capitalistas dependientes. La forma de lo interno, su modo de funcionamiento, su especificidad son de manera aparentemente paradójica, la expresión de su inserción en lo externo.

2. Los niveles de la dependencia

La dialéctica se hace también carne cuando buscamos diferenciar los niveles en que se mueve este concreto histórico, que son las formaciones sociales dependientes.

En lo económico encontramos de inmediato la compleja relación entre las formas de intercambio comercial condicionadas por un mercado mundial capitalista muy desarrollado en la etapa monopólica-imperialista, una división internacional del trabajo fruto de la combinación entre las leyes de los costos comparados y la acción de los monopolios orientando su movimiento, un mercado internacional de capitales en busca de bajos costos y elevadas tasas de ganancia y el desarrollo de un capitalismo agrario y minero basado en la explotación extensiva de la mano de obra local o emigrante, recién liberada del servilismo y/o de la esclavitud, desprovista del acceso a la tierra, acumulada ávidamente por capitalistas aventureros apoyados en un ejército liberador que se confundió, paso a paso, con los intereses de la nueva estructura agrario o minero-exportadora.

Desde este momento se diferencian y se mezclan, en un movimiento histórico complejo, estos cuatro niveles de la dependencia económica: el nivel del intercambio desigual entre la exportación de bienes primarios y la importación de bienes manufacturados; el nivel, que se va evidenciando posteriormente del pago unilateral por parte de los países dependientes de los servicios por transporte y por tecnología; el nivel del movimiento unilateral de capitales (primero básicamente en cartera y sobre todo posteriormente de inversión directa); y, por último, el nivel de la sobreprotección de la fuerza de trabajo local o emigrada.

El desarrollo ulterior del capitalismo dependiente mostrará que

era muy difícil romper esos condicionamientos en que se movía. La superación de unas formas de condicionamiento sólo hacían elevar el cuadro de la dependencia a condiciones nuevas más complejas y más limitadoras.

La literatura económica y sociológica de América Latina ha entregado sucesivamente ejemplos de expectativas libertarias y constataciones posteriores de su fracaso.

Como vimos, el capitalismo dependiente estaba necesariamente escindido entre sus elementos revolucionarios y sus elementos dependientes y conservadores. La burguesía local sólo muere en una etapa para renacer en otra, con objetivos similares, pero modificados y adaptados a las nuevas formas de dependencia. Los dueños de manufacturas y artesanos latinoamericanos que participaron en las revoluciones europeas de 1848 fracasaron de manera ostensible frente a las oligarquías exportadoras. Ellos se asemejaban muy poco a sus sucesores, los financistas de 1860-1870, que buscaron crear empresas capitalistas modernas y se vieron aplastados por la estrechez de nuestros mercados internos. Éstos, a su vez, se parecían sólo lejanamente a los primeros industriales de fines del siglo pasado y principios del presente en México, Brasil, Argentina y Chile. Ellos crearon las bases de una industria completamente dependiente de la estructura exportadora, alcanzando un auge importante durante la Primera Guerra Mundial para caer, enseguida, víctimas de la competencia de las manufacturas extranjeras en los alegres años 20 de recuperación capitalista internacional. Estos burgueses industriales se emparentaban lejanamente a aquellos nuevos y modernos industriales que, aprovechándose de la baja de las importaciones manufactureras de los años 30 y de la crisis revolucionaria desencadenada en nuestros países en el contexto de la crisis general del capitalismo, crearon un paquete industrial suficientemente amplio como para aspirar a un desarrollo nacional autónomo como lo definían sus ideólogos. Sin embargo, terminaron aplastados por la entrada masiva del capital extranjero apoyado en la tecnología concentrada y sofisticada, desarrollada después de la Segunda Guerra Mundial, que terminó por imponerles la condición de socios menores del capital internacional, ya en la segunda mitad de los años 50. Y esos burgueses industriales nacionalistas poco se alineaban con las nuevas expresiones de una gran burguesía financiera-industrial, comercial y de servicios, que logró articularse en el auge desarrollista generado por la entrada masiva del capital

internacional entre 1950 y 1970. Ella buscaba abrir un cauce de desarrollo industrial dependiente, sin aspiraciones autónomas, en alianza con el capital internacional, al que pide abra sus mercados a los productos manufacturados de menor nivel tecnológico, apoyándose en la fuerza de sus Estados nacionales y buscando capacidad de maniobra propia. Este sector se siente capaz de ejercer presiones políticas sobre los centros imperialistas en la actual situación de crisis capitalista internacional y de crecientes contradicciones interimperialistas. Pretende explotar esta situación en un movimiento tercermundista que utilice las materias primas y los productos agrícolas como fuerza de presión internacional, alcanzando resultados poco halagadores.

En los últimos años este capitalismo local renació tras la onda expansiva de un capitalismo de Estado que se amplió, tendiendo a crear la infraestructura para las nuevas etapas de inversión capitalista internacional y local. Su carácter dependiente lo conduciría al mismo destino de sus antecesores, pues a pesar de que hoy día su fuerza es más concentrada que la de la burguesía industrial de los años 30 y 40, la de sus competidores internacionales (las actuales corporaciones multinacionales y conglomeradas y los poderosos Estados imperialistas en que se apoyan) es muchas veces aún más poderosa. Ésta es la etapa histórica en que los poderes financiero e industrial internacionales se articulan en una fase superior de centralización y concentración de capitales, mientras que las gigantescas inversiones de las corporaciones multinacionales en el desarrollo científico y tecnológico introducen nuevos elementos en la acumulación capitalista, que las burguesías dependientes no pueden ni de lejos dominar.

La historia de los intentos de afirmación de una burguesía local, resumida anteriormente, es la historia de un desarrollo capitalista dependiente, de un capitalismo retrasado que sólo alcanza a avanzar imitando los pasos dados por el capitalismo dominante.

No puede romper las cadenas del atraso que le imponen, no sólo sus relaciones internacionales sino sobre todo sus estructuras internas concentradoras y excluyentes. Sólo es capaz de desarrollarse en base a la explotación de mano de obra barata, pero no puede absorber masivamente su fuerza de trabajo y crear un mercado libre suficientemente amplio como para dar origen a una industrialización que integre los sectores de la industria pesada y de la moderna tecnología; y mucho menos es capaz de generar su propia

tecnología y de realizar un importante esfuerzo interno que sirva de núcleo generador de procesos de acumulación.

Por esta razón, los niveles de la dependencia económica se condensan en nuevas formas y se agigantan los problemas en el momento exacto en que parecían próximos a resolverse.

Las nuevas etapas de industrialización no logran romper los límites de las actuales metas impuestas por la división internacional del trabajo —que reserva a estos países— los campos tecnológicos desplazados de los lugares claves del sistema. El monopolio de la tecnología, por parte de los países altamente industrializados, les garantiza el monopolio de la inversión y los altos precios de los productos exportados, en comparación con los precios decadentes de los productos industriales que empiezan a exportar algunos países dependientes de industrialización más avanzada.

Las relaciones de precio continúan pues deteriorándose, a pesar del surgimiento de nuevos *items* de exportación. Al mismo tiempo, los países dependientes no pueden abandonar totalmente la exportación de sus productos primarios. Éstos pasan muchas veces a ser exportados por entes estatales, con la complicidad de los antiguos inversionistas imperialistas, interesados en abandonar no sólo la producción de productos primarios, sino también las inversiones en servicios públicos y otras actividades tradicionales. Los pagos recibidos como indemnización, por la nacionalización de sus empresas tradicionales, son invertidos en nuevas actividades industriales o en el control de la comercialización internacional de los productos exportados por las empresas estatales, que no disponen en general de la fuerza y de la voluntad política para enfrentar un mercado internacional monopolizado por las mismas empresas multinacionales.

La incapacidad de determinar completamente las condiciones de funcionamiento del sector exportador cada vez más estratégico, conduce a un desmejoramiento progresivo del balance comercial, ya que con las divisas de exportación se pueden comprar las máquinas y materias primas industrializadas con las que opera un parque industrial nacional, creado como mediador en un sistema productivo internacional que no controla. Al déficit creciente del balance comercial se suma el de servicios (fletes y “royalties” básicamente) y de capitales directos (inversión directa inferior a las ganancias remitidas). En consecuencia, se origina un balance de pagos cada vez más negativo que sólo puede sub-

sistir con la ayuda de créditos del exterior y de un endeudamiento acumulativo, ya que solamente los pagos de servicios de la deuda consumen la mayor parte de los nuevos préstamos recibidos.

Como consecuencia de esta negativa situación internacional, se refuerzan los mecanismos internos de superexplotación, concentración y monopolización. También se hace cada vez más patente la incapacidad del capitalismo dependiente para incorporar la mano de obra local, liberada de los sectores económicos tradicionales en crisis. Se mantiene un mercado interno siempre estrecho y se profundiza una concentración violenta del ingreso en manos de los sectores improductivos y especulativos. Por fin, se reafirma una creciente desnacionalización y desarticulación del aparato productivo nacional mientras que se refuerza su posición dependiente de la economía internacional.

De esta manera se repite el ciclo de la dependencia a un nivel superior. Interactúan todos los elementos de la dependencia: relaciones comerciales desfavorables y nuevas etapas de la división internacional del trabajo, importación de capitales y exportación de ganancias, a lo que se agrega un endeudamiento creciente. Se refuerza la dependencia tecnológica, y las leyes de superexplotación de la fuerza de trabajo se expresan en la concentración del ingreso, en la estrechez del mercado interno y en su contrapartida lógica: la debilidad del aparato productivo. Se refuerza así la dependencia bajo la lógica de hierro de la acumulación capitalista internacional, altamente concentradora, excluyente y empobrecedora de las mayorías.

Lo que ocurre en el nivel económico se reproduce igualmente en lo social y lo político. La lógica de la exclusión y del desarrollo raquítico de las economías dependientes es la misma que convierte a sus burguesías en simples enanos que aspiran a su desarrollo completo, pero lo sacrifican prontamente al capital internacionalmente hegemónico. Burguesías cada vez más temerosas de sus clases obreras, a las que ya no se sienten capaces de manipular mediante un gran plan de desarrollo nacional como en los años 30 y 40. Al mismo tiempo, ven con temor desarrollar en esa clase obrera concepciones ideológicas y políticas autónomas, de carácter socialista. Para enfrentar tal situación política, la burguesía internacional y sus socios locales ejercitan desde la violencia fascista más descarada para aplastar esas tendencias socialistas crecientes, hasta los intentos de favorecer una concepción social-demócrata que organice

la clase obrera (más fuerte y políticamente más consciente de las anteriores manipulaciones populistas) dentro de una perspectiva de conservación del sistema capitalista, reformándolo ligeramente e integrando políticamente a esa clase, cuya independencia política puede alterar profundamente los cuadros sociales y políticos.

Pero se hace necesario a esta burguesía controlar no sólo a su clase obrera, sino también a otros sectores sociales víctimas de la violencia explotadora del capitalismo dependiente: asalariados, masas pequeño burguesas y campesinos y un inmenso subproletariado concentrado en las zonas marginales de las grandes ciudades. En una situación de creciente crisis del capitalismo dependiente, esta salida social-demócrata tiene perspectivas poco sólidas y limitadas. Se crean así verdaderos “cuellos de botella” políticos que llenan de desconcierto a las clases dominantes, y abren camino a aquellos aventureros que demuestren capacidad de controlar políticamente la situación. Se abren así las puertas del poder a los militares y a los grupos fascistas que muestren tal capacidad política.

De esta forma, los niveles económico, social, político e ideológico de las relaciones de dependencia se articulan en un proceso histórico cuyo movimiento sólo puede ser aprehendido en una dinámica donde la dominación y la dependencia escriban una sola historia del sistema económico mundial. Este desarrollo desigual y combinado del capitalismo mundial va renovando, en etapas cada vez más complejas, su carácter explotador, concentrador y pauperizador de las grandes masas. La inestabilidad política inherente a esta dinámica económico-social lleva así a intentar soluciones social-demócratas (que sustituyen el desgastado populismo nacionalista y democrático de los años 30 a los 50), o a dictaduras militares de corte fascista que impongan las transformaciones modernizadoras que exige la acumulación capitalista monopolista, concentrada y centralizada, propia del gran capital internacional en la etapa actual de la división internacional del trabajo y de la internacionalización del capital.

III. *Lucha antiimperialista, democracia y socialismo*

Los dos capítulos anteriores nos señalaron las limitaciones teóricas del pensamiento burgués para enfrentar y explicar la acumulación capitalista en condiciones de dependencia, y las limitaciones econó-

micas y políticas del capitalismo dependiente para proponer un desarrollo económico independiente y popular, capaz de generar un consenso social y una democracia política estable. En estos planteamientos queda claro que en estas formaciones sociales capitalistas dependientes las tareas democrático-burguesas pasan a ser impulsadas por las clases y capas sociales dominadas, en constante rebelión contra el estado de cosas existente. Se produce así un complejo proceso de articulación entre las tareas antiimperialistas o de liberación nacional, las aspiraciones populares por la elevación de sus niveles de vida y la redistribución del ingreso, la existencia de una democracia política que permita alcanzar tales objetivos y las tareas superiores de carácter socialista que consagren los objetivos antes señalados, a través de un Estado que imponga los intereses populares sobre las clases dominantes, locales y extranjeras y realice una planificación racional de los recursos tradicionales, según el principio de la propiedad social.

Esta compleja articulación entre las tareas democráticas burguesas y socialistas no es un problema de fácil solución teórica y política, pues ella varía según las distintas estructuras socioeconómicas. En cada país dependiente se encontrará una situación distinta en cuanto:

a) El peso de la burguesía local y de la burguesía internacional que depende de la orientación de las inversiones del grado de desarrollo de la industrialización, de la concentración y monopolización, de la centralización de capitales, del compromiso del Estado en la acumulación del capital. Estos elementos afectarán, asimismo, las contradicciones entre el capital agrario y minero-exportador y el industrial, entre el capital monopolístico y el no monopolístico, entre el capital orientado hacia el mercado interno o internacional, entre los distintos capitales internacionales y de éstos con el capital local.

b) El grado de desarrollo del proletariado industrial, su conciencia política, su capacidad de aliarse y hegemonizar a las otras clases y capas dominadas, tales como la intelectualidad, la pequeña burguesía, el campesinado, el subproletariado. Es fundamental comprender la relación entre este proletariado y la burguesía nacional que busca, en mayor o menor medida, su apoyo para las luchas en contra del capital extranjero y las oligarquías agrario o minero-exportadoras.

c) El grado de desarrollo del aparato institucional —particular-

mente el Estado y los aparatos ideológicos— por cuya hegemonía lucharán las distintas clases y fracciones de clase, en condiciones democráticas más o menos avanzadas o dictatoriales. En este sentido, tiene especial importancia la posición de los militares como expresión más importante del poder represivo.

Estos factores pesan sobre el desarrollo concreto de la lucha de clases en cada país, y también la importancia relativa que asume en los distintos momentos históricos las tareas antiimperialistas, democráticas y antimonopólicas.

Para llegar a una visión completa del problema, es indispensable considerar el peso de las relaciones internacionales. El grado de desarrollo del campo socialista por un lado, y las contradicciones interimperialistas por otro, el grado de compromiso y sensibilización del movimiento obrero y antiimperialista en los países dominantes en cuanto a las distintas luchas nacionales, las cuestiones geopolíticas que pueden llevar a una interrupción más o menos feroz del imperialismo y más o menos solidaria del campo socialista, etcétera.

El movimiento popular en los países dependientes no puede pues elaborar una estrategia apriorística de carácter universal y esquemático. Por el contrario, debe responder a las características locales y a las especificidades que cada vanguardia revolucionaria identifique a través de un gran conocimiento de su realidad local, tanto económico-social, como política y cultural.

En el plano cultural esas especificidades son particularmente importantes, sea por la presencia de tradiciones nacionales religiosas, de civilizaciones aplastadas por la colonización, o por la presencia de diferencias étnicas, nacionales y hasta tribales en muchas regiones, aprovechadas por el enemigo como instrumento de división de las fuerzas populares.

Es pues inevitable aceptar que la lucha por el socialismo en los países dependientes deberá recoger esas especificidades nacionales, y hasta regionales. Pero también es claro que hay elementos generales en estos países que identifican las leyes fundamentales de las revoluciones, tales como la lucha antiimperialista, la lucha por una democracia apoyada en las masas, los frentes de las fuerzas populares de contenido más o menos amplio, según la identificación de las burguesías locales con el imperialismo, y la necesidad del socialismo como forma final inevitable para coronar las tareas democrático burguesas debido a la imposibilidad de alcanzar, en

la época del imperialismo, un capitalismo independiente, nacional y popular.

La capacidad de combinar de manera creadora y audaz estos elementos políticos, según las condiciones concretas de cada país, será la clave para la victoria del movimiento popular en las distintas situaciones nacionales del Tercer Mundo. Para este fin, el desarrollo de un pensamiento marxista libre de prejuicios, capaz de entender las condiciones de la lucha de clases a nivel internacional y sus especificidades a nivel local, es una condición indispensable. Los aportes teóricos desarrollados en los últimos años para entender la dependencia y el subdesarrollo, forman un acervo indispensable para la elaboración de una estrategia y táctica revolucionaria, capaz de recoger dialécticamente lo concreto de la situación histórica de los países dependientes y sus perspectivas revolucionarias.

El movimiento obrero y popular, los Estados socialistas y progresistas y el pensamiento socialista internacional, deberán esforzarse por encontrar la ligazón orgánica entre las luchas revolucionarias de las fuerzas populares de los países dependientes, la lucha por el socialismo y la democracia en los países capitalistas desarrollados e imperialistas y la construcción del socialismo en los países del campo socialista. Toda elaboración teórica y política que desvincule esas luchas en nombre de intereses nacionales, de un etnocentrismo europeo y norteamericano, pero también de un tercermundismo que divide el mundo entre países desarrollados y subdesarrollados, entre potencias y superpotencias, sin distinguir las diferencias entre el campo socialista y el capitalismo y las contradicciones de clase en el interior del campo capitalista, cumple un papel reaccionario.

Si es verdad que tenemos que reconocer las especificidades nacionales como conducción de eficacia revolucionaria, si tenemos que reconocer la necesidad de analizar esos intereses nacionales y de identificar la lucha revolucionaria del Tercer Mundo con esos intereses, no podemos dejar de reconocer y analizar la convergencia dialéctica inevitable y necesaria entre la realización de esos intereses nacionales, la lucha común internacional antiimperialista y la construcción del socialismo en escala mundial como única alternativa democrática, racional y coherente al subdesarrollo y sus miserias, a la agresividad imperialista y la amenaza de la guerra mundial que ella encierra, a la humillación y sojuzgamiento que viven las clases y pueblos dominados y explotados.

La esencia del internacionalismo, guiado por un pensamiento materialista-dialéctico, está pues en reconocer la unidad de la lucha internacional por la democracia, el socialismo y la paz en la diversidad y especificidad de situaciones concretas nacionales.

Tal constatación obliga a una gran tolerancia y comprensión entre las fuerzas revolucionarias y progresistas y el desarrollo de un marxismo vivo y creador. Esto obliga a analizar cada experiencia revolucionaria de los pueblos que alcanzaron sus victorias nacionales en contra del imperialismo, en construcción al socialismo, como una realidad específica de la cual se pueden retirar leyes generales, sólo en la medida que esas leyes se inserten en su discurso teórico capaz de entender las nuevas condiciones históricas generadas por el avance del socialismo y del imperialismo en escala internacional, y las especificidades de cada situación nacional, de cada revolución en este contexto internacional. Las opciones que pueden llevar a los revolucionarios a apartar los ojos de la situación concreta de sus pueblos, serán contrarrevolucionarias. Todo lo que lleve a rescatar de esa situación concreta una especificidad que no se incorpore al proceso mundial de la lucha revolucionaria, será también contrarrevolucionario y hasta podrá tener consecuencias reaccionarias.

La crítica al formalismo de la teoría burguesa del desarrollo no deberá ser un esfuerzo vano, sino una recuperación de la fuerza del pensamiento dialéctico, cuyo rigor teórico y conceptual sólo se considera completo cuando es capaz de crear en el pensamiento el concreto histórico en sus últimas determinaciones.

EL NACIONALISMO EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA

IGNACIO DÍAZ RUIZ

En el presente siglo, la cultura latinoamericana —especialmente la literatura— se ha convertido en una de las manifestaciones más significativas, valiosas y representativas del arte contemporáneo. Hoy por hoy las expresiones artísticas de América Latina, expresiones tan diversificadas, múltiples y simultáneamente tan homogéneas y coincidentes, constituyen en la historia de la cultura un verdadero hito, una extraordinaria revelación de madurez intelectual. Esta circunstancia, en cierto modo, obliga no sólo a constatar sus riquezas y prodigios sino a buscar sus antecedentes, explicar su proceso y descubrir los elementos de su constitución.

Precisamente en la segunda década del siglo xx se localiza uno de los momentos claves para la interpretación y valoración de la literatura de nuestros días. Después del modernismo, primer gran momento de las literaturas latinoamericanas, surge una gran tendencia de carácter esencialmente local. Las expresiones literarias, en su gran mayoría, empiezan a mostrar signos de nacionalismo; los temas, las anécdotas, los personajes, el ambiente, el lenguaje, las situaciones, las preocupaciones, todo empieza a teñirse de americanidad y más estrictamente de nacionalidad.

El surgimiento de este movimiento literario puede explicarse y comprenderse a través de muy diferentes causas; por un lado, se cumplen cien años de independencia política que obliga a los intelectuales latinoamericanos a reflexionar y evaluar la realidad de esta parte del continente. Durante el siglo xix América Latina sufre una serie de tropiezos, problemas y circunstancias que limitan e imposibilitan su desarrollo social y cultural. Precisamente en este aspecto, en el de la cultura, los intelectuales se dan cuenta de la casi total inexistencia de una literatura auténticamente nacional y al mismo tiempo del desmesurado desconocimiento de su realidad social y geográfica; lo cual determina que los narradores

exploren y exploten los temas y recursos relacionados con la localidad.

El intelectual latinoamericano descubre su contexto, toma conciencia de su modo de ser y de las características que lo hacen peculiar. Empieza a reflexionar sobre el carácter, la naturaleza e idiosincrasia del hombre concreto de su región. En consecuencia, se manifiesta una fuerte corriente ideológica y cultural para establecer las bases de una nación.

Desde otra perspectiva, el nacionalismo literario latinoamericano se ve fortalecido por el gran auge y desarrollo de los Estados Unidos, país que empieza a ejercer una gran influencia en todos los órdenes de la vida en América Latina. Al respecto, el historiador Tulio Halperin Donghi afirma: "Frente a él (avance norteamericano) la conciencia de la originalidad hispánica y católica de Latinoamérica se hace más viva."¹ En efecto, la notable influencia norteamericana hace surgir vigorosamente, sobre todo entre los intelectuales, un sentimiento de unidad y, durante un lapso, de identidad hispánica frente al influjo extraño y extranjero, sajón y protestante de los Estados Unidos. Al reaccionar frente al imperialismo agresivo, aparece un retorno al pasado español y se establece un reencuentro con el legado colonial.

Es una época también donde las naciones europeas, a causa de la Primera Guerra Mundial, disminuyen su influencia política y cultural de los ámbitos latinoamericanos, dejando el campo abierto a la ya mencionada hegemonía norteamericana.

Por su parte, la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana —cada una desde sus propios principios y postulados— alientan la búsqueda y exaltación de los elementos locales que contribuyen a configurar y fortalecer el nacionalismo latinoamericano.

Sin lugar a duda, el mismo modernismo —cosmopolita, europeizante, evasivo y exótico— desde sus momentos culminantes propició el surgimiento de un americanismo literario que evidentemente prefigura los temas y preocupaciones del nacionalismo; se puede citar, por ejemplo, a Rubén Darío, quien cultivó discretamente temas americanos (*Del trópico*, *Tutecotzimi*, *Caupolicán*) y "buscó, cada día más, motivos de inspiración en su tierra americana y fue el vocero de los anhelos e inquietudes de la familia

¹ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza, Madrid, 1970. El libro de bolsillo: 192, p. 294.

hispanica en el Nuevo Mundo"...² El americanismo, escribe Max Henríquez Ureña, aparece muy definidamente en el campo de la literatura y empieza a invadir diversos géneros: "...abundaron los ensayos sobre problemas de la vida y el pensamiento en nuestra América, como el *Ariel* (1900), de José Enrique Rodó, que alcanzó inmensa repercusión. En el teatro, en la novela y en el cuento prevaleció la tendencia a situar la acción en tierras de América".³

Otro aspecto fundamental para entender el surgimiento de esta vocación nacionalista se debe al agotamiento del tradicional espíritu imitativo. La historia cultural latinoamericana es un vasto ejemplo del carácter de emulación —originado, esencialmente por la situación colonial prevaleciente— de las expresiones artísticas e ideológicas extranjeras. El nacionalismo viene a postular la necesidad de cambiar patrones y modelos: "A la devoción imitativa de los extranjeros había que oponer el sentimiento autonómico de lo nativo. Era un movimiento de emancipación literaria. La reacción se operó; la emancipación fue, luego, un hecho. Los tiempos estaban maduros para ello. Los poetas jóvenes volvieron sus ojos a la realidad nacional."⁴

Jean Franco, en *La cultura moderna en América Latina*, dedica dos capítulos a plantear y exponer ideas relacionadas con el nacionalismo: "Nacionalismo cultural" y "El indio, el negro y la tierra"; en el primero afirma: "En la década de los años veintes, músicos, escritores, pintores y escultores comenzaron a reandar el camino en un esfuerzo por encontrar en su tierra y en los pueblos indígenas las cualidades que había perdido Europa o de los que siempre había carecido."⁵

La gran mayoría de los creadores latinoamericanos, en efecto, inician un movimiento donde los elementos telúricos y étnicos serán plenamente privilegiados, donde los valores serán tomados de sus propios elementos culturales.

Augusto Roa Bastos, en *Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual*, escribe:

² Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*. 2ª reimp. F.C.E., México, 1978, p. 32.

³ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 33.

⁴ Alberto Zum Felde, "Estudio sobre el nativismo", en *La Cruz del Sur*. Montevideo. Citado por José Carlos Mariátegui. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Era, México, 1979. Serie popular: 67, p. 302.

⁵ Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*. Joaquín Mortiz, México, 1971, p. 79.

Pero las literaturas nacionales, americanas, no “estallaron súbitamente” con la Independencia; su diversificación se realiza bajo la presión del complejo sociológico peculiar de cada país y debido al desarrollo desigual de cada uno de ellos, esta diferenciación se produce también desigualmente. El espíritu nacional se definiría gradualmente sobre la base de distinciones regionales condicionadas por factores sociales, ecológicos, etnográficos y lingüísticos. La vida y las costumbres de cada colectividad se expresaban en ellos. Por eso la literatura nacional comienza siendo costumbrista, localista, regionalista. Sólo cuando la síntesis de estos elementos se completa y profundiza en cada región, sobre la base de la tradición cultural heredada, el proceso literario deviene una literatura nacional.⁶

Sin duda, estas observaciones sirven para entender el proceso de la literatura latinoamericana durante el siglo XIX, época en la cual se establecen y delimitan las diferentes naciones y se empiezan a señalar los aspectos característicos, típicos y representativos de cada país. Precisamente este proceso: costumbrismo, localismo, regionalismo y nacionalismo —señalado por Roa Bastos— es el camino de nuestra literatura, la cual alcanza su escala plenamente nacional hasta este siglo.

Es decir, el proceso de consolidación política y geográfica se lleva a cabo durante el siglo XIX, mientras que el nacionalismo cultural, de dimensiones artísticas y espirituales, se realiza hacia la década de los años veinte provocado por las circunstancias señaladas. “Este nacionalismo, afirma Jean Franco, no sólo es diferente del viejo nacionalismo político sino que era un nacionalismo ‘espiritual’ que permitía que en el arte y en el terreno de las ideas pudiera expresarse la originalidad de la nación.”⁷

Esa originalidad podría traducirse a un afán de autenticidad. Este nacionalismo literario y artístico latinoamericano del siglo XX puede entenderse como un hecho donde el intelectual latinoamericano pretende conocer su propia esencia, su propia personalidad. A nivel nacional se trata de un acto de autoconocimiento, de reconocimiento, una toma de conciencia, es una profunda necesidad de saber quiénes y cómo somos. Una introspección para señalar la originalidad de un pueblo a través de sus elementos constitutivos.

⁶ Augusto Roa Bastos, “Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual”, en Aurora M. Ocampo. Antolog. *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*. Antología. UNAM, México, 1973, p. 49.

⁷ Jean Franco, *op. cit.*, p. 82.

Sin embargo, el aliento nacionalista no sólo hacía hincapié en un proceso de conocimiento de la realidad nacional, también se planteaba otra serie de aspiraciones: "En otras palabras, el impulso al nacionalismo cultural era doble. Primero se presentaba allí el deseo de integrar a todos los sectores de la comunidad a la vida nacional. En segundo lugar la élite buscaba ahora en la cultura popular, en los pueblos indígenas y en su medio ambiente, los valores que había aceptado de Europa." ⁸

Este movimiento nacionalista, dentro del campo de la literatura, se ha identificado plenamente con el regionalismo; es decir, ha propiciado una tendencia analítica del contexto social y geográfico; el escritor elige su propia región para, a partir de ella, elaborar su propia narración.

Lins do Rego, citado por Jean Franco, al referirse al nacionalismo brasileño expresa:

A este regionalismo le podríamos llamar orgánico, profundamente humano. Ser de su región, de su trozo de tierra, para ser persona, criatura viva, pero vinculada a la realidad. Ser de su casa para ser intensamente de la humanidad. En ese sentido el regionalismo del Congreso de Recife merecía propagarse por todo el Brasil, por ser esencialmente revelador y vitalizador del carácter brasileño y de la personalidad humana. Con un regionalismo de ese tipo es como podremos fortalecer todavía más la unidad brasileña. Porque al cultivar lo que cada quien tiene de más personal, de más propio, es como le damos más vida al grupo político, formando un pueblo que no será masa uniforme y sin color. ⁹

Estas palabras: "ser de su región, de su trozo de tierra, para ser persona, criatura viva, pero vinculada a la realidad" plantean un rasgo fundamental para el problema existencial de los latinoamericanos. En primer término se trata de situar al hombre, de establecer un vínculo entre el individuo y su realidad geográfica y social. La literatura y otras artes fincan sus producciones precisamente en concebir al hombre de América Latina dentro de su localidad. Lo revela en plena acción en su propio mundo. Siguiendo las ideas de Lins do Rego, el regionalismo fue una forma de revelar y revitalizar el carácter del pueblo y a través de este movimiento artístico fortalecer la unidad nacional.

⁸ *Idem*, p. 82.

⁹ *Idem*, p. 110.

Otro brasileño, Antonio Cándido, en un artículo denominado "Literatura y subdesarrollo", expone sus propias reflexiones sobre el regionalismo y anota sus trascendencias:

... en Latinoamérica, el regionalismo fue y sigue siendo todavía una fuerza estimulante en la literatura. En la fase de conciencia de país nuevo correspondiente a la situación de atraso, da lugar sobre todo a lo pintoresco decorativo y funciona como descubrimiento, reconocimiento de la realidad del país y su incorporación a los temas de la literatura. En la fase del subdesarrollo funciona como preciencia y después como conciencia de la crisis, motivando lo documental y, con el sentimiento de urgencia, el empeño político.¹⁰

El regionalismo, entonces, funciona en América Latina como una forma de descubrir y reconocer la realidad del país y de dotar a la literatura de planes y programas íntimamente relacionados con la realidad social.

El regionalismo, continúa Cándido, fue una etapa necesaria que dirigió a la literatura, sobre todo a la novela y el cuento, a la realidad local. Algunas veces fue oportunidad de buena expresión literaria, aunque en su mayoría sus productos han envejecido. No obstante, desde cierto ángulo, quizá no se puede decir que acabó; y muchos que hoy lo atacan, en verdad lo practican. La realidad económica del subdesarrollo mantiene la dimensión regional como objeto vivo, aunque sea cada vez más actuante la dimensión urbana.¹¹

En efecto, la significación e importancia de la obra regionalista no se mantiene con el mismo vigor con el que se inició; sin embargo, su contribución en su momento y sus aportaciones a las actuales creaciones son extraordinarias. Gran parte, sino la mayoría de los narradores actuales son herederos y deudores de aquel grupo de narradores regionalistas que de una manera incipiente, primeriza pero profundamente fecunda y creativa legaron a nuestra literatura esenciales enseñanzas y magisterios.

La narrativa regionalista, ni duda cabe, tiene un carácter fundamentalmente documental; su realismo y verosimilitud se plantean casi como una exigencia del género; razón por la cual Mario Var-

¹⁰ Antonio Cándido, "Literatura y subdesarrollo", en César Fernández Moreno, Coord. *América Latina y su literatura*. UNESCO-Siglo XXI, México, 1972, p. 350.

¹¹ *Idem*, *op. cit.*, p. 351.

gas Llosa anota: "Ahora sí, el historiador y el sociólogo tienen un abundante material de trabajo; la novela se ha vuelto censo, dato geográfico, descripción de usos y costumbres, atestado etnológico, feria regional, muestrario folklórico." ¹²

El comentario, rigurosamente cierto, explica la orientación de la literatura regionalista. Sus afanes y proyectos tienen como modelo el mundo circundante, al cual pretenden medir, describir y presentar de la manera más real y objetiva. De ahí su estrecha colindancia con la historia y la sociología y con otras ciencias cuyo objeto de estudio es el hombre y su circunstancia.

Roa Bastos complementa los juicios anteriores al observar cómo esta literatura originalmente realista inicia un proceso de alegorización y simbolización:

Pervivieron incluso ciertas formas del realismo costumbrista, pero no ya como inventario y registro de la realidad exterior, no ya como documento sociológico, etnográfico o folklórico, sino simplemente como testimonio humano en el que los datos del contorno, de las costumbres o de los personajes son presentados alegóricamente. ¹³

Una revisión a vuelo de pájaro de algunos títulos de la narrativa regionalista comprueba el juicio anterior: *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra*, *La vorágine*, *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo*, *Campamento*, *Huasipungo*, *La venganza del cóndor*, etcétera.

La novela regionalista tan exageradamente inmiscuida en la realidad, tan apegada a los cánones de una literatura de lo verosímil, emprende, al mismo tiempo, un proceso para traducir en motivos simbólicos la realidad geográfica y social de América Latina.

... obras puramente realistas como la de Barrios tiene valor sólo en el plano literario, pero las que expresan un ideal, como la de Güiraldes, viven también en el espíritu de un pueblo, porque encarnan valores. De ahí que *Don Segundo Sombra* tienda a tornarse, hasta cierto punto, en lo que es Martín Fierro, cuya figura ha trascendido la literatura para convertirse en un signo nacional, por lo menos en aquella parte de su pueblo o en

¹² Mario Vargas Llosa, "Novela primitiva y novela de creación en América Latina", en Aurora M. Ocampo. Antolog. *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea. Antología*. UNAM, México, 1973. p. 185.

¹³ Augusto Roa Bastos, *op. cit.*, p. 53.

aquel sector de su conciencia histórica que ansía definir la argentinidad, problema fluctuante entre la tradición y el cosmopolitismo. También *Doña Bárbara* va cobrando algo de mito territorial venezolano, pero inversamente; no en el sentido de la virtud al alcanzar, sino del mal a vencer, por cuanto Gallegos ha llegado a simbolizar en este personaje —y no sólo para su patria, sino para todo el trópico americano— las trágicas fuerzas primitivas de su realidad telúrico-sociológica, realidad y conflicto que materia tan rica de colorido y dramatismo ha dado y sigue dando a la literatura continental.¹⁴

El carácter simbólico de esta novelística —en muchos casos demasiado claro y evidente— aparece documentado ampliamente por la crítica literaria: “. . . *Don Segundo Sombra*, cifra y símbolo de todo ese mundo evanescente, y personificación —ya veremos cuán cuestionable puede resultar el término— de una suma de valores cuyo conjunto compone un tipo ideal: el del gaucho, símbolo a su vez —para decirlo sin más demora— de la patria argentina.¹⁵

Así paradójicamente, en esta instancia de la literatura hispanoamericana, tan circundante y abocada a los códigos realistas, tan esmeradamente preocupada por objetivar y precisar la realidad, la narrativa regionalista adquiere, también, una connotación altamente simbólica.

En palabras de Mario Vargas Llosa, este tipo de literatura se sustenta esencialmente en dos postulados básicos: por el lado de la historia significó una toma de conciencia de la propia realidad; y por el lado del contexto social actuó como una reacción contra el menosprecio y el desdén en que se tenía a las culturas aborígenes y a las subculturas mestizas, todo ello con el fin último de reivindicar a los diferentes grupos étnicos y crear así una identidad nacional.

Una de las grandes preocupaciones de los intelectuales de la época fue, precisamente, destacar la importancia de los grupos indígenas dando origen a una corriente específica dentro de esta época de afirmación y conformación nacional: el indigenismo.

Esta literatura delimita con rigor su campo de acción y elige a los núcleos o comunidades indígenas para revelar a través de ellos

¹⁴ Alberto Zum Felde, *La narrativa en Hispanoamérica*. Aguilar, Madrid, 1964. p. 117.

¹⁵ Francisco Ayala, “El gaucho como símbolo nacional”, en Trinidad Pérez. Antolog. *Tres novelas ejemplares*. 2ª ed. Casa de las Américas, La Habana, 1975. Serie valoración múltiple, p. 212.

otro aspecto —también importante pero poco atendido— de la realidad nacional. Nuevamente el intelectual de América Latina recurre a estos elementos para provocar un acercamiento a los problemas sociales del país. La literatura indigenista aspira a despertar la conciencia del lector sobre la situación y forma de vida de estos sectores marginales. También es un impulso cultural para revalorar las expresiones culturales de las civilizaciones indígenas. Así empiezan a aparecer en la pintura, escultura, arquitectura, música, literatura, temas y motivos de las comunidades indígenas.

En México, por ejemplo, por intercambio de la revolución se transformó la actitud ignorante o desdeñosa del pueblo hacia el indio: “También le acordó un lugar prominente en la nueva mitología revolucionaria. El indio representaba lo nacional, lo patentemente no extranjero.”¹⁶

El crítico uruguayo Alberto Zum Felde, en *La narrativa en Hispanoamérica*, propone una definición del indigenismo literario: “. . . entiéndese por tal aquella que no sólo tiene por motivo literario al indio, sino que está inspirada por un espíritu de reivindicación de sus fueros humanos, frente a aquel régimen social que, desde el coloniaje, le había condenado a condición de paria servil”.¹⁷

José Carlos Mariátegui, en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, expone ampliamente sus juicios sobre el indigenismo peruano, pero que en rigor sirve de explicación al indigenismo latinamericano: “El ‘indigenismo’ de nuestra literatura actual no está desconectado de los demás elementos nuevos de esta hora. Por el contrario, se encuentra articulado con ellos. El problema indígena, tan presente en la política, la economía y la sociología, no puede estar ausente de la literatura y el arte.”¹⁸

Todo el movimiento nacionalista, como se puede ver, corresponde a una preocupación general que encuentra sus correlatos en todas las manifestaciones artísticas e invade también diversas expresiones de la sociedad latinoamericana.

Mariátegui, muy agudamente, continúa su análisis e interpretación de este momento cultural y coincide totalmente con las ideas generales del nacionalismo respecto a las culturas indígenas: “El indigenismo en nuestra literatura, como se desprende de mis ante-

¹⁶ Jean Franco, *op. cit.*, p. 119.

¹⁷ Alberto Zum Felde, *op. cit.*, p. 213.

¹⁸ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Era, México, 1979. Serie popular: 67, p. 300.

riores proposiciones, tiene fundamentalmente el sentido de una reivindicación de lo autóctono.”¹⁹

Finalmente hace una exégesis del indigenismo y explica el sentido profundo, las dimensiones que adquiere este movimiento ideológico en el Perú; conceptos que tienen validez también para el resto de países donde apareció este movimiento:

sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los “indigenistas” auténticos —que no deben ser confundidos con los que explotan temas indígenas por mero “exotismo” colaboran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación, no de restauración ni resurrección.

El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo y considerarlo desde puntos de vista exclusivamente literarios, como un color o un aspecto nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos étnicos del Perú.²⁰

El indigenismo deja de ser exclusivamente una corriente literaria para alcanzar la significación de ideología; la cual, entre otros fines, postula enérgicamente una reivindicación del universo indígena con repercusiones en los órdenes políticos y económicos. Así, por medio del indígena, y de toda su cultura, se trata de estructurar un espíritu nacional capaz de identificar y unir a todo un grupo de individuos de una misma localidad.

Los elementos indígenas lograron un auge hasta entonces desconocido y nunca visto. La revaloración no sólo se llevó a cabo en aspectos externos o superficiales sino que se pretendió hacer un análisis minucioso y consciente de la personalidad, la cultura, la religión, el pensamiento de los indígenas. Este proceso no sólo se efectuó en la circunstancia presente, el afán de valoración obligó a rescatar, a través de la arqueología y la historia, los valores indígenas de la época prehispánica. El nacionalismo en su vertiente indigenista tuvo así amplias repercusiones no sólo en el presente indígena sino en la concepción misma de la historia y la cultura latinoamericana. Cabe señalar que este proceso tuvo sus correspondencias con la valoración y exaltación de otros grupos raciales. El negro, sobre todo en el área del Caribe, adquirió un nivel de enorme

¹⁹ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, p. 304.

²⁰ *Idem*, p. 304.

reconocimiento, para convertirse, a su vez, en símbolo nacional de algunos países latinoamericanos.

En esta forma, el hombre, pero el hombre concreto latinoamericano —indio, criollo, mestizo, negro, mulato— se convierte en el centro de las preocupaciones intelectuales y artísticas del nacionalismo; el individuo identificado con su tierra, el ser humano situado en su sociedad y en una geografía, un hombre preocupado y motivado por los valores propios de su localidad.

Diego Rivera, indiscutible partícipe de las corrientes nacionalistas, expresa:

Tenía la ambición de reflejar la expresión esencial auténtica de la tierra. Quería que mis obras fueran el espejo de la vida social de México como yo lo veía y que a través de la situación presente las masas avizoraran las posibilidades del futuro. Me propuse ser . . . un condensador de las luchas y aspiraciones de las masas y a la vez transmitir a esas mismas masas una síntesis de mis deseos, que le sirviera para organizar su conciencia y ayudara a su organización social.²¹

Con estos términos, el pintor Rivera explica el carácter ideológico de su pintura, términos que definen también el aliento que caracteriza al indigenismo, al regionalismo y, en general, al nacionalismo. Las creaciones literarias nacionalistas —con una notable vocación pictórica— pretenden ser espejos o reflejos de la vida social de los diferentes pueblos latinoamericanos. Con afanes didácticos y aleccionadores aspiran a enseñar las peculiaridades del contexto social y contribuir a crear una conciencia social y, en consecuencia, nacional.

Sin duda, el proyecto literario nacionalista —además de elegir motivos locales— requiere, necesariamente, por su espíritu de verosimilitud, objetividad y realismo, de un lenguaje capaz de revelar una esencia nacional.

El lenguaje, entonces, aparece como uno de los rasgos más trabajados y más evidentes de la literatura regionalista. La literatura de esta corriente se enfrenta, se señaló, a una valoración de los elementos nacionales, de ahí que el habla nacional, regional o local se convierta también en un recurso primordial, en un elemento de primer orden. "Rivera, por ejemplo, conoce bastante bien el lenguaje auténtico de la gente del campo y por este motivo

²¹ *Cfr.*, Jean Franco, *op. cit.*, p. 304.

sus diálogos son convincentes y reales. Se necesita haber vivido en esas regiones para disponer de un vocabulario regional tan abundante y pintoresco como el que nos ofrece *La vorágine*.”²²

En todos los casos, los autores regionalistas hacen un marcado señalamiento para incorporar una lengua plenamente identificable con una región o una zona geográfica:

Pero ¿no es *Don Segundo Sombra* un libro donde se cultiva profusamente el lenguaje regional? Es así. Y la forma novísima en que Güiraldes lo hace, es una de las invenciones estilísticas más afortunadas al servicio del problema central que nos ocupa. A lo largo de esas páginas se mantiene una cuidadosa separación entre las formas y locuciones paisanas del diálogo —de legítima asistencia, puesto que se supone son consignaciones, memorias de diálogos así sucedidos— y la prosa literaria de que es directamente responsable el narrador literario. La novedad estilística está en esta prosa literaria en donde los gauchismos idiomáticos son muy numerosos.²³

De esta forma la literatura latinoamericana se ve tipificada y caracterizada por un lenguaje, que sin perder su calidad y estructura de lengua española se transforma en un medio de expresión nacional. El lenguaje se hace específico, local; recoge una serie de formas lingüísticas exclusivas de una zona determinada. Deja sus aspiraciones peninsulares para adquirir la categoría de una lengua regional o, en el mejor de los casos, nacional.

Sin embargo la verdadera incorporación no sólo de regionalismos o expresiones indígenas se logra mucho más tarde, cuando José María Arguedas equilibra y domina estos elementos dentro del lenguaje artístico. Antes, en la época del surgimiento nacionalista, el escritor se plantea la necesidad de incluir glosarios, vocabularios donde explica los más destacados regionalismos de su obra.

Además de la preocupación por crear y expresarse mediante una lengua perfectamente adecuada al contexto y nacida de una región; el narrador regionalista plantea el problema de la naturaleza o medio ambiente como uno de los grandes motivos de su creación:

La tierra es el otro elemento de esa trinidad a la que muchos artistas se habían aferrado en busca de sus raíces. En realidad

²² Arturo Torres-Rioseco, “Una crónica-revelación de la selva”, en Trinidad Pérez. Antolog. *Tres novelas ejemplares*... pp. 107-108.

²³ Amado Alonso, “Un problema estilístico”, en Trinidad Pérez. Antolog. *Tres novelas ejemplares*... pp. 223-224.

era la estrecha liga del indio y el negro con la naturaleza lo que atrajo hacia ellos la atención de los intelectuales. En la superficie de sus culturas estaba la tierra misma. Pero el retorno a la naturaleza no podía hacerse en términos europeos. Aquí no había Arcadia sino un medio hostil que nada tenía en común con los jardines europeos. La vida del hombre en las selvas o en las regiones montañosas constituiría una lucha dramática. La primera lección que aprendió el artista al mirar al interior de sus países era que aquél no era un lugar donde el hombre pudiera darse el lujo de sentimientos personales, sino que se trataba de un medio que aniquilaba al individuo.²⁴

Con estas palabras, Jean Franco marca el problema del hombre regionalista y su medio ambiente. "El personaje principal de mis novelas es la naturaleza", declara Rómulo Gallegos. Y esta afirmación, tan reveladora de su novela *Doña Bárbara*, puede adaptarse a casi todo el núcleo de creaciones de la época.

La presencia del mundo natural en la narrativa regionalista se torna casi indispensable. La naturaleza, en calidad de protagonista, aparece en extraordinario contrapunto con el hombre. Azuela, Gallegos, Güiraldes, Alcides, Arguedas, Rivera, presentan una naturaleza desmesurada, prodigiosa, salvaje y agresiva frente a la acción civilizadora, o a veces explotadora, del hombre.

Nadie ha dado la belleza y el horror de la cordillera como Arguedas en estas páginas. Así como *La vorágine* es el poema épico de la gran selva tropical, así como *Doña Bárbara* es el de los grandes llanos pastoriles y ecuestres del Orinoco, del Magdalena, del Apure, así como *Don Segundo Sombra* es el poema de la pampa platense, *Raza de bronce* es el poema de la cordillera andina, formando por ello uno de los puntos capitales de la literatura telúrica y del paisaje americano.²⁵

Con estas palabras, Alberto Zum Felde aclara la significación de la naturaleza, del medio ambiente geográfico en obras regionalistas; pero sin duda no se trata únicamente de una presencia más o menos desmedida, sino de una presencia protagónica: "Y, verdaderamente, es éste, el de la naturaleza, el motivo y el valor principal, soberano, de esta novela (*Raza de bronce*) como lo es de las otras mencionadas. El paisaje domina y sustenta toda

²⁴ Jean Franco, *op. cit.*, p. 137.

²⁵ Alberto Zum Felde, *op. cit.*, p. 215.

la narración, siendo hombre y hechos como figuras y episodios dentro de su potencia cósmica y eterna.”²⁶

La naturaleza, en efecto, preside las acciones en estas narraciones y se convierte en el centro y en el ser más destacado de esta novelística. Esta circunstancia origina el resurgimiento de una idea que ya había estado presente, desde el siglo XIX, en la cultura de América Latina: la oposición civilización y barbarie. En el caso de la narrativa regionalista se trata de asumir una actitud civilizadora frente a una naturaleza inculta, agreste e indomable. El hombre americano, simbolizado por Santos Luzardo, es quien debe rescatar a su país de su circunstancia primitiva. Estos novelistas narran la necesidad de introducir la acción civilizadora del hombre; construir vías de comunicación, parcelizar y alambicar las zonas naturales e iniciar su explotación racional.

En *Doña Bárbara*, Gallegos escribe sobre el pensamiento de Santos Luzardo:

Por el trayecto, ante el espectáculo de la llanura desierta, pensó muchas cosas: meterse en el hato a luchar contra los enemigos, a defender sus propios derechos y también los ajenos atropellados por los caciques de la llanura puesto que Doña Bárbara no era sino uno de tantos; a luchar contra la Naturaleza, contra la insalubridad que estaba aniquilando la raza llanera, contra la inundación y la sequía que se disputan la tierra todo el año, contra el desierto que no deja penetrar la civilización.²⁷

En estas ideas se resume, en gran parte, la anécdota de la novela, la actitud del hombre regionalista con relación a la naturaleza y el postulado civilización contra barbarie.

Una cala en el panorama de la literatura nacionalista permitirá hacer una ejemplificación de los conceptos antes enunciados. *El águila y la serpiente* (1929), de Martín Luis Guzmán, ejemplo elocuente de este tipo de literatura, servirá para testimoniar y corroborar, textualmente, desde diferentes pasajes, las preocupaciones, nociones y constantes que dan sentido a esta etapa de la literatura de América Latina.

La sombra del caudillo, *Memorias de Pancho Villa* y *El águila y la serpiente*, son los libros más representativos de Guzmán, en

²⁶ *Idem*, p. 215.

²⁷ Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*. 8ª ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945. Col. Austral: 168. pp. 25-26.

los cuales se reflejan ampliamente los temas e ideas locales, las preocupaciones regionales y nacionales del autor: en *El águila y la serpiente*, ya desde la elección del título, elementos del escudo nacional, se corrobora su arraigado espíritu de mexicanidad, su definida actitud nacionalista: la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que *El águila y la serpiente* es una visión interior muy bien escrita de las extraordinarias idiosincrasias, visibles en muchas de las figuras militares y políticas más importantes del México posterior a 1910.²⁸

La narración, pensada como una sucesión de hechos y circunstancias que bien podrían denominarse autobiográficas, sirve a Martín Luis Guzmán para ir mostrando diversos personajes; instancias que permiten acercarse y conocer algunos aspectos de la Revolución Mexicana y de la realidad del país.

Así en este libro, como en la mayoría de las novelas regionalistas, el desplazamiento por la geografía del país, al mismo tiempo que permite señalar algunas de sus características físicas, da lugar a reflexionar sobre la idiosincrasia y espíritu mexicanos:

Ir de El Paso, Texas, a Ciudad Juárez, Chihuahua, era, al decir del licenciado Neftalí Amador, uno de los mayores sacrificios —¿por qué no también una de las mayores humillaciones?— que la geografía humana había impuesto a los hijos de México que andaban por aquella parte de la raya fronteriza. Mas es lo cierto que esa noche, al llegar de San Antonio, Pani y yo sufrimos la prueba con un fondo de alegría donde retozaban los misteriosos resortes de la nacionalidad: entregándonos a la íntima afirmación —allí palpable, actuante, profunda— de que habíamos nacido dentro del alma de nuestra patria y de que habríamos de morir en ella.²⁹

Martín Luis Guzmán, en varios capítulos de esta narración, presenta en contraste la cultura norteamericana y mexicana; y, como en el caso anterior, expone una plena identificación —emotiva y cálida— con su nación. Aquí su llegada a la ciudad fronteriza

²⁸ William W. Megennoy, Nota preliminar a "Cuatro ensayos críticos a 50 años de la publicación de *El águila y la serpiente*", en *Tiempo*, vol. LXXVI, núm. 1963, dic., 1979, p. 3.

²⁹ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, en *Obras Completas*. Compañía General de Ediciones, México, 1961, p. 330. En adelante las referencias a esta novela se harán mediante la página que corresponde a la mencionada edición.

le impulsa —a pesar de todo— a expresar concordia, a confundirse y hermanarse sentimentalmente con su país.

El espectáculo de Ciudad Juárez era triste; triste en sí, más triste aún si se le comparaba con el aliño luminoso de la otra orilla del río, extranjera e inmediata. Pero si frente a él nos ardía la cara a todo rubor, eso no obstante, o por eso tal vez, el corazón iba bailándonos de gozo conforme las raíces de nuestra alma encajaban, como en algo conocido, tratado y amado durante siglos, en toda la incultura, en toda la mugre de cuerpo y espíritu que invadía allí las calles. ¡Por algo éramos mexicanos! ¡Por algo el siniestro resplandor de las escasas lámparas callejeras nos envolvía como pulsación de atmósfera que nutre! (p. 330).

Aquí la confrontación se hace más evidente; por un lado la imagen progresista de Estados Unidos —civilización— frente a un México donde las carencias y las limitaciones son su mejor definición —barbarie. Sin embargo, el narrador recurre al término raíces para, con una sola palabra, expresar su arraigada condición nacional.

El relato de Martín Luis Guzmán tiene su apoyo fundamental en el peregrinaje del narrador; viaje que permite al lector conocer amplias zonas de la geografía mexicana; al escritor solazarse en la descripción y, al mismo tiempo, enjuiciar la realidad descrita: “De Hermosillo a Maytorena nuestro viaje se hizo en condiciones casi normales. Era un día claro, con esa claridad, de México sólo, que acerca las montañas y convierte en transparencia pura: se dilataba la vista hasta lejanos confines que parecían, dentro del cristal de la atmósfera, estar a un paso” (p. 369).

En esta referencia, el autor, al describir el paisaje, hace una exaltación no sólo de la geografía sino de algo más subjetivo, personal —y casi se diría poético—: la claridad; la cual, desde su perspectiva, es específica y característica de México.

El espíritu nacionalista —reflexivo y analítico— de Martín Luis Guzmán se va constatando a través de todo el relato; en varias descripciones del medio ambiente establece, de manera espontánea y natural, aspectos del carácter de sus connacionales:

Yo sabía que aquel paso no encerraba importancia o peligro algunos, pero, con todo, me lo representaba lleno de sugestiones y encantos. Percibía un profundo sentido, algo revelador de no sé qué esencia de México, en el trajinar de hombres que se

movían allí entre las sombras, seguros de su marcha, insensibles a su suerte y con el rifle al hombro o la cadera hecha al peso del revólver (p. 373).

En fin, conjuga la descripción del terruño con algunos datos para configurar la conducta de un grupo de individuos “seguros de su marcha, insensibles a su suerte”; datos con los que el autor va creando un enlistado de informaciones en pos de un perfil del hombre mexicano.

Se trata, entonces, de establecer algunos elementos de la estructura psicológica del ser nacional, explicar las dimensiones y características de la naturaleza mexicana e incluso de exponer algunas reflexiones sobre la realidad del país.

Las paradas aquellas correspondían a pueblos desolados y embebidos —hasta los más importantes, como Navojoa— en una penetrante atmósfera de barbarie, de descivilización, de holgura en lo incivil e informe, en lo primitivo y feo, la cual hacía al espíritu encogerse. Los formaban unas cuantas casuchas de adobes amarillentos —todas bajas, chatas, desnudas—, asentadas con deleite en el mar de polvo, polvo ahora, lodo sin duda en tiempo de aguas. En la calle única, algunos calesines y carros alzaban y arremolinaban con sus ruedas nubes blancas, o bien más polvorientos que el suelo mismo, estaban quietos; atada la bestia a un palo fijo en la tierra (pp. 378-379).

En este pasaje —y en gran parte de la narrativa de la Revolución Mexicana— aparecen los términos clásicos tan caros a la literatura regionalista y nacionalista: barbarie, descivilización, incivil, informe, primitivo y feo. Así, Guzmán, aunque no de manera tan directa y evidente como Gallegos, recurre a la oposición civilización y barbarie para comprender y exponer sus juicios sobre México:

Era un *Far West* mexicano, más naciente que el otro, con menos barruntos de industria y de máquina, con menos energía, con mayor influencia aborigen en el aprovechamiento del barro como material arquitectónico, pero igualmente bárbaro que el otro, más bárbaro quizá, en su brutalidad —libre de las tradiciones civiles— y en su ignorancia de las formas suavizadoras inventadas por la cultura de los hombres. En aquellas comarcas no había tenido tiempo de fructificar la obra desbarbarizante de los padres jesuitas; flotaban aún ráfagas de auténtica vida salvaje, un ambiente trágico y doloroso en que el débil esfuerzo

hacia lo mejor se ahogaba entre los impulsos desordenados de hombres sólo sensibles a sus pasiones y al apetito zoológico. Y tal impresión, la de estar respirando aires bárbaros, no habría de aliviarse en mí hasta entrar el tren en el dulce territorio sinaloense. Porque junto a la Sonora meridional. Sinaloa es, aún en sus más insignificantes rancherías, el anuncio de la civilización (p. 379).

Como se puede leer, en esta amplia cita, el narrador vuelve a plantear, rigurosamente, la dualidad civilización-barbarie; marca el aspecto o la faceta bárbara, brutal, ignorante, salvaje de una parte del país; barbarie lejana a la civilización, alejada de la labor cultural jesuítica; región en contraste con Estados Unidos y con otra zona del propio México. De esta manera, una de las reflexiones medulares de Sarmiento toma cuerpo en el siglo xx en la narrativa nacionalista y aparece, como objeto de análisis, en algunas páginas de nuestra literatura.

Pero esta narrativa no sólo trata de mostrar una naturaleza bárbara o la existencia de fuerzas civilizadoras en contraposición, lucha o tensión con una tradición agreste y primitiva; estos narradores nacionalistas, debe reiterarse pues es una de sus obsesiones, buscan elementos para una comprensión y definición del hombre nacional; Martín Luis Guzmán, en este sentido, describe constantemente situaciones y rasgos que contribuyen a iluminar y mostrar las esencias de la nacionalidad mexicana:

La nuestra, por lo demás, era una actitud genuinamente mexicana, en lo bueno y en lo malo. Porque el hijo de México (como el de toda nación que se sabe físicamente débil ante la naturaleza o ante el poder de otras naciones) compensa su debilidad acogiéndose a una ilimitada fe en la potencia del espíritu frente a frente de la fuerza bruta (pp. 425-426).

A partir de esta idea sobre la preponderancia del espíritu o la fe en el espíritu frente a la fuerza, señalada como una peculiaridad del mexicano, Guzmán desarrolla su teoría y ejemplifica:

Lo cual, si malo de una manera, es bueno de otra: malo, puesto que conduce a los fracasos y mata en la cuna todo impulso a construir, por falta de cimientos reales, seguros, ¿hay algo más nuestro que la convicción de que todas las cosas pueden, en un momento dado, surgir del seno mismo de la nada?; y bueno, puesto que prepara las almas para las raras ocasiones —raras y decisivas— en que el desequilibrio del poder físico sí puede

remediarse en virtud de un mayor aporte espiritual del lado materialmente más débil. Los mexicanos creemos, por ejemplo, que una fila de pechos heroicos es bastante a cerrarle el paso a una batería de cañones de 42. ¿Quién negará que nos equivocamos? Pero, esto no obstante, es un hecho que nuestra creencia, al fin y a la postre, es lo único que nos salva (pp. 425-426).

Este análisis de la fe espiritual del mexicano, tan ampliamente desarrollado por Guzmán, apunta casi a un trabajo ensayístico; no sólo por la extensión y precisión con que se presenta, sino también por el carácter digresivo, al margen del relato, del propio fragmento.

Lo anteriormente citado refleja impecablemente uno de los objetivos más perseguidos por la literatura nacionalista: definir los rasgos distintivos del hombre latinoamericano. En el caso de Martín Luis Guzmán esta finalidad se logra mediante la minuciosa observación y la extraordinaria intuición y sensibilidad del escritor que le permiten objetivar, con muchas aproximaciones, al mexicano en su medio ambiente.

Uno de los momentos de mayor vivencia y más notablemente ejemplar se da en *El águila y la serpiente* cuando un orador pronuncia un discurso y recurre a la bandera mexicana, que adorna la tribuna, para hacer un llamado a la conciencia del pueblo. El pasaje constata las ideas nacionalistas del autor y la circunstancia histórica de la Revolución Mexicana:

El candor patriótico no sé de quién (de Angeles, o de algún otro revolucionario no iniciado en los sacros misterios de la internacional) había puesto en la tribuna una bandera mexicana sujeta a su asta y dispuesta de modo que su cercanía mantuviese vivo el patriotismo oratorio. Los tres colores de Iguala y el águila anterior a Cortés presidían tutelarmente a cuanto en esa tribuna se pensaba y se profería. Por momentos, el orador, con la brisa de sus palabras y ademanes, agitaba los pliegues de la enseña patria como para sumarlos a su gesto e incorporarlos al timbre de su voz. Había algunos que, absortos en la lucubración interna de su pensamiento, acercaban la mano a la tela, con inconsciente deseo de acariciarla o para dar calma a los nervios librándolos de la ociosidad del tacto. Y había asimismo quienes hacían que la bandera entrara en el discurso, con el evidente propósito de conquistar al auditorio, de entusiasmarlo, de enardecerlo (p. 602).

Con este planteamiento, el orador en turno, para lograr una mayor fuerza y claridad en sus palabras, utiliza a la bandera

como objeto de su discurso para conmover a un auditorio eminentemente rural y campesino:

—¿Qué valor —decía, estrujando la bandera y recorriendo con la vista palcos y butacas—, qué valor tiene este trapo teñido de colores y pintarrajeado con la imagen de una ave de rapiña?

...

—¿Cómo es posible señores revolucionarios, que durante cien años los mexicanos hayamos sentido veneración por semejante superchería, por semejante mentira?...

Lo que esta hilacha simboliza vale lo que ella, es una farsa contra la cual todos debemos ir...

Cuatrocientas pistolas salieron entonces de sus fundas; cuatrocientas pistolas brillaron por sobre las cabezas y señalaron, como dedos luz, el pecho de Díaz Soto, que se erguía más y más por encima del vocerío ensordecedor y confuso. Flotaban principios, finales, jirones de frases; sonaban insultos soeces, interjecciones inmundas...

—Deje esa bandera, tal por cual... (p. 603)

Con esta referencia, significativa y reveladora de la concepción elemental y primitiva, es cierto, de una conciencia nacional, Guzmán muestra a un grupo de individuos incapaces de entender la dismitificación de un símbolo. Por el contrario, su respuesta, tan inmediata, es una expresión de su sensibilidad con relación a las representaciones de la nación, bandera, escudo, etcétera, pero también del ambiente que predominaba en el momento de la acción del relato.

El águila y la serpiente tiene, en rigor, todos los elementos para poder identificarla como una creación artística nacionalista. Esta obra, como la gran mayoría de la producción literaria que aparece en esa época, tiene un estilo, una elaboración artística, una concepción ideológica que responde con creces a los postulados de todo el movimiento nacionalista latinoamericano; acercarse a la realidad del país, conocer su geografía, descubrir al hombre local, revalorar su cultura y su medio ambiente.

En fin, la narrativa nacionalista —regionalista o indigenista— de América Latina constituye una piedra de toque; de sus aspiraciones, en un sentido tan limitadas por la idea misma del localismo o regionalismo, surgirán más adelante una serie de narradores que, a través de una vocación local y de una literatura marcadamente nacional, lograrán una expresión universal.

Juan Marinello, respecto a esta literatura, escribe: "Mi ensayo sobre las 'Tres novelas ejemplares', título de obvia resonancia cervantina, fue presidido por el gesto que dominó lo que yo he llamado *década crítica* (1920-1930), en la búsqueda de nuevas verdades políticas y literarias: una angustiosa necesidad por encontrar soluciones nuevas y eficaces."³⁰

En primer lugar, la designación de *década crítica* a esta época —tan convulsa política y socialmente— es una expresión exactísima. Por lo que respecta al problema de la literatura, se va constataando un planteamiento de análisis y de vigorosa crítica sobre la realidad nacional. Las obras literarias de esta época admiten una lectura donde se revela ese espíritu de valoración objetiva sobre la realidad nacional; en ellas se muestra un examen de la situación económica y social del país. A la distancia, es cierto, muchos de sus argumentos y observaciones parecen demasiado ingenuos, pobres y obsoletos; pero su validez no radica exclusivamente en la manera o forma de evaluación de su realidad, sino en enfrentar una actitud atenta para resolver simultáneamente problemas de carácter artístico y de carácter social.

Estas obras con una marcada preponderancia documental y testimonial constituyen, al parecer de Marinello: "calas afortunadas en la dramática realidad americana";³¹ textos que empiezan a bosquejar o prefigurar temas y procedimientos de la narrativa contemporánea de América Latina; pero sobre todo porque este momento de la literatura sienta las bases para la elaboración de una novelística social y de intención política.

"Novelas ejemplares", las llama Marinello, y el afortunado nombre resume, en gran parte, la significación de estas obras: su originalidad, su valor para servir de modelo o ejemplo para las demás, su valor prototípico, su aspecto innovador. Su ejemplaridad también se deriva de su enfrentamiento a los problemas concretos de su realidad nacional, de ese afán por medir, conocer y valorar las dimensiones de su localidad, de encontrar elementos de la personalidad nacional, pero sobre todo por ser los ineludibles ejemplos —en cierto sentido maestros— de los narradores contemporáneos de América Latina.

³⁰ Juan Marinello, "Treinta años después. Notas sobre la novela latinoamericana", en Trinidad Pérez. Antolog. *Tres novelas ejemplares...* p. 45.

³¹ Juan Marinello, *op. cit.*, p. 53.

ÍNDICE

Introducción	5
De la patria del criollo a la idea de nación hispanoamericana, IGNACIO SOSA	9
El nacionalismo en América Latina: Vicisitudes y perspectivas (1810-1980), MARCOS KAPLAN	33
Ideología y pensamiento político en Brasil. El nacionalismo en los años 50, CAIO NAVARRO DE TOLEDO.	75
Notas sobre la teoría del desarrollo, la dependencia y la revo- lución: Algunas reflexiones metodológicas e históricas, THEOTONIO DOS SANTOS	101
El nacionalismo en la literatura latinoamericana, IGNACIO DÍAZ RUIZ	133

El nacionalismo en América Latina, se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria el día 30 de mayo de 1984. Su composición se hizo en tipo Baskerville 10:12, 10:10 y 8:9. La edición consta de 1 300 ejemplares.

¿Qué significa el nacionalismo para América Latina? ¿Es sólo un concepto manejado indistintamente por políticos y estudiosos de las ciencias sociales, o es un factor real de cohesión entre los pueblos de este continente?

Exaltado, vilipendiado, esgrimido como bandera de liberación o perseguido, el nacionalismo es un tema que admite diferentes interpretaciones y que —para el caso de nuestros países— resulta aún insuficientemente estudiado.

Los cinco ensayos que se incluyen en este volumen tratan el problema desde ángulos diversos y contribuyen en forma significativa a su esclarecimiento. Ignacio Sosa y Marcos Kaplan abordan la cuestión del nacionalismo en el marco general de Latinoamérica, haciendo particular hincapié en su relación con las teorías europeas del siglo XIX. Caio Navarro de Toledo centra su atención en el caso concreto del Brasil contemporáneo, mientras que Theotônio dos Santos e Ignacio Díaz Ruiz tocan aspectos del nacionalismo vinculados a la teoría del desarrollo y a la literatura, respectivamente.

Esta obra no persigue un análisis exhaustivo del significado del término “nacionalismo”, es, más bien, un buen ejercicio interpretativo de algunas de las posibilidades de estudio que ofrece el complejo fenómeno latinoamericano del nacionalismo.